

FAUSTINO MORENO VILLALBA



ALCORCON



**HISTORIA
LITERATURA
LEYENDA**



Archivo Hpal.
de Alcorcon

ALCORCON

ALCORCON

HISTORIA
LITERATURA
LEYENDA

FAUSTINO MORENO VILLALBA

ALCORCON

ALCORCON

**HISTORIA
LITERATURA
LEYENDA**

MADRID

1976

ALCORCON

HISTORIA
LITERATURA
LEYENDA

«Donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia, muy próxima a la imbecilidad senil.»

MENENDEZ Y PELAYO
(Homenaje a Balmes, 1910)

- I. S. B. N. 84-400-1718-9
- Depósito Legal: M. 29.811-1976
- Imprenta FORESA, Cromo, 3. MADRID-6

Nuestra gratitud a don Justo Hermansanz Nevas y a don Federico Carlos Galiz de Robles, por sus aportaciones a nuestra obra, y, en particular, a don Melchor Ruiz Novillo, cuya excepcional biblioteca sobre temas madrileños ha constituido para nosotros la más valiosa fuente de datos sobre Alcorcón.

EL AUTOR

PROLOGO

No puedo menos de evocar aquel pequeño pueblo que hace doce años, cuando yo llegué a él, era Alcorcón. Sus empinadas calles y la tristeza de sus atardeceres se hundían en mi alma llenándome de desaliento. Sin embargo, había en aquellas cuevas, en aquellos trigales y en su gente un no sé qué esperanzador. Tal vez la fe en el premio al sacrificio a lo largo de toda una historia, heredada con hidalguía de padres a hijos, esa admirable historia que don Faustino Moreno Villalba plasma magistralmente hoy en las páginas de este libro que me concede el gran honor de prolegar.

El pueblo ha ido evolucionando vertiginosamente desde entonces, hasta llegar a convertirse en una gran ciudad y, por si fuera poco, al presente nos muestra su propia historia.

Al igual que el alma del rey moro dicen que vaga por la Alhambra, el recuerdo de los mayores recorre aquellas desaparecidas calles, donde los célebres alfares dieron tanto renombre a nuestro pueblo, calles en las que resonaron pasos invasores y supieron de arrojo, de heroísmo y total entrega en pro de España tantas veces como España se lo pidiese.

Así fue, es y será Alcorcón, tal y como se refleja a lo largo de estas páginas.

No es ésta la primera vez que en el «curriculum vitae» del autor se registra una contribución a la investigación histórica. Pese a no ser éste el cometido de su vida, lo ha cultivado como un «hobby» y la fortuna le ha correspondido con liberalidad.

A don Faustino Moreno se debe el descubrimiento de la influencia del culto que se rindió a la diosa lusitana Ataecina hasta el centro de la Península. En las excavaciones realizadas, por iniciativa suya, para la ampliación del templo parroquial de Cañeruela, villa de la provincia de Toledo, halló un ara consagrada precisamente a esta divinidad. Y a él debemos ahora el encuentro de «La Tarasca de Alcorcón», olvidada mojiganga de Calderón de la Barca, y cuanto se refiere en este libro, que era ignorado por todos en general.

Por este singular motivo, todo vecino de Alcorcón que se sienta amante de la cultura debe estar agradecido a este hombre. El es quien se ha dignado publicar la primera obra literaria, que versa sobre los avatares de esta tierra y sus gentes de ayer que hoy son nuestras, y a tal generosidad debe corresponder la colaboración más cálida de todos para difundirla.

Confiemos plenamente en las generaciones que nos sigan, seguros de que ellas sabrán hacer honor a sus mayores para el logro de una continuidad histórica ejemplar como la que hoy podemos ofrecerlos.

Anselmo DE VIRTO SANCHEZ

NOTA PRELIMINAR

Sin pretensiones de ningún alcance, el propósito de este libro consiste, llana y sencillamente, en recopilar en él cuanto, después de cierto estudio, he conseguido conocer sobre Alcorcón. He juzgado que será del agrado de mis convecinos saber algo de la tierra a la que han venido a vivir y que será la «querida patria chica» de sus hijos, y, con este fin, me he decidido a editarlo.

Sin embargo, antes de proseguir, deseo adelantar varias observaciones sobre la obra en sí y sobre varias de sus ilustraciones.

Este es un libro entreverado de historia, de poesía y novela, con su personalidad peculiar, desde la fundación de Alcorcón hasta el año 1970, inclusive. Todo esto, no obstante, agregamos en los últimos capítulos datos posteriores al mencionado año. Ello obedece, por su carácter excepcional, al deseo de anticipar alguna perspectiva somera de su proyección en el futuro.

Los lectores, al hojear sus páginas, advertirán la ausencia de pie en diversas fotografías, lo que se explica por ir incluído en el texto de la narración. Otras imágenes no guardan relación expresa, tal vez, con el capítulo al final del cual aparecen; pues bien: su objeto es el que puede significar la viñeta que contribuye a tomar mejor conciencia del tema general tratado.

¡Ojalá se cumpla mi esperanza!

1

498

CB219C

Verano del Cuero

105 CAMPANELLA

2.4

TERMINO

MUNICIPAL

DE

ALCORCON

PLASTIC
FABRIC

100

內政部

VALDEHOLSTADT

4-17-2004

112410
LWCH

Parque de Cuicatlan

ALSO OF INTEREST

TERMINO

WIND

41000000

REC-0001
A. PORTER
for London



ALCORCON

Alcorcón es un municipio de la provincia de Madrid. Dista 13 kilómetros de la Puerta del Sol. Es la primera población que se halla a la salida de la capital por la carretera general de Extremadura. Está ubicada sobre un promontorio, que se eleva a 718 metros sobre el nivel del mar.

Para apreciar mejor la altura de Alcorcón sobre el resto de la comarca bastará con compararla con la de los contornos. La altura de Madrid es de 668 metros; la altura de Móstoles, de 610 metros, y la altura de Leganés, de 666 metros.

El clima es continental. Azótalo toda clase de vientos y especialmente los del Norte o solano, y del Oeste o gallego, que soplan con mayor frecuencia y mayor intensidad en invierno que en verano. Los portadores de lluvias son los del Sureste.

Las aguas potables son de buena calidad.

El número de habitantes ha oscilado en la historia de 100 a 300 vecinos, sin pasar de ahí hasta cruzar el umbral de 1960. A partir de esta fecha crece de una manera realmente asombrosa e inconcebible.

Alcorcón ha dejado de ser un pueblo agrícola para transformarse decididamente en una ciudad industrial.

ORIGENES DE ALCORCON

Para conocer los orígenes de Alcorcón no poseemos más datos que los que nos dicta el significado y procedencia de su nombre.



La palabra Alcorcón se deriva de la palabra árabe Al-kur, Al-gor, o Alcor, que significa colina, collado, altozano. Y como quiera que encontramos al núcleo primitivo de nuestra ciudad sobre una prominencia de terreno, es obvio colegir que Alcorcón se fundó en tiempos de la dominación árabe.

Antiguamente los pueblos se establecieron junto a los ríos. La civilización era una «planta acuática». Después surgieron los más apartados debido al pastoreo y más tarde al cultivo de las tierras. A la fundación de otros dio lugar el servicio estratégico militar que podían prestar a poblaciones inmediatas más importantes, prefiriéndose para su situación las posiciones encumbradas.

Descartando para Alcorcón la primera causa del nacimiento de muchos pueblos, nos inclinamos por las dos siguientes y particularmente por la tercera.

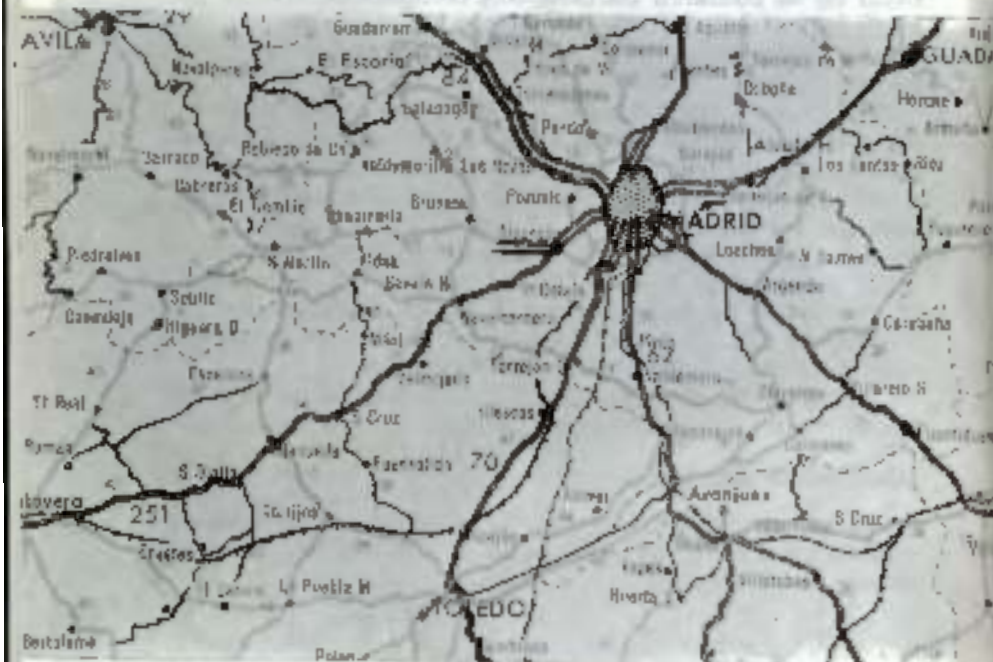
Los árabes desembarcaron en la Península el año 711. Sorprendieron desprevenido y desmoralizado al ejército del rey visigodo don Rodrigo y rápidamente se apoderaron de España.

Durante más de doscientos años gobernó el Califa de Córdoba. Pero hundida su autoridad y rota la unidad mahometana, sobre las ruinas del Califato de Córdoba se formaron pequeñas soberanías, conocidas por el nombre de Reinos de Taifas. Entre los nuevos reyezuelos fueron frecuentes las luchas intestinas y entonces aparecen las atalayas como punto de apoyo para sus maniobras guerreras, que a la par servían para defensa común contra las embestidas de las huestes cristianas y para transmitirse mensajes de índole diversa.

Las atalayas eran torres tácticamente colocadas en la Edad Media, para lograr una «red de alarmas» que fue muy útil en las guerras de la Reconquista.

Por todo lo cual, es muy probable que en este sitio, al ofrecer condiciones excepcionales en la defensa de su Medina Magerit (Madrid), fuera escogido por los sarracenos para construir en él una atalaya dotada de la guarnición correspondiente. Así lo entiende don Cayetano Rosell en la «Crónica de la Provincia de Madrid», que escribió en 1886.

Desde la torre de la Iglesia de Alcorcón se divisa perfectamente la capital de España y el vastísimo panorama



ma que se extiende por sus alrededores. Son cincuenta metros de altura más lo que tiene Alcorcón sobre el nivel del mar que el mismo Madrid.

En seguida advirtieron los primeros pobladores que la arcilla que pisaban era muy propicia para explotarla en la alfarería, y así debió aparecer la industria del vidriado, en la cual descollaban magistralmente los árabes.

Existe algún otro historiador que para dar una explicación original al nombre de nuestra localidad apunta que en la fabricación de los objetos de loza se empleaba el alcor, nombre dado por los alquimistas al óxido negro del cobre, y, por esta razón, opina se llamó alcoreros a los antiguos moradores y Alcorcón al lugar.

Dado que el celebrado barro de su suelo era material de la mejor calidad, todas las casas que se han levantado siempre fueron de tapiería o de adobes, lo que desafortunadamente no permite que ahora hallemos vestigios del pasado. Hasta mediados del siglo XIX no se utiliza el ladrillo. En este conjunto sólo ha desentonado la fábrica del templo.

Otro dato que deseamos dejar anotado es que el nombre de Alcorcón se ha reservado exclusivamente para este pueblo, y que ningún apellido existe de esta denominación.

OTRA TEORIA SOBRE ALCORCON

He aquí otra teoría sobre el origen de la palabra ALCORCON, que nos envía don Justo Hermansanz Navas:

«Como de aportaciones se trata, me permito incorporar al elenco teorístico de la villa una más que, aunque desinteresada y pobre de aderezos probatorios, podría valer a esta historia.

No sólo denominaban ALCOR los árabes a la colina, collado o altozano, al óxido de cobre negro que endurecía el barro de los pucheros, sino también la estrella de 5.^a magnitud, que dista de la del centro de la cola de la Osa Mayor once minutos y cincuenta y ocho segundos; por lo que si Alcorcón viene de «Alcor», puede serlo también de la aplicación a este sitio del uso que daban a esta constelación.

En efecto, tenían los árabes por prueba de acuidad visual la percepción de la distancia que media entre esta estrella Alcor y la de en medio de la cola de la Osa Mayor; o sea, que los árabes probaban su buena vista mirando al rabo de esta constelación.

Pero como las estrellas sólo son visibles por la noche, a excepción del Sol, acudimos a la prueba que harían durante el día, por lo que le viniera el nombre al sitio.

¿Dónde harían los árabes esta prueba?... Es indudable que todos los nombres moros de pueblos próximos a Madrid nacieron «para» o «por» éste. Magerit fue siempre, en la denominación sarracena, el más antiguo e importante pueblo de la zona, al que supeditaron los otros relativamente apartados de Toledo, que era la capital del reino. Sería, pues, Madrid el lugar desde donde se hacía, el lugar de observación, el sitio de la prueba para nuestra teoría.

¿Mirarían hacia Alcorcón?... Abonan esta teoría los datos siguientes: Hubo en Madrid un lugar que desde muy antiguo llamaron El Mirador, situado en la parte suroeste, probablemente en lo que hoy es Palacio Real. El nombre de Carabanchel nos dice una trayectoria: Todos los pueblos o nombres que empiezan por «cara» o «carra» significan «hacia...»; por ejemplo: Carravilla = hacia la villa; Carromolino = hacia el molino. He aquí, pues, que puestos en el mirador de Madrid, tendiendo la vista hacia Carabanchel, nos encontramos en la lejanía con Alcorcón, como punto más alejado, final, pudiéramos decir, de percepción en la prueba de una agudeza visual apetecida para un vigía que atisbara el horizonte.

¿Le vino el nombre al pueblo del sitio? ¿Le vino al sitio de este uso?... De todo podía haber. No falta quien cree, incluso, que se precisa el mismo grado de agudeza visual para apreciar la distancia entre aquellas estrellas de la Osa Mayor que para apreciar la distancia de Madrid a Alcorcón.

Tiene Alcorcón, además, un subfijo o remate que nos da una idea de tamaño o de mezcla, muy aparente para que esta teoría se estime gestatoria.

Alcor significa altozano, óxido de cobre o estrella de referencia, pero CON significa grande o mezclado, si no el más modernamente conocido dios de la mitología pe-

ruana, aquel dios invisible que llegaba rápidamente a los lugares.

¿Es digno estimarse este «con» en la elaboración de la palabra Alcorcón? Yo creo que sí, porque, al menos, le podemos utilizar como oportuno aglutinante que nos permita mantener unidas por el nombre Alcorcón las distintas significaciones de su raíz, aunque por sí cada una y todas ellas convergen más o menos remotamente en una: Altura.

Altura es el collado, la colina, el altozano y la estrella, y acaso el óxido de cobre, por su yacimiento en la montaña, y también el dios de los peruanos, que, considerando el aglutinante «con», nos permiten definir el nombre Alcor como «parte alta, final de horizonte o punto de prueba de agudeza visual», que estimaron los árabes de Madrid hacia el siglo VIII, donde levantaron una atalaya, alrededor del cual nació un pueblo que hoy se denomina ALCORCON.»



La manera milenaria
de arar la tierra
en Alcorcón
y en toda Europa

PRIMEROS DOCUMENTOS

Remontándonos a los orígenes de Alcorcón en nuestra investigación histórica, descubrimos, por vez primera, su nombre escrito en un instrumento, que se custodia en los archivos históricos de Segovia. Este documento lo expidió el 28 de julio de 1208 el rey Alfonso VIII, en Burgos. En él se determinan los límites de la jurisdicción de Segovia y se alude, entre otros lugares, a Alcorcón, Pozuelo, etcétera, mencionándose hasta los arroyos de Butarque y Meac (Meaques).

En noviembre del mismo año, don Alfonso enajenó de su realengo a la villa de Villanueva de Tozara en favor de Segovia por 2.500 maravedís, como consta en la carta de compraventa que, autorizada, se halla en los archivos históricos de dicha ciudad castellana. En ella, igualmente, se hace referencia, entre otros pueblos, actualmente de la provincia de Toledo y Madrid, a la cañada que cruzaba Alcorcón e incluso a la iglesia de la Ribota, de la que nos ocuparemos más adelante.

Estos documentos los hemos recogido de la «Historia de Segovias», publicada por el sabio e ilustre sacerdote segoviano don Diego de Colmenares.

Más como un pueblo, por ley general de vida, se va creando paulatinamente, generación tras generación, y más antes, en el año 1200, podíamos suponer a Alcorcón, sin temor a error, doscientos o trescientos años de vida como comunidad definida y sobre todo cuando entonces se habla de la Ribota, que era un caserío inmediato a nuestra villa.



FERNANDO I EL GRANDE



ALFONSO VI



ALFONSO VIII

SUCESOS PRIMEROS

Por cuanto acabamos de exponer, podemos afirmar con toda verdad que Alcorcón experimentó los avatares sufridos por los sarracenos de Madrid en 935, cuando Ramiro II de León se apoderó de ella, desmantelando sus muros, y contempló, cien años más tarde, cómo volvía a pasar a manos del Islam.

El año 1057, el rey Fernando I el Grande, después de dar gracias al Apóstol Santiago por conquistar a los árabes Coimbra en Portugal, regresó a León. Celebró una asamblea con los magnates, para deliberar hasta qué punto de los dominios mahometanos convenía continuar la guerra. Y en la primavera siguiente salió a campaña el ejército cristiano. Tomó San Esteban de Gormaz, Aguilar y Berlanga. Prosiguió triunfante hasta Medina-celi. Pasó Cantabria, destruyendo los castillos y poblados que se resistían y «demolió la línea de atalayas que de trecho en trecho se había construido», nos dice el gran historiador Modesto Lafuente. Después se rindieron Guadalajara y pueblos limítrofes. Hubo de poner estrecho cerco a Al-Kalaa —en Nahr— (Alcalá de Henares) y atacó a Magerit (Madrid) a sangre y fuego.

En aquella ocasión, viéndose todo perdido desde la gran atalaya de Alcorcón, se enviaron mensajes de urgencia al rey de Toledo, que, a la sazón, era Al-Mamun. Pero este rey, en lugar de empuñar las armas, cargó con gran cantidad de alhajas y regalos y con lo más florido



Lugar fronterizo en que se anexionó Alcorcón desde el año 935 hasta 1212.

de la Corte toledana vino al encuentro de Fernando I. Le entregó todo y se aprestó a constituirse en tributario suyo, como ya lo eran los reyes moros de Badajoz, Zaragoza y Sevilla. El rey cristiano lo aceptó, respetó sus vidas y haciendas y se retiró.

Gracias al magnánimo gesto de humildad de Al-Mamun, Alcorcón había escapado del exterminio que, inminente, le acechaba.

Unos años después murió Fernando I. Los árabes aprovecharon las agrias discordias surgidas entre los hijos del difunto rey y se sacudieron el yugo de los tributos, declarándose de nuevo independientes.

Fue asesinado Sancho II. Le sucedió su hermano Alfonso VI, y éste, con el ejército cristiano, vigoroso y disciplinado, reconquistó definitivamente, para siempre, Madrid, en 1083, y a continuación todo el reino de Toledo.

A partir de tan jubilosa efemérides, pareció alborazar sobre Alcorcón una garantía de paz inalterable. Al menos por un siglo, a su alrededor cesan los ayes de dolor y se borran las escenas desgarradoras y terroríficas de la guerra. Cultiva la tierra, pastorea el ganado, la loza cobra nuevo auge y la fe de los habitantes fructifica en devociones que perduran durante siglos.

JAKUB BEN YUSUF EN ALCORCON

Así... hasta 1198. Aquel año, el sultán de Marruecos, Jakub ben Yusuf, con una poderosa legión de almohades, se presentó aquí. Envalentonado por su avance invencible por Andalucía y la gran victoria lograda sobre Alfonso VIII de Castilla en Alarcos, a cuatro kilómetros de Ciudad Real, se lanzó a la conquista de Madrid.

Dejó Toledo, cruzó el Tago, derribó cabanías, sacrificó los rebaños, saqueó y asoló pueblos, taló los campos de Sagra y, como primera providencia, acampó en los pueblos inmediatos a Madrid. Alcorcón, Leganés, Getafe y los Carabanchales fueron teatro de su nefasto paso por estas tierras. Componían sus huestes 300.000 hombres.

¡Con qué ojos de avidez observaría el sultán, desde la atalaya o torre de Alcorcón, la ciudad codiciada!, y ¡con qué tranquilidad otearía el horizonte, al comprobar que ningún ejército castellano le perseguía!

Desde estos lugares planeó los furiosos y repetidos embates con que embistió a la Villa del Oso y el Madroño.

Desde aquella atalaya que existiera en Alcorcón contemplamos, en efecto, al emir de los almohades planificando la conquista de Madrid.

Y en consecuencia el formidable ejército agresor cercó la ciudad palmo a palmo, atronándola con el redoblar de los tambores. En los alrededores emplazaron todos los artefactos bélicos, que muy pronto entraron en acción. Y se urdieron todas las tramas imaginables para rendir a los madrileños.

Pero los nativos no se arredraron. Las murallas, al instante, también se poblaron de aceros, de escudos, de arcos, y un día y otro día frenaron las brisas acometidas de los agresores. Tras sus accesos se apresuraron a levantar espesos paredones de cal y canto y se hicieron impenetrables cuando, por el hacha y el fuego, el enemigo convirtió en pavesas sus gruesos portones. Todos se revisieron de austeridad, se gobernaron con férrea disciplina y se rezó con más fervor que nunca. Se habían propuesto resistir hasta la muerte antes que claudicar.

No obstante, el sultán aguardaba, sin impacientarse, el fruto del empeñado asedio. Desde que en mayo acam-



Jakub ben Yusuf



Soldado castellano

paran en estas tierras han transcurrido los meses del verano y los vecinos de Madrid no han recibido ningún socorro. Los hombres, las mujeres y los niños de Alcorcón y demás pueblos han huido despavoridos en busca de algún refugio, aprovechando las frecuentes, aunque breves, ausencias de los invasores. Todo quedó en poder de los sarracenos y todo son ruinas.

«La ciudad debe estar famélica. El hambre debe estar haciendo ya estragos entre sus moradores. No les quedará más que gatos y ratas para comer. Dentro de poco, de muy poco, caerá», debía pensar Jakub ben Yusuf cuando a él y a sus huestes se les estaba tornando imposible la vida.

El bloqueo se prolongó. Y los madrileños siguieron defendiendo sus murallas. ¿Qué sucedía?

Muy sencillo. Mientras en el interior de la ciudad desde el primer momento se racionaron los alimentos, los suministros, hasta el agua, en el exterior los árabes se habían entregado, insaciables, desde el primer día, al pillaje y a la destrucción. Ardieron los árboles de estos campos, los sembrados habían sido arrasados; las ganaderías,

deshechas. Y cuando se quisieron percatar habían agotado todo recurso de subsistencia. A tal extremo se llegó que se impuso el regreso a sus tierras, lo que hicieron encaminándose por Cuenca y Alcaraz, no sin descargar todo su encono contra los poblados que hallaban al paso, después de destruir los puentes del Manzanares, la atalaya de Alcorcón y cuantas fortalezas pudieron, como los castillos de Oreja, entonces población de 10.000 habitantes y hoy morada de tres o cuatro familias nada más. Pasó como un huracán devastador y terrible.

A pesar de todo, no le bastó. En breve subiría de nuevo hasta el centro de la Península; en concreto, hasta Maqueda, de Toledo, pero esta vez se volvió a Marruecos por Talavera, Trujillo, Mérida..., con las mismas desastrosas secuelas.

Las hordas del Islam se habían vuelto a rehacer en un poderoso imperio que amenazaba quebrantar el pujante reino de Castilla, cimentado durante varios siglos de reconquista. En una hora crítica para los reinos de la cristiandad y todos se unieron para darle la batalla, que se llevó a feliz término en las Navas de Tolosa el 18 de julio de 1212. Desde tan gloriosa jornada la línea fronteriza desciende del centro al sur de la Península.

DEL SIGLO XIII AL XV

Alfonso VIII repartió los trofeos y despojos del gigantesco botín logrado en las Navas entre los reyes y señores que le apoyaron y favoreció a los concejos más alterados por las excursiones vandálicas de Ben Yusuf y que, asimismo, le acompañaron en la gran batalla. Madrid fue uno de los lugares que más atrajo por tal concepto la atención del rey, y le declaró libre de todos pechos junto con los sufridos pueblos vecinos. Sólo los dejó, como tributo, el de moneda y martiniaga, del que les eximió temporalmente, y del mismo modo les confirmó los derechos y privilegios concedidos por Alfonso VII.

La adhesión de los hombres de esta tierra a la corona real prosiguió al mismo nivel de fervor, y Fernando III el Santo, en 1222, les otorga nuevos Fueros. Dividió el término jurisdiccional de Madrid en tres compartimientos rurales, denominados Vallecas, Villaverde y Aravaca. El ter-

cero de ellos comprendía Aravaca, Majadahonda, Boadilla, Alcorcón, Leganés y los dos Carabanchales. El presente dato nos lo han proporcionado los documentos del Archivo General de la Villa de Madrid, en la página 76 del tomo primero.

Estas prerrogativas, como otras similares, venían hiriendo el orgullo de los segovianos, que con ello juzgaron mermados sus derechos y dominios, y se tomaron la justicia por su mano. Las discordias, robos y reyertas estuvieron a la orden del día por estas áreas, y el resentimiento alcanzó su colmo en 1248, cuando la expedición de los madrileños a Sevilla con Fernando III.

Entonces alióse Segovia con sus lugares y los de allende la sierra, y Madrid con los suyos y los del reino de Toledo. Cuando iban a enfrentarse sangrientamente, intervino el rey Fernando III con todo el peso de su autoridad. Urgentemente encomendó la solución del caso a árbitros idóneos, y éstos emitieron su fallo a favor de Madrid. No obstante, hubo de imponerse el orden por la amenaza de severísimas sanciones.

Con Alfonso X el Sabio y sus sucesores, renováronse los odios, que se desvanecieron al pasar estas tierras al señorío de los Mendoza, en 1383.

Vamos a narrar la causa por la que esta comarca



Heróico gesto de don Pedro de Mendoza, en Aljubarrota

pasó a tales señores, dada la elevada dosis de ejemplaridad que encierra.

Ocurrió que el rey de Castilla, don Juan I, para defender los derechos de su esposa, doña Beatriz, al trono de Portugal, sitió por tierra y por mar a Lisboa, dominando la región comprendida entre el Duero y el Miño. A pesar de todo, la guerra prosiguió, y en nuevo combate, en Aljubarrota, le mataron el caballo, pudiendo escapar con vida gracias al heroico gesto de don Pedro de Mendoza, que le dio el suyo, sacrificando su propia existencia. Acto éste que premió el rey en sus descendientes con la donación referida, aparte de otras más importantes. Don Juan I, hallándose en Alcalá de Henares, en 1390, salió un día de la villa y cayó su cabalgadura, con fortuna tan adversa para el rey que murió al instante. Todavía, en el siglo XVI, veremos cómo el principal propietario seguirá siendo en Alcorcón un tal don Alonso de Mendoza.

En el devenir de los años medievales, los nativos de Alcorcón, recuperados del desastre de 1198, se debieron multiplicar extraordinariamente. Asimismo, es probable que algunas familias emigraran a repoblar las zonas que quedaban desiertas y asoladas por las guerras, a medida que la Reconquista descendía hacia el Sur. Otros, movidos por su dinamismo comercial y talento emprendedor, ampliarían el radio de acción de sus negocios a otras áreas. Y como es normal entre esta clase de la sociedad, entonces más que ahora, la competencia provocaba rivalidades y contiendas que concluían ante los tribunales de Justicia. Sirvanos de aval, para arriesgar la actual sugerencia, los siguientes testimonios que se conservan en el Archivo General de Simancas:

«Con fecha 11 de octubre de 1484 existe allí un emplazamiento a don Cacohen, judío, vecino de la ciudad de Huete, en el pleito con Rodrigo de Alcorcón, igualmente vecino de dicha ciudad, a petición del procurador de éste, Pedro Patiño.»

Con fecha 4 de abril de 1485, hay también allí un «Amparo a favor de un tal Pascual de Alcorcón y Diego de Provencio, arrendadores del término de herbaje llamado Masagoses, en la sierra de Cuenca, a petición de dicha ciudad».

De esta forma podíamos mencionar algún otro dato más, que no por carecer de importancia es menos elocuente respecto a la sencilla presencia de Alcorcón en el quehacer patrio de la época. Por algo, al finalizar el siglo XV, viven en el pueblo cuatro familias de hijosdalgo. Suponemos, pues, que tal hidalguía les correspondiera por algo que ignoramos.

Pero aún no terminan aquí las noticias que poseemos: «Las relaciones de Felipe II», escritas en 1576, nos remiten una vez más al último decenio de 1400. Estaba en el ambiente el feliz desenlace de la Reconquista con la entrada triunfal de los Reyes Católicos en Granada y el asombroso descubrimiento de América. «Las Relaciones» dicen así:

«Hará unos ochenta años hubo una gran mortandad, a manera de pestilencia. No se supo qué enfermedad sería, mas que empezando a dar la dicha enfermedad a una persona de una casa, la comunicaba a todos los demás, de que venían a morir todos los de la casa, y obligó a muchos vecinos a ausentarse del pueblo, y un poco apartados, hicieron cabañas donde habitar, hasta que pasó la furia de la dicha enfermedad.»

Hubo vecinos que dijeron que antes hubo una gran hambre, hasta el punto que comían pan de grama, poniéndola a secar en hornos y, secada, la picaban menudito, y la llevaban a moler, y de la harina que sacaban hacían pan y comían, y otros pan de habas, y otros de garbanzos.»

Jerónimo Zurita y otros viejos cronistas, al narrar los últimos tiempos de la reina Isabel, que murió en 1504, recuerdan los graves reveses que sufrió la economía española en diversos puntos por la inclemencia de los elementos de la naturaleza. ¿Por qué uno de los primeros eslabones de la luctuosa cadena no pudo ser el que acabamos de anotar?

Igualmente, en las «Relaciones de Felipe II» se alude a la Ribota en los términos siguientes: «En las cercanías de la ermita de Santo Domingo se ven muchas ruinas, lo que parece indicar que allí hubo como un pueblo». ¿Por qué no afirmar que, precisamente, en este período aquello, cuya decadencia se había iniciado, terminó de arruinarse, aunque permaneciera la iglesia con

carácter de ermita de Santo Domingo? Y si así fue, todos estos indicios, ¿no nos conducen a inferir que en aquel siglo es cuando el municipio de Alcorcón debió alcanzar el mayor número de habitantes de toda su historia hasta 1860?

La primera estadística de vecinos que nos legó 1576 apunta que eran 170. Luego no volvemos a disponer de más hasta 1785, que nos señala 150, cifra que apenas se supera hasta nuestro insospechado presente. Por tanto, si en 1576 eran 170 vecinos, y ochenta años antes hubo una gran mortandad y, por otra parte, se halló habitado lo conocido por La Ribota, queda justificado nuestro aserto.



Sistema milenario de recoger las cosechas, en Alcorcón como en todas partes

ALCORCÓN EN LAS «RELACIONES DE FELIPE II»

Hasta aquí hemos visto a Alcorcón afectado por los azarosos avatares de la Reconquista. A partir de 1500 al 1600 entra en el paréntesis de euforia patria que llena todo el siglo. Es la época de los más grandes sabios, héroes y santos que ha engendrado esta tierra. Y quién sabe si Alcorcón también es madre de un santo al estilo de San Juan de Dios, como veremos más adelante. Y, ¿por qué no andaría alguno de sus hijos enrolado en las filas de los gloriosos tercios?...

Rigen los destinos de España, principalmente, Carlos I de España y V de Alemania y su hijo Felipe II. La grandeza española llega a la cumbre de su esplendor. Las victorias de nuestras tropas por toda Europa, y el éxito de las expediciones de los descubridores españoles por todo el mundo se comentan a la vuelta de cada esquina.

Una de las maravillosas obras de este período es el monasterio de El Escorial. Este inmenso monumento es, a la vez, palacio y basílica, panteón de reyes y convento, museo y biblioteca de las más ricas en manuscritos. Allí se encuentran las «Relaciones histórico-geográficas-estadísticas de los pueblos de España» que, por iniciativa de Felipe II se escribieron en 1575 y 1576.

Nosotros vamos a redactar el presente capítulo copiando, casi al pie de la letra, cuanto sobre Alcorcón se refiere en las citadas Relaciones, aunque para algunos resulte intrascendente o monótono. Cedemos ante la fuerza del documento histórico.

En las «Relaciones» se dice:

«En el lugar de Alcorcón, jurisdicción de la villa de Madrid, a veinticinco días del mes de diciembre de mil quinientos setenta y cinco, a media hora después de puesto el sol, Francisco Vélez, alguacil de comisión, nombrado por el ilustrísimo señor licenciado Martín de Espinosa, corregidor en la dicha villa de Madrid, y su tierra por Su Majestad, por ante mí, el escribano público y testigos de yuso escriptos, requirió a Martín Escolar y a Antón Moreno, alcaldes ordinarios en el dicho lugar, y Alonso Montero, regidor, que hagan juntar, y junten su concejo, como lo han uso y costumbre de se juntar, porque junto y ayuntado el dicho concejo, tiene necesidad de presentar ciertos traslados, tocantes al servicio de Su Majestad, y luego incontinentes los dichos alcaldes y regidor hicieron juntar su concejo a campana repicada, como lo han uso y costumbre de se juntar para las cosas tocantes a su concejo, es a saber los dichos alcaldes y regidor y otros muchos vecinos de dicho lugar, y estando juntos y ayuntados el dicho Francisco Vélez, alguacil, presentó un mandamiento firmado del señor corregidor y de Francisco Martínez, escribano del Ayuntamiento de la dicha villa, y una instrucción escrita de molde, con la cual requirió a los susodichos lo guarden y cumplan como en el dicho mandamiento e instrucción se contiene, todo lo cual yo, el presente escribano, les lei y notifiqué de «verbum ad verbum» en el dicho concejo a los susodichos, los cuales habiendo oído y entendido respondieron que estaban prestos de lo hacer y cumplir, según y como por el dicho señor corregidor se les manda con toda la brevedad y cuidado que pudieren, y de pedimento del dicho Francisco Vélez, alguacil susodicho, la firmé de mi nombre, siendo testigos Diego de Vergara y Francisco Muñoz y Miguel Gómez, vecinos de dicho lugar, de lo cual y de que queda en mi poder la dicha instrucción y traslado del mandamiento y autos, yo, el presente escribano, doy fe. Ante mí, Martín de Vergara, escribano público. (Rubricado)».

«E después de lo susodicho en el dicho lugar de Alcorcón, a catorce de enero de mil quinientos setenta y seis, en cumplimiento de lo mandado y proveído por Su Majestad, su real cédula, y por el dicho señor licencia-



Retrato de Felipe II el Prudente, en los últimos años de su reinado. Cuadro de Pantoja, que existe en el monasterio de El Escorial

do Espinosa, corregidor de la dicha villa de Madrid, en su nombre mandaron llamar a concejo a los señores Antón Moreno y Martín Escolar, alcaldes, para conferir y tratar quiénes sean las personas que más convenga, y habiéndose juntado en el dicho concejo, como lo tienen de uso y costumbre de lo hacer para semejantes negocios, habiendo conferido y tratado sobre ello entre sí, acordaron de nombrar y nombraron al dicho Antón Moreno, alcalde, y a Pedro Godino, vecino del dicho lugar, para que como persona que tiene más noticia y experiencia de las cosas del dicho lugar, así porque el dicho Antón Moreno es hombre antiguo, de más de setenta años, y el dicho Pedro Godino por ser hombre leído en historia y cosas antiguas y hombre curioso, a los cuales mandaron lo acepten luego, so pena de veinte mil maravedís para la cámara de Su Majestad les es mandado, informándose de personas antiguas del dicho lugar y de otras partes de lo que ellos no supieren ni alcanzaren, y que la dicha relación hagan cierta y verdaderamente y con toda claridad, tan copiosa como convenga y mandaron a mí, el presente escribano, se lo notifique todo ello, para que así lo cumplan so la dicha pena. Testigos que fueron presentes a lo que dicho es Axenxo Agudo y Francisco de Pero González, vecinos

del dicho lugar. Ante mí, Martín de Vergara, escribano público. (Rubricado).

Y el 17 de enero de 1576 declararon ante Martín de Vergara:

1. Dicho lugar, siempre que se saben acordar, se ha llamado y llama Alcorcón, sin haber tenido otro nombre diferente y sin saber la razón ni causa por qué sea éste su nombre, ni lo han podido saber ni entender.

2. Ninguna claridad se ha podido hallar de la antigüedad del dicho lugar, ni quién fue su fundador ni cuándo se ganó a los moros.

3. Es aldea de la villa de Madrid y de su jurisdicción, y por tal, su cabeza la ha reconocido y reconoce siempre.

4. Está en el reino de Toledo.

5. No está en frontera de reino extraño; estará de la raya de Aragón, que es la más cercana de otro reino, como cuarenta leguas. No es entrada, paso, ni puerto, ni aduana, ni se cobra en él derecho ninguno.

6. No se sabe que tenga escudo de armas, ni que le haya tenido.

7. Es lugar realengo y de la jurisdicción real y sujeto a la dicha villa de Madrid.

8. El dicho lugar no tiene voto en Cortes, y habla por el Madrid, y envía los repartimientos de alcabalas y servicios que le caben pagar al dicho pueblo.

9. Está en el distrito de la chancillería de Valladolid, y en apelación van a la dicha chancillería con los pleitos y causas de importancia de los dichos vecinos. Hay treinta y dos leguas.

10. Es de la jurisdicción de Madrid, y hay dos leguas grandes.

11. Caen en el Arzobispado de Toledo, y su partido dista diez leguas.

Ciertos números se silencian. La razón es que, respecto a lo que se pregunta en los mismos, no hay nada que responder. Por ejemplo: no hay ríos, no hay minas, no hay conventos, etcétera.

13. Yendo cara del nacimiento del sol para su cabeza, que es la villa de Madrid, no hay lugar ninguno más que una venta casi en medio del camino, que se ha hecho de dos años a esta parte.

14. Yendo desde el dicho lugar hacia la parte del mediodía, hay un lugar que se llama Humanes; está dos leguas de Alcorcón.

15. Yendo hacia el Poniente está Odón, a una legua de Alcorcón.

16. Yendo hacia el Norte está Pozuelo, a dos leguas comunes.

17. El dicho lugar es de algo alreoso por estar en lugar alto; es fresco en todos los tiempos. Puesto en él, hacia la parte del mediodía, es tierra llana y sana, y ha habido en él siempre hombres muy viejos, de más de cien años, y que han vivido muy sanos; y por la parte de Oriente y Poniente vierte aguas a una parte y a otra. Es tierra rasa. No hay montes en todo su distrito; algunas viñas y algunos árboles, que son guindos y almendros.

18. Es muy falta de leña, porque todo su término y diebmería no tiene encinas, ni robles, ni montes que tengan otra leña. Provéese de leña del Real de Manzanares, a seis leguas; los árboles que tiene son guindos y almendros, como está dicho; tiene también aprovechamientos de las viñas y de lo que podan de sus árboles. Caza no tiene ninguna más que de liebres, porque la tierra es rasa, como está dicho.

23. Es falta de aguas, porque en él hay pocos pozos, y una fuente de que beben agua tiene poca agua, aunque buena; ayúdanse de los dichos pozos que hay en el dicho lugar.

24. En su término no hay bosque, ni dehesa ninguna, ni pesca; hay sólo tres prados pequeños, como una dehesa de tomillos y retamas, los cuales sirven de pastos a los ganados de dicho lugar.

25. Don Alonso de Mendoza, señor de Cubas y Grifón, tiene unas casas grandes, aunque no de mucho edificio, y 28 yuntas de tierras, poco más o menos, que es una yunta cincuenta fanegas, y ciertas viñas que tiene dadas a censo, y otros censos así perpetuos como al quitar, y hasta mil maravedís de réditos, y tiene Alonso Martínez de Cos, regidor de la villa de Madrid, y un vecino suyo, como cuatro yuntas de tierras, poco más o menos; y otros herederos de Madrid tienen como otras cinco yuntas de tierras; tienen vecinos de Leganés y

Polvoranca y el señor de la villa de Polvoranca como catorce yuntas de tierras; y la iglesia de dicho lugar y una capellanía que hay en ella y las ánimas del purgatorio tienen como otras cuatro yuntas de tierras; y habrá treinta yuntas de otros vecinos.

26. La tierra es tierra labrantía, y se coge en ella trigo y cebada y poco centeno y poca avena; criase ganado ovejuno en poca cantidad, porque en todo lugar no hay arriba de mil cabezas de ganado; esto por los pocos pastos que hay y poca comida para ello, por ser el término estrecho; vale el diezmo comúnmente un año con otro ciento treinta cahíces de pan por mitad, esto porque los que tienen tierras de Madrid, Leganés, Polvoranca, Móstoles y otros lugares en la dezmería de este dicho lugar acuden con la mitad del diezmo del pan que cogen a la campana del dicho lugar de Alcorcón, y por esta causa vale tanto el dicho diezmo, porque si fuese de los particulares del dicho lugar, no valdría noventa cahíces el dicho diezmo. Vale el diezmo de la uva del dicho lugar un año con otro cuarenta mil maravedís. La falta que hay en el dicho pueblo es de leña, como está declarado en el capítulo 18.

35. Las casas del dicho lugar todas son de tapiería de solamente tierra, y son casas bajas, sin altos, y, en efecto, son casas ordinarias de labradores y de muy poca costa. Los materiales de ellas son maderas de la sierra de Valmaqueda y tejas que traen de la villa de Parla y Fuenlabrada, porque en el dicho lugar no lo hay.

37. La cosa señalada que se ha podido tener en memoria haber acontecido en dicho lugar es que hará ochenta años hubo una gran mortandad a manera de pestilencia... (Y como esto se refirió al narrar el último decenio del siglo XV, a ello remitimos.)

38. No hay cosa notable que poder decir que haya acontecido en este dicho pueblo, ni de personas que hayan nacido en él. Sólo por cuento gracioso se puede notar haber en el dicho lugar al presente un hombre que casi ha setenta años, y que está casado con una sola mujer, y han vivido y viven tan en paz que nunca se ha sabido que entre ellos en todo el dicho tiempo haya habido cuestión, ni rencilla, ni enojo, ni mala palabra, y que al presente se tratan amigablemente como si fue-

ran recién casados, que es cosa para estos tiempos bien de notar. Llámase él Juan de la Rubia, y ella, María Corchuela.

39. El dicho lugar es de ciento cuarenta casas, y vecinos habrá al presente como ciento setenta, contando dos viudas por un vecino. Ha sido pueblo pequeño siempre, aunque vase aumentado ahora poco a poco.

40. En el dicho lugar hay cuatro casas de hidalgos, tres casados y uno soltero, todos los demás son labradores; las libertades y exenciones que gozan los hijosdalgo son las que gozan los demás de estos reinos.

41. En el dicho lugar no hay mayorazgo, ni casas, ni solares de linaje, ni escudo de armas; solamente hay la casa y hacienda de don Alonso de Mendoza, el cual reside de ordinario en Madrid.

42. La mayor parte de los vecinos del dicho lugar, de tres partes, dos son de hombres pobres, y la otra tercera parte tienen medianas haciendas, siendo el más rico de 4.000 ducados de hacienda. Los demás viven del trabajo, la granjería que tienen y lo que se labra en el dicho lugar mejor que en otras partes, que es cántaros, ollas, jarros y pucheros, y esto se labra también y es barro tan a propósito para el ministerio que son, que se llevan a muchas partes lejos y se tiene en mucho en todo el reino. Hacen esto las mujeres, es granjería de mucho trabajo y poco provecho, porque la leña y hornija, que se traen para los hornos, les cuesta muy caro, porque van siete leguas a por ello y después de lo dicho se vende a muy moderados precios y lo que más daño les hace es que se les quiebra mucha parte de la dicha obra que hacen, de manera, que por no holgar ni tener otra cosa en que entender lo labran y no por la ganancia que se les sigue de labrarlo.

43. La justicia eclesiástica que hace justicia en el dicho lugar en los asuntos que se ofrecen, es el vicario arzobispo de Madrid y el vicario general de Toledo. La justicia seglar son dos alcaldes ordinarios y dos alcaldes de Hermandad y dos alguaciles y dos regidores, éstos, cada un año, se nombran por el concejo del dicho lugar y los aprueba el corregidor de la villa de Madrid. Diferencia ninguna no hay sobre las dichas justicias. Plati-

case en tales asuntos lo mismo que en los juicios del reino de Toledo.

45. El dicho lugar no tiene término suyo propio ninguno, si no es el término de su cabeza que es Madrid, tiene dezmería conocida por sí propio, no tiene más que tres prados pequeños y la dehesa de la que se aprovechan sin pagar cosa ninguna de renta al dicho concejo se reparte a los señores de ganado un tanto de cada cabeza, sin que paguen ninguna cosa los pobres; también se da licencia al carnicero para que meta su ganado en los dichos prados, pagando al dicho concejo un tanto como se conierta.

También hay unos pedazos de eras pequeños, los cuales, cuando hay necesidad de servicios para la guerra o para pleitos, se arriendan a los vecinos para que los pobres no sean molestados; esto es poca cantidad, que, cuando mucho, se sacan seis mil maravedís por un año de renta de ellos.

48. En el dicho lugar hay una iglesia parroquial, cuya advocación es Santa María la Blanca. No tiene capillas, ni dotaciones ningunas particulares, enterramientos no hay en ella ni cosa notable que decir.

49. No hay iglesia catedral ni prebenda ninguna.

50. En la dicha iglesia del dicho lugar hay un cura propio, y sácase al dicho beneficio un medio préstamo para el Colegio de Santiago el Obispo, de la ciudad de Salamanca, vale el dicho curado y gruesa de él 400 ducados con servicio, y todo es liquidamente del dicho cura, sin lo que lleva el dicho medio préstamo, hay en la dicha iglesia una capellanía que llaman de los Escolares, que tienen como cien fanegas de tierras, que arriendan a diferentes precios, vale el medio préstamo cada un año 150 ducados un año con otro, no pone servicio ninguno en la iglesia el dicho Colegio de Santiago por razón del mencionado préstamo.

51. En la dicha iglesia no hay reliquias ninguna, hay cerca del lugar dos ermitas: una de San Sebastián, y otra que llaman de Santo Domingo de la Ribota. A esta ermita la tienen devoción muchos lugares del contorno y vienen los sábados y días de Santo Domingo con devoción, y traen aceite para la lámpara y dan otras li-

mosnas a la dicha ermita de Santo Domingo de poca cantidad.

52. Las fiestas de guardar y días de ayuno son los que manda la orden del arzobispado de Toledo, excepto que muchos vecinos del dicho lugar tienen devoción de no comer carne ni grosura los miércoles; qué sea su principio no se sabe cierto, mas por haberlo visto hacer a sus padres y pasados, guardan el día de Santo Domingo y Nuestra Señora de las Nieves y Santa Catalina y Nuestra Señora de la Paz por vía de voto, por causa de las enfermedades, de que se hace mención en los capítulos de arriba, no comen carne las vísperas de estas fiestas aunque no se ayuna.

54. En el dicho lugar hay dos hospitales muy pobres, sin renta ninguna. El uno le fundaron los escolares, el otro es del dicho concejo.

55. El dicho lugar es pasajero de la Mancha para Segovia y Castilla la Vieja, y desde Castilla la Vieja para Toledo y la Mancha y de Extremadura para Madrid.

56. El lugar despoblado que parece haber habido en la dezmería de Alcorcón está en el contorno de la dicha ermita de Santo Domingo de la Ribota, no se ha podido saber por qué causa se despobló, y generalmente lo que se puede saber de cosas notables fuera de lo que está dicho, es que en este lugar hubo un hombre que se llamó Juan González, el cual hará que murió cinco años. Fue hombre pobre que no sabía leer ni escribir y muy rústico en su trato. Dios fue servido de darle una enfermedad de que estaba tullido y sin hablar en la cama un

— Fuése a servir al hospital de Antón Martín...



año. Un día de Jueves Santo, y así malo como estaba, porfió le llevasen a la iglesia y por complacerle lo llevaron dos hombres asidos de los brazos y llegado que fue a la iglesia se puso en medio de ella, y en altas voces empezó a hablar y dijo un sermón tan concertadamente y con tan buen estilo y tales palabras de la Sagrada Escritura y de tan buena doctrina, como si fuera hombre de letras y experimentado en predicar. Fue de manera su plática que dejó admirado al pueblo con sólo este sermón. Empezó de allí en adelante a hablar un poco, hizo vida de mucha virtud y recogimiento, fuése a servir al hospital de Antón Martín, de Madrid, y allí murió, como muy buen cristiano».

UN ALCORCONERO SALVA DE LAS LLAMAS EL PALACIO DE DON JUAN DE AUSTRIA

Un amigo nos refirió un dato singular, protagonizado por un alcorconero en la segunda mitad del siglo XVI, que nosotros recogemos, agradecidos. Dice así:

«Narra el P. Coloma, en una de sus novelas, que en 1578, la casa-palacio de don Juan de Austria, en Madrid, se libró de ser exterminada por las llamas gracias a un hombre de Alcorcón.

Caminaba el alcorconero, con su asno cargado de pucheros, cántaros, cazuelas y otras vasijas, al tiempo que pregonaba la mercancía, por la calle en que vivía don Juan. Aquél reparó en el humo que escapaba por los entresijos de las ventanas y tejas del edificio; solicitó el auxilio de los vecinos y, entre todos, sofocaron a tiempo el incendio, que hubiera devastado la morada del héroe de Lepanto.»



Arriero de aquel
tiempo

EL TEMPLO, OBRA DEL SIGLO XVI

La única obra que perdura del pasado secular de Alcorcón, y precisamente nos legó el último tercio del siglo XVI, es la que vamos a considerar seguidamente, ya que en él nos encontramos.

Cargada de años, majestuosa y altiva, limpia y severa en su sencilla arquitectura, surge la silueta de la iglesia de Alcorcón con su torre cuadrada.

El templo parroquial está ubicado en uno de los solares más elevados de la población. En la primera época de su historia, allí mismo, se hallaría instalada la mezquita, al lado de aquella atalaya, que suponemos sirviendo, asimismo, de minarete. Conjunto todo este que, tras la Reconquista, en 1083, se transformó en seguidilla en lugar de culto cristiano. El ascendiente profundamente religioso de los nuevos vecinos, originarios de los reinos de Castilla y León, era extraordinario.

La primitiva iglesia, transcurridos los primeros siglos, debió desmoronarse, y en su lugar se levantó la actual.

Sea lo que sea, por las impresiones recogidas de la lectura de las «Relaciones Históricas», de Felipe II, cabe inferir que la estructura del actual templo es posterior a 1576. En el crucero existe una lápida del sacerdote allí enterrado en 1595. ¿No es este detalle revelador?

El material empleado en el conjunto de la obra es el ladrillo y la mampostería. Por su estado, las piedras parecen provenir, en gran parte, del derribo del anterior templo y de la entonces ruinosa iglesia o ermita de Santo Domingo de la Ribota, que, definitivamente, desapa-

rece en este siglo o en el siguiente, porque en el siglo XVIII ni siquiera se la menciona.

La planta del templo es de cruz latina, si bien los brazos del crucero no se acusar al exterior, una vez que a ellos están adheridos la sacristía y el baptisterio.

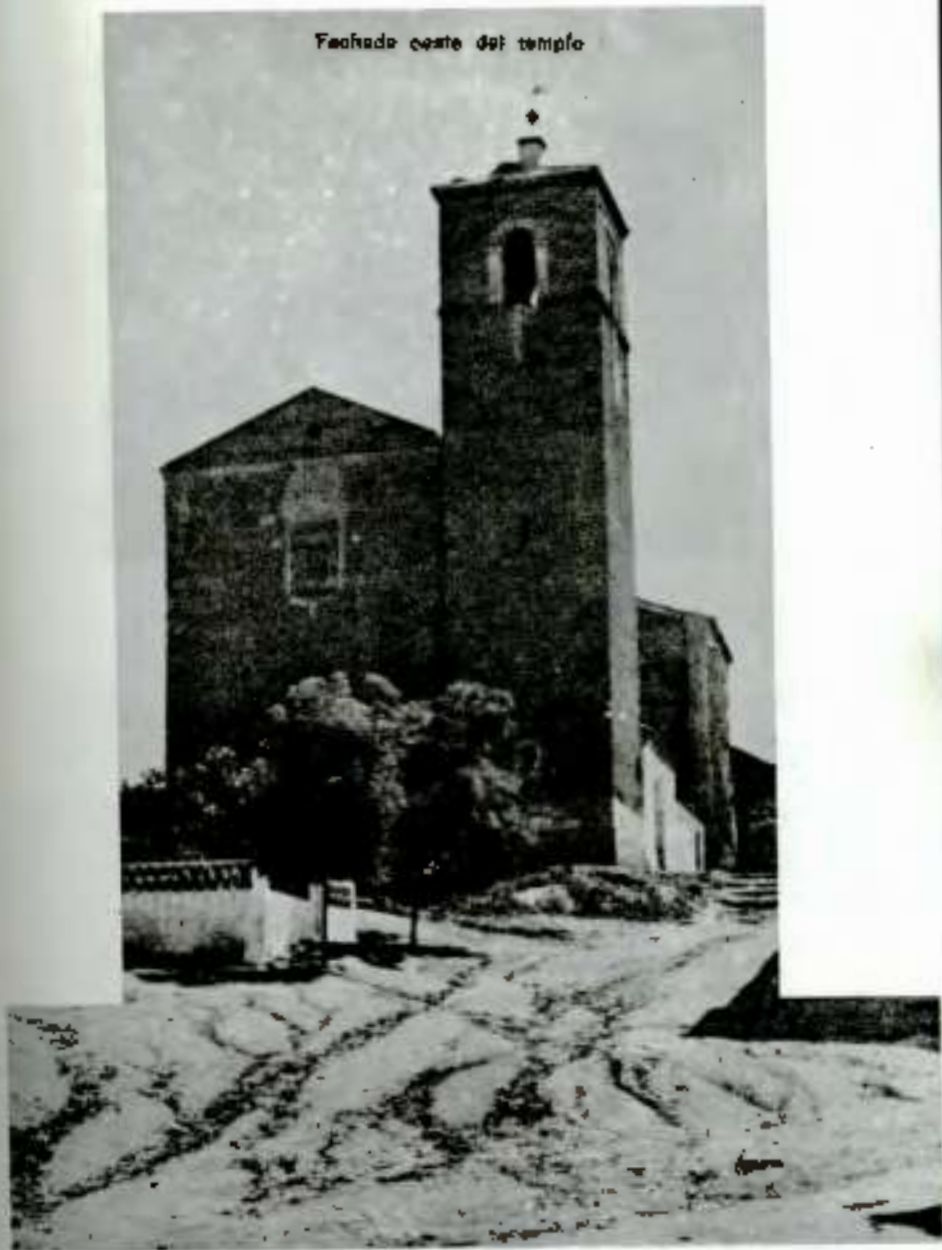
El trazo más largo o nave principal mide veinte metros de longitud, nueve metros de ancho y catorce metros de altura. Al final de este cuerpo está el coro, que, probablemente, a la hora de traerse el órgano que lució en la iglesia, tomó la contextura irregular que posee. El otro trazo que corta a éste, o nave denominada trasepto, forma los brazos de la cruz o capillas laterales, de ocho metros de ancho por cinco metros de longitud y la misma altura. El espacio correspondiente a la intersección de las naves, que se llama crucero, mide nueve metros de ancho por ocho de longitud y dieciséis de altura. El ábside o cabecera del conjunto es de forma poligonal, de cinco paramentos, mide ocho metros y medio de ancho por cinco de profundidad y quince de altura. No obstante, el ábside parece semicircular por la estructura del retablo. El grosor de las paredes es de ochenta centímetros.

Prescindiendo del ábside, cuyos muros se asientan sobre cimientos continuados, las paredes de las naves descansan sobre pilares rectangulares de ladrillo. Al exterior, estos pilares se refuerzan con contrafuertes sobre los que se elevan los arcos de medio punto, que sostienen el resto del edificio. Por dentro, adoptan la configuración de pilastras, adosadas a los muros, encima de las cuales corre la cornisa de la que arrancan las bóvedas, con los lunetos ajustados a los cuatro ventanales que daban luz al recinto sagrado, aparte de otras tres ventanas, asimismo abiertas en aquella ocasión.

Las bóvedas son de ladrillo, guarnecidas de yeso y ornamentadas con sencillas molduras rectangulares. La magnífica bóveda de crucería ostenta vistosas nervaduras en dibujos geométricos. Y toda la fábrica se cubre con un entramado de vigorosas maderas, sobre cuyo armazón se apoyan las tejas, que son las ordinarias de la región.

Entonces se abrieron dos puertas. De estas dos puertas perdura la que está en la fachada sur; la otra, que

Fachada oeste del templo





Fachadas sur y norte del templo

En la página siguiente, interior del templo



estaba enfrente, se taptó. Recientemente, en el mismo lugar que ocupó la puerta norte, se ha instalado la capilla de Jesús Nazareno.

En el ángulo de las fachadas sur y oeste se alza la torre. Toda ella es de ladrillo, aunque con cimientos de piedra, y piedra de sillería. Su altura es de veinticinco metros. En su último cuerpo se dispusieron cuatro arcos grandes para instalar las campanas. Mejestuosas campanas aquellas que llenaban todo el término con sus sublimes sonos. Desaparecieron en nuestra guerra civil.

Es de observar que la fachada oeste también es toda ella de ladrillo, lo que nos revela o que las piedras que surtió la demolición del edificio anterior se habían agotado, o que utilizaran expresamente el ladrillo, al ser este frente el más castigado por los temporales.

Ignoramos cómo serían los retablos y el ajuar litúrgico, en que realmente se esmeraron nuestros antepasados. Lo que tal vez proceda del siglo XVI es la pila bautismal, de piedra berroqueña.

Hasta aquí la mayor obra que nos han dejado los siglos pasados, conservada por el celo de los sacerdotes que la han regido.

Y dada la relación que existe entre templo y retablo mayor, al menos por una de las fotografías adjuntas, proseguimos hablando del retablo.

EL RETABLO MAYOR

El churrigüesco-barroco, estilo del retablo mayor del templo parroquial de Alcorcón, comenzó a ser desplazado en España por el neoclasicismo en 1752, con la fundación de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Para los académicos, el buen gusto consistía en la imitación de los griegos y romanos. Por tanto, le situamos en la primera mitad del siglo XVIII.

Por otra parte, en el libro de madera de uno de los evangelistas que posan en el retablo, se lee: «... y arzobispo de Toledo, el cardenal infante de España, reverendísimo señor don Luis de Borbón, y cura el señor don Juan Domingo de Laema, y le doró don Próspero Micraltola, dorador de Cámara de S. M.»

Suponemos que en el libro del evangelista anterior debería constar la fecha en que se inauguró tal vez y algo



más, máxime que la inscripción citada empieza con una «Y».

El retablo, como vemos en las fotografías que ilustran el capítulo, cubre todo el frente del ábside. Mide catorce metros de altura y ocho y medio de ancho, guardando una forma semicircular.

Dentro de estas dimensiones se dan cita todas las peculiaridades del arte de Churriguera o barroco español. Sobre firmes pilares se elevan cuatro columnas retorcidas, con angelitos y algún otro adorno adosados a sus abultadas ondulaciones.

Entre las columnas, en repisas que riman con el conjunto, estuvieron las imágenes esbeltas de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y las de San José y Santa Ana, en más reducido tamaño. En el centro, la mesa de altar, el sagrario, majestuoso expositor, y por encima, la hermosa y transparente hornacina de Santa María la Blanca, titular de la parroquia. Todo lo cual compone el primer cuerpo del retablo.

Sobre los capiteles, de estilo corintio, corre la cornisa en la que descansa el segundo cuerpo. En él y en sus respectivas capilletas se sientan, sobre nubes de oro, los cuatro evangelistas, presididos por la imagen de Cristo crucificado en el centro, que los naturales veneran con la advocación de El Cristo de las Lluvias o de los Alfarreros, indistintamente. Sobre el Cristo aparece en buen relieve la efigie del Padre Eterno y, más arriba todavía, coronando toda la bella composición, la paloma simbólica del Espíritu Santo circundada de angelitos.

Todo lo cual complementado por una combinación de medallones, guirnaldas, encajes y cortinas que se entremezclan en un armonioso conjunto, constituyen el valioso retablo de la iglesia.

El retablo, en el curso de los años, se mantuvo normalmente inalterable. A lo más, le empañaría el polvo del aseo del sagrado local o el poso del humo de las velas, que se limpiaría muy de tarde en tarde.

Fue preciso que llegara el desdichado 1936 para que le asestaran su rudo golpe la impiedad y la ignorancia que reinó en la ocupación roja del pueblo que, afortunadamente, sólo duró desde el 18 de julio al 3 de noviembre, en que fue liberado por las tropas nacionales.

Tales golpes se tradujeron en la desaparición de las imágenes del Cristo de las Lluvias, imágenes de los apóstoles Pedro y Pablo y de San José, por haber sido destrozados, y la de la Virgen Blanca, que fue arrojada a un pozo. Igualmente sufrió los efectos del hacha demolidora todo el basamento del retablo, la mesa, el sagrario y el expositor.

Tras la victoria de Franco, las repisas volvieron a ser ocupadas, pero ahora por las imágenes de otro Cristo, de los Sagrados Corazones y San Francisco de Asís, que regaló aquel gran sacerdote, hijo del pueblo, don Victoriano Gómez. Santa María la Blanca fue extraída del pozo y devuelta a su sitio. La mesa y el sagrario se trajeron de fuera y el resto, expositor y decoración del basamento, lo confeccionó el genio artístico de don Manuel Pachón Díaz.

De la misma fecha y del mismo autor que data el retablo era el púlpito del que sólo permanece el tornavoz. Fue destruido también en 1936.

SAN ISIDRO EN ALCORCON

Fue el 22 de abril de 1619, cuando el rey Felipe III, por iniciativa propia y contra el empeño del Consejo de Estado de Castilla, partió de Madrid, camino de Lisboa. Portugal deseaba su visita, y su tardanza en acudir venía provocando disgustos que exteriorizaban de diversas maneras. Entonces Portugal estaba unida a España, y el rey de España era el rey de Portugal.

La brillante comitiva que acompañaba al rey la formaban el príncipe Felipe IV, la princesa, la infanta doña María, con el duque de Uceda y otros personajes de la aristocracia. El paso por los pueblos del recorrido constituyó días de fiesta para los mismos y, por ley natural, a Alcorcón le correspondió ser el primero.

El 14 de julio fue declarado allí, oficialmente, heredero de Portugal, el Príncipe de Asturias, Felipe IV. Hubo fiestas, homenajes, saraos, ilustres entrevistas, cácerías..., y el 29 de septiembre iniciaron el regreso.

Al cruzar Santa Olalla, acometió al rey una fiebre maligna que aconsejó detenerse allí, en cambio, por orden del mismo, siguió el viaje, mas en Casarrubios del



Monte se agravó hasta el extremo de que se pensó que no tardaría en morir.

Se recurrió a la intercesión de los santos, y el rey, gran devoto del bienaventurado Isidro de Madrid, clamó por una reliquia de éste. Ante las noticias que les llegaron sobre la salud del rey, los madrileños se consternaron profundamente, y éstos, ni cortos ni perezosos, trasladaron la urna que contenía los restos del Santo a Casarrubios, con todo el fervor que les inspiraba el afecto que profesaban al Santo y al monarca.

Se celebraron en aquella iglesia misas, rogativas y diversos cultos por la salud del rey. Mejoró y se llegó a encontrar con tantas fuerzas que ordenó marchar a la Corte.

Salió de Casarrubios el Santo a las once de la mañana del día 4 de diciembre, en la riquísima litera en que había sido llevado, acompañado de la Clerecía y Senado Secular de Madrid, con una Comunidad crecida de religiosos agustinos a caballo, todos con hachas encendidas.

En los pueblos del trayecto, el paso del Santo era saludado con significativas muestras de devoción, lo que

excitaba a no poca alegría en unos y en otros. Todo esto nos lo cuenta fray Nicolás José de la Cruz, en la «Vida de San Isidro Labrador»; que escribió en 1790.

Pero donde las honras al Santo revistieron mayor solemnidad fue en Alcorcón. Este lugar fue señalado como el más oportuno para que en él pernoctara el cortejo.

Dice el citado libro de fray Nicolás José de la Cruz: «Llegó a Alcorcón el bienaventurado Patrón de Madrid, enalteciendo aquella noche con su santo cuerpo el templo parroquial de aquel antiguo pueblo, que en las extremadas demostraciones de regocijo, manifestó bien su mucho afecto al Santo.»

En efecto, aquella tarde enmudecieron los talleres de alfarería y acudieron de los campos todos sus labradores. Al sacristán se le encargó otear el horizonte, desde la torre, de modo que cuando hubieran cubierto la distancia prevista, con un repique de campanas anunciara al vecindario que había sonado la hora de salir al camino real, dirección a Móstoles, para recibir al bienaventurado Isidro. Y así se hizo. Todos los habitantes se congregaron en la iglesia, y con la cruz alzada, los estandartes de las cofradías existentes, los cetros respectivos, el sacerdote revestido de pluvial y las autoridades, dispuestos en procesión, fueron a recibir al Santo con danzas y muchas luces.

Una vez en el templo, se colocó la santa urna en el centro del presbiterio y durante toda la noche, ininterrumpidamente, velaron los fieles ante las santas reliquias, mientras todas las casas se habían transformado en posadas que hospedaban gozosas a la egregia comitiva.

El príncipe, luego Felipe IV, con otros distinguidos personajes, se acomodaron en las casas grandes, aunque no de mucho edificios, que los hijos de don Alonso de Mendoza habían heredado en Alcorcón.

Felipe III, que venía después haciendo al Santo respetuoso cortejo, se quedó en Móstoles acompañado de la reina, las infantas y otros grandes títulos de la aristocracia, bien recibido del amor y fidelidad de sus vasallos.

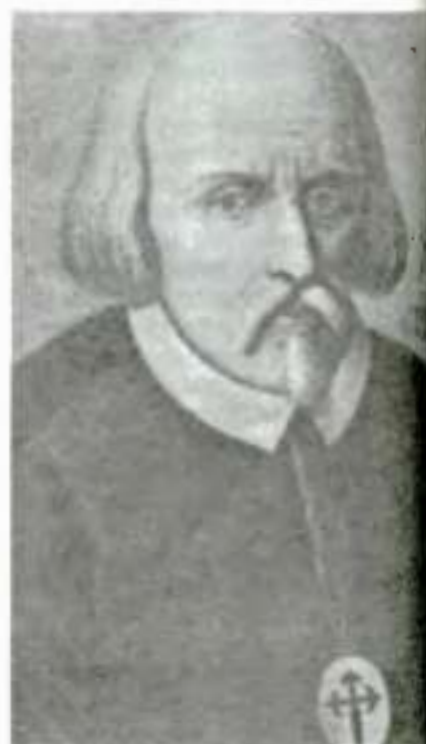
Al despuntar la mañana, el rey y su séquito marcharon a Madrid, donde se estaba preparando al Santo un

recibimiento apoteósico, para homenajearle ellos allí también. Y desde las primeras horas no cesaron de acudir gentes de Madrid a Alcorcón, para honrar y acompañar al Santo en su última etapa. Oficialmente, salió de la Villa del Oso y el Madroño, con dos estandartes, una procesión de dos mil hombres a caballo, para recibir a su glorioso Patrón. Nunca se había visto mayor multitud en Alcorcón, más animación, ni alegría más gozosa.

El imponente desfile, de Alcorcón partieron a las diez de la mañana, y a medida que se iban acercando a Madrid, cuentan las crónicas que «la gente que poblaba el camino y los campos era tanta, que para andar la postrera legua se tardó siete horas, desde las doce del día hasta las siete de la noche».



Lope de Vega



Calderón



FELIPE III



FELIPE IV



CARLOS II

ALCORCON EN LA LITERATURA DEL SIGLO DE ORO

En el Siglo de Oro, es muy sorprendente la aportación de Alcorcón a la fantasía de nuestros insuperables dramaturgos Lope de Vega, Calderón, Moreto y otros.

LOPE DE VEGA Y ALCORCON

A muchos les extrañará, no cabe duda, que existiera relación alguna entre el Fénix de los Ingenios y Alcorcón. Y, sin embargo, la hubo. Lope de Vega escribió una comedia titulada «La niña de Alcorcón». ¡Lástima que se haya perdido! Lope compuso alrededor de mil ochocientas comedias, de las que sólo se conservan cuatrocientas setenta. Y si conocemos su existencia, es porque figura en los catálogos que de su inmensa producción teatral dejó el mismo poeta en la edición de «El Peregrino en su Patria» (1618).

Francaamente, lamentamos que esta obra se haya extraviado. El título no deja de ser sugestivo. Lope de Vega presenta en su teatro una galería de tipos femeninos muy variada, tratados con la mayor delicadeza, suavidad exquisita y gran respeto, por lo que podíamos haber conocido facetas tal vez muy interesantes de la mujer alcorconera de entonces.

Por otra parte, Lope hizo gala de penetrante intuición para saber llevar al teatro tal o cual leyenda, anécdota o suceso cautivador recogido de los ambientes populares. De aquí, precisamente, nuestro mayor senti-

miento por la pérdida de «LA NINA DE ALCORCON». Lope murió en 1635, en su villa natal, Madrid.

E ignorando el argumento de la mencionada obra, por lo que más ha influido este pueblo en la inspiración de los grandes literatos ha sido por el producto de los barros, a los que, a primeros de este siglo, calificó Eugenio Noel como los mejores del mundo.

CALDERON DE LA BARCA Y ALCORCON

El primero que por este concepto se acuerda de Alcorcón es nada menos que otro primer genio de la escena española, Calderón de la Barca (1600-1681), con su obra «LA TARASCA DE ALCORCON», siguiéndole Agustín Moreto (1613-1669), otro madrileño, como los anteriores, con «EL ALCALDE DE ALCORCON».

Don Emilio Cotarulo (1857-1936), secretario que fue de la Real Academia, especializado en historia del teatro, nos participa que Calderón de la Barca escribió el fin de fiesta «LA TARASCA DE ALCORCON», y don José Fradejas Lebrero, en su «Geografía Literaria de la provincia de Madrid», alude a ella, pero como obra perdida, lo mismo que la de Lope, por lo cual nuestro asombro fue extraordinario al encontrarla en la Biblioteca Nacional, en febrero de 1971.

La hallamos compuesta por tres hojas del tamaño de una cuartilla, toscamente encuadradas. Estas hojas proceden de otro libro que desconocemos, y en el cual ocupaban de la página 41 a la 46. Reeditada después, sobre el título está escrito a mano: «Para el auto que se representó el día 31 de mayo de 1747, víspera del Corpus, en la plazuela del Buen Retiro, a Sus Majestades». Y la obra se titula a sí misma «FIN DE FIESTA: LA TARASCA DE ALCORCON».

Al leerlo se advierte alguna alteración del texto original, con sustituciones a las que debió dar lugar el hecho de representarse la última vez ante el rey Fernando VI y su esposa. A esta especie de profanación literaria fueron proclives los reeditores en los siglos pasados. De ahí que, al rendir honores a los reyes presentes entre los espectadores, carecieran de todo escrúpulo los encargados de reponer en escena «LA TARASCA DE ALCORCON».

Para que mis lectores comprendan mejor la razón de ser de lo que se llamaba Fin de Fiesta, agregaré que era una representación teatral, breve, de tipo cómico, destinada a terminar los espectáculos cuando se trataba de «autos del Corpus» o fiestas reales, no interpretándose tales juguetes en las funciones ordinarias. Por esto, al tener circunscrito el interés a una ocasión concreta y una fecha determinada, perdieron todo valor, máxime cuando los Autos Sacramentales fueron prohibidos a partir de 1765. Había comenzado la decadencia de nuestro imperio en el mundo.

A continuación reproducimos todo el juguete cómico, conservándose las mismas palabras antiguas, por lo que tal vez algunas expresiones no se entiendan. Esperamos que alguno de nuestros jóvenes lectores algún día lo actualice, después de un estudio serio. Nosotros queremos respetar al máximo la reliquia histórica. También se verán expresiones italianas, portuguesas y catalanas, que, al ser de la época aquella, es probable que ahora se comprendan menos aún, pero confiamos que, por el contexto, se alcance el sentido de todo perfectamente.

LO QUE FUE LA TARASCA

Era la tarasca una máquina de madera montada sobre ruedas y conducida por hombres que iban dentro, que afectaba la forma de una serpiente con varias cabezas, y, a veces, la de un animal cuyo cuerpo tenía el caparazón de una extraña tortuga.

El día anterior al Corpus, la tarasca tenía que recorrer el curso que al siguiente había de llevar la procesión, y le acompañaban, entre grotesca comparsa, figuras carnalescas, que lo mismo representaban animales que la Círcula de Sevilla, con corbata y con guedejas, u otros motivos indiferentes, entre las risas del vecindario. Era algo parecido a los gigantes y cabezudos que salen en las vísperas de las fiestas de hoy.

Y con esta explicación será más fácil comprender toda la comedia de «La Tarasca de Alcorcón».

FIN DE FIESTA: A TARASCA DE ALCORCON.

PERSONAS.

Salimbangui.....Señora Caraja.
Trefaldin.....Joseph Cuencero.
Alcalde.....Francho.
Catalana 1.....Señora Maria Hidalgo.
Catalana 2.....Señora Angela Hidalgo.
Escrivano.....Patricio.
Aguacil.....Campano.
Quatro Catalanes.....Quatro Negras.
Dos Portugueses.....Un Negrito.
Tres Portugueses.....



en las Aguaciles de golilla, y vara: el *Escrivano* con melena, valona, tintero, y papel; y el *Alcalde* de faja, varo al ombro, de prisa.

Escr. y Alg. **D**ónde vamos, Alcalde Laterano?
Alcalde. Seguidme con las uñas, *Escrivano*:
venid recio, y con viento,
so pena de quedar en valdimiento,
por mas que os cause bruma
la mano, el testimonio, y vuestra pruma.

Escr. Mas decid, qué iorrenais?

Alg. Ay tal desgarró!
Hacer embargamiento.

Luz 2. A quien?

Alg. Al barro.

Escr. Al barro? qué decís? estáis sin seso? *Bienfe.*

Alg. Vos sois el desfeñado, panza en yello:
al barro, si señor; qué gran salvaje!

No por mi descendencia, y mi linage,
decidme, maracore, trompetero,

Alcalde de Alcorcón no soy cateto?

Escr. Quien lo duda?

Alg. Pues id notificando,
y con mi nombre echad al punto un varo.

¿todo el barro, qué Alcorcón encierra,
que oy levante legaras de tu me ra.

Escr. Figuras?

Alg. Qué te agura?

pues no es de tierra quelesigner legaras
que todas las de embiarlas brevemente
a Madrid por la posta de repente,
y al Ketivo, isofato, y al inflante.
poned cruz, una raya, y doblante.

Escr. Todo esta puebo yá: Seras muchas! *Escrivo.*

Alg. Formarante de barro diez folias.

Luz 2. Folias? para qué?

Alg. Qué majaderosi.

y brmas tantas legaras de Barbetos:
item de medio enque peina machos,
quaruna y sus Comadres, cien barrachos,
catorce Sangradores,
y en su deileuto la mismo de Heredadores:
terena Sarcitanes con melenas,
vellidos de Oílos, peto sin colmenas,
porque todos se abilan,
y la miel, como cera desnavilan.

Escr. Alcalde, donde vais de aquesta modo?

Alg. Todos se han de formar de tierra, y todo.

Dant. Salses. Quien quiere ver. *Alg.* de Alcorcón: favor al Rey;
linda, echadlas la guindaleta.

cosa nueva, cosa nueva.

Dant. Tref. A lo curioso, a lo belo,
la novata quien la lleva.

Alg. Alga: il mio, *Escrivano*,
al punto, el instante vengán

aquellas dos estantiguas,

y en el Cagro vayan puestas

á la idral con las demas

perlas, casinal aprietas:

favor al Rey: al momento

aprenderlas, á prenderlas.

Luz 2. Vamos, vamos al instante. *Alg.*

Alg. Olo: ola, bueno fieta,

que estuviera yo con vara,

y de esta suerte se huyeran

Siden por los dos lados, cogiendolos
medio Salimbangui, y Trefaldin,

dos arquillas del brazo del brazo, y q
culas con cueros, á modo de lo

Goytas Zamoranas con sus ter-
millas de buela.

Cor. Sals. y Tref. Alcaidino

chiquitico,

li donay, donay, donay,

argian, argian.

Salimbangui

Trefaldin,

que ti volle

si agardat

si donay, donay, donay.

argían, argían.
Ale. O qué buena farsa está!
 vive Dios que me comenta.
Truf. Alcaidito, mio torero.
Ale. Tú eres el caldo de cejas.
Truf. Tu quari.
Ale. Tú eres el cuero.
Truf. O pámpero, que no entenda!
 ma questo parla l'hispanolo,
 porque alcance la sinchela.
Saltim. Alcalde del alma mía.
Ale. Hijo de mis zacatecas,
 ¿qué bonito que soy!
Saltim. Supimos allá en Gigebra
 las funciones, mogigangas,
 danzas, bayleros, y fustas,
 que en el grande día se hacen
 al Señor de Cielo, y Tierra
 en Madrid; y mas el de oy,
 que goza su amante esfera,
 de el Sol, y el Iris radiante,
 las divinas influencias:
 y así, con alma, y con vida,
 y con amantes ternuras,
 en su aplauso aquí tramos
 curiosidades divertas.
Ale. Lindo, lindo; pero cómo
 tendríamos forma de veclas?
Saltim. Así: quitamos esta ropa.
Quitante el fayo, y queda de Arlequin.
Ale. Vannos cratos: nie capéan?
Saltim. Antes mejor os vestieros.
Ale. Quien me ha puesto esta libreta?
Saltim. Nuestra habilidad.
Ale. Jesús,
 y qué furibunda cencia!
 sobre que parezca à Herodés,
 que los inocentes deguella:
 y cómo me llamo ora?
Truf. Arlequino Caradeta.
Ale. Ay, que soy ante pollino,

con la cara de baquena!
Saltim. Todo lo que treis mirando
 forma después una idea,
 en que haveis de cantar tambien
 à ser figura de veras.
Ale. Digo que seré segura,
 aunque el As de bastos sea:
 pero estos garfios que sirven
 puestos en estas tableras?
Truf. Son para hacer li donaro.
Ale. El diuino que os entienda.
Truf. Alcaide lo mio Arlequino.
Saltim. Enciende la cancionera.
Cant. los 2. Alcaidito, &c.
Ale. Quien quiere ver Trufaldino,
 Saltimbunqui per moneda,
Entonado.
 quien quiere ver mogiganga:
 digo, quien habla esta lengua!
Saltim. Tu, hombre: pues no lo oyes?
Truf. Esto el vestido le enseña.
Ale. Pues si es el vestido, vaya:
 Vengan à ver esta fustica,
 vengan à ver la Elefante,
 la grand Casa de Meca,
 el Zancatron de Mahoma,
 el Gigante Boca negra.
*Sale el Portugués del golpe, bien
 vestido en su traje.*
Portug. Patife, delvergüñado.
Ale. Vive Chuino, que ya empieza!
Portug. Qué voces, di, vilan ruin,
 estás dando en una chumela?
Ale. Yo à sus chinelas no llamo,
Pues. Quiéres que aquí te convierta
 solo con mi sopru meo
 en desmenzrada areca?
Ale. Yo estoy tembrando: ay de mí
Tiembla.
 que ora al pollino solfean.
Portug. O que con a miña: folla
 12

sefaga toda la ressa
 ante pedazon, mais arlecas,
 que temó Geo de estreay.
Ale. Se le parece à una Araña.
Pues. Rememores, para acá chega,
 que en vengo de Portugal
 à adonar la luz phibida
 de la linda farsadura,
 que misa alma reverencias
 è misa, que en su aplauso dicen
 de el Tello Meninas belaz.
*Aquí salen dos Portugueses con Gracia,
 y dos Portuguesas con Trufaldino,
 fusticando de tres picos, cantando
 y baylando los siguientes, y acor-
 dando Saltimbunqui, y Trufaldino.*
Cantim. Lalay, Mininas, lalay,
 Mininas de Portugal,
 que oy brilla en Castilla
 la luz singular:
 Lalay, Mininas, lalay,
Bayle el Alcaide.
 Mininas de Portugal.
 En los oïlos ten: dos Soles,
 que à todos la vida dan:
 lalay, Mininas, lalay,
 Mininas de Portugal.
 Teisa, è branca, como à neve,
 es un dulce-mazapan:
 lalay, Mininas, lalay,
 Mininas de Portugal.
*Quédanse en figuras severas à los
 dos lados.*
Ale. Jesús, y lo que ha salido!
Saltim. Pues aciendo, que aun mas
 began.
Ale. Y cómo así se han quedado
 con las seguras tan ricas?
Saltim. Luego lo menearás toyo.
Ale. Yo he de aprender esta encencia!

Fuente. Quén quiere ver el bagatin
 de Santa andrés con monnera?
Saltim. Ora quatro Catalanas con calco-
 mo fustidos, chamarreras, y gorros; y
 dos Catalanas con guantapiesistas, y
 delantales de fit randa, espaldas por
 la espalda, y cantan todos
 mientras baylan.
Cantim. Venid los nishones,
 si volen baylar
 à los nobles Reyes,
 que en Madrid están:
Bayle el Alcaide con ellos.
 la faralala, la faralalay.
 Tutu Barcelona
 lis vestíu adorar
 en el grandi día
 de el Divino Grà.
 La faralala, la faralalay.
*Quédanse tambien en dos alas
 suspensas.*
Ale. Qué Catalanas bonicas!
 y ellos qué bandulla enfeñan:
 digo, fusta mas?
Saltim. Mas falta.
Ale. Alcoreón tietra es de seras,
 segun seguras arroja:
 Vengan à ver la Liceta, Entoma,
 la Giraldilla de Sevilla,
 con corbata, y con guedejas.
Saltim. Alenide, apartaos à un lado.
Ale. Digo, pues, y quien se llega?
Saltim. Guinda quera.
Ale. O, senla,
 Jesus, y como negrean!
*Aora salen las quatro Negras en sus tra-
 ges, y el Negrito en medio, hauien-
 dole tocando, y gestos al
 Alcaide.*
Cantim. Hermano Plafisco,
 zula molana,

argian, argian.
Alc. ¿Qué buena falserilla
vive Dios que me comenra.
Truf. Alcaidito, mio turelo.
Alc. Tú eres el caldo de cepas.
Truf. Tu querri.
Alc. Tú eres el cuero.
Truf. O pampino, que no entenda!
ma queito parla Hispaniolo,
perque alcance la linchea.
Salim. Alcalde del alma mia.
Alc. Hijo de mis zacatecas,
¿qué boniro que sos?
Salim. Supimos allá en Giebra
las funciones, mogigangas,
danzas, bayletes, y fiestas,
que en el grande día se hacen
al Señor de Cielo, y Tierra
en Madrid; y mas el de oy,
que goza su amante esfera,
de el Sol, y el Iris radiante,
las divinas influencias:
y así, con alma, y con vida,
y con amantes ternuras,
en su aptanto aquí traemos
curiosidades divertidas.
Alc. Lindo, lindo; pero cómo
tendrèmos forma de verlas?
Salim. Así: quitaos esta ropa.
Quitante el fajo, y queda de Arlequin.
Alc. Vamos trarés: me captan?
Salim. Antes mejor os vestimos.
Alc. Quien me ha puesto esta librea?
Salim. Nuestra habilidad.
Alc. Jesús,
y qué fatibunda cenela!
sobre que parezco à Herodes,
que los inocentes deguelte:
y cómo me llamo aora?
Truf. Arlequino Caradiera.
Alc. Ay, que soy arre pollino,

con la cara de izquierda!
Salim. Todo lo que tréis mirando
forma despues una idea,
en que haveis de entrar tambien
à la figura de veras.
Alc. Digo que terè segura,
aunque el As de batos sea:
pero ellos garfios que sirven
puehos en estas tabletas?
Truf. Son para hacer li. sonara.
Alc. El diuino que os entienda.
Truf. Alcaidito mio Arlequino.
Salim. Escucha la cancionera.
Cant. la 1. Alcaidito, &c.
Alc. Quien quiere ver Trufaldino,
Saltimbanchi per moneda,
Entonada.
quien quiere ver mogiganga:
digo, quien habla esta lengua?
Salim. Tú hombre: pues no lo oyes?
Truf. Esto el vestiti li entena.
Alc. Pues si es el vestido, vaya:
Vengan à ver cosa freica,
vengan à ver lo Eietisme,
la grandi Casa de Mera,
el Zancarron de Madona,
el Gigante Boca negra.
*Sal. el Portugués del golpe, bien
vestido en su traje.*
Portug. Facile, delvergoiario.
Alc. Vive Christo, que ya empieza!
Portug. Qué voces, di, vilan rito,
estas dando en mia chancela?
Alc. Yo à sus chinelas no llamo.
Port. Quieres que aqui te convierta
solo con una topra meo
en desingonzada areta?
Alc. Yo estoy rembrando: ay de mí!
Trembla.
que aora al pollino. Solfran.
Portug. O que con a miña: folla
12

colaga toda la testa
nada perdaxer, mais añaos,
que tem o Ceu de estreas.
Alc. Si le parece à una Araña.
Port. Mas tembres, para ach chega,
que en vengo de Portugal
adunar la tua plebea
de la linda firmolura,
que misa alua reverencia
è mais, que en su aplauso dicen
da el Teia Meninas belas:
*Aqui salen dos Portugueses con Guitarra,
y dos Portugueses con Tenorín.
Hic. fondeas de pres. pieu, aquean-
no, y fagando lo siguiente, y acuan:
p. Juan Saltimbanchi, y Tru-
faldino.*
Cant. Lalay, Mininas, lalay,
Mininas de Portugal,
que oy brilla en Castilla
la Luz singular:
Lalay, Mininas, lalay,
Bayle el Alcalde.
Mininas de Portugal,
En los ojos teni dos Soles,
que à todos la vida dan:
Lalay, Mininas, lalay,
Mininas de Portugal.
Terça, è bronca, como à nevè,
es un dulce mazapan:
Lalay, Mininas, lalay,
Mininas de Portugal.
*Quedanse en figuras severas à los
dos lados.*
Alc. Jesús, y lo que ha salido!
Salim. Pues acienda, que aun mas
llegan.
Alc. Y cómo así se han quedado
en las seguras tan tiernas?
Salim. Luego lo menearás rodo.
Alc. Yo he de aprender esta encencia:

Patoma. Quien quiere ver el Lagarto
de San Vinçes con moneracé
Salim. Para pautatist. shans con cal. co-
mis fyllados, chouravetas, y gortas: y
dos Catalanas con guardapiesillos, y
delencables de su mudo, espuchas por
la cubera, y cantan todas
mientras baylan.
Cant. Venid los millones,
si volen baylar
à los nobles Reyes,
que en Madrid están:
Bayle el Alcalde con ellos.
la faralala, la faralalay.
Tuta Barcelona
lis volgeni adorar
en el grandi dia
de el Divino Grà.
La faralala, la faralalay.
*Quedanse tambien en dos alas
suspensas.*
Alc. Qué Catalanas bonitas!
y ellos qué bandullo entienan:
digo, falta mas?
Salim. Mas falta.
Alc. Alcorcón tierra es de seras,
segan seguras arrojai:
Vengan à ver la Litera, *Patoma.*
la Girald de bevilla,
con corbara, y con guedejas.
Salim. Alcalde, apartaos à un lado.
Alc. Digo, pues, y quien se llega?
Salim. Quincea eutera.
Alc. O, seola,
Jesús, y cómo negrean!
*Aora salen las quatro Negras en sus tra-
gas, y el Negrito en medio, haciendo
dois rondas, y gestos al
Alcalde.*
Cant. Hermano Plástico,
ziola molena,

ziola Gaspala;
ziola Ichela, Bayla el Alcalde,
andénno a Malvilla,
verénno la Reyna,
baylanda, y tocanda
Clatina, y Trunperas:
achí, qué linda!
achí, qué bella!
uno, uno, uno.
Alc. Achí: sean bien venidas
las señoras Cavalleras;
pero donde he de llevar
tanto avechueho?
Portug. Nanan zemas,
que todos irán conmigo.
Alc. Y en fin, Maestro, qué resta?
Truf. Que túi ancora se muevan.
Alc. Y conso!
Salim. De esta manera:
Trufaldin, dale la Gayta
à mi Tambor.

Dale al Trufaldin una Gayta verda-
dera al Alcalde, y un Tamboril
al Saltimbanqui.

Alc. Y es Galléga:
todo el lugar alboroto,
hinchando las cartilleras.
Truf. E yo cocote el Salterio.
Toca Salterio,

Aquí están puestas en dos alas perfilmadas
todas las figuras, de modo, que se vean
bien, quedando en las esquinas del Ta-
blado, haciendo visajes con la Gayta
el Alcalde, y el Saltimbanqui con su
Tamborillo, y cantan lo
siguiente.

Salim. Sonati voces, è muñecas.

Cant. Truf. y Saltimbanqui.
Viva el Rey Fernando hermano,
y à miá Barbara la bella.
Todos. Viva el Rey Fernando, &c.
Cant. los 2. En el día del Señor,
día de gloria, y de fiesta,
fálicron como unos Reyes
à adorar su Real presencia.
Todos. Adorar su Real presencia:
Viva el Rey, &c.

Cant. los 2.
Las campanas se hacen rajas,
y las danzas palotean,
que los dos, el Tres, que es Uno,
en su forma reverencian.

Tod. En tu forma reverencian:
Viva el Rey, &c.
Alc. Qué bueno! qué lindo! Vivan,
y à su salud doy bolterras: bolterras!
Viva Alcorcón; à Madrid
vamos con toda esta hacienda.

Salim. Aspacio, que falta, Alcalde:
Alc. El que falta, al punto venga,
aunque sea el gran Sophi,
à besar sus remerencias:
favor al Rey, venga presto:
favor al Rey, que lo precidan.
Salim. Alcalde, no alboroteis,
que no es esto.

Alc. Pues qué queda?
Salim. Que, como à dueños de
Orbe,

pidamos rendida vénia
à sus Reales plantas, siendo
la lealtad quien nos alienta,
postrados de aquella fuerte.

Danse las manos unos à otros.
Alc. Aló, y baxad las cabezas:
Cant. Salim. y Trufald.
Vaya la danza prima,
y nuestra Reyna viva.

Tod.

Tod. Vaya la danza prima,
y nuestra Reyna viva.
Cant. los 2. Vaya la danza andando,
y viva el Rey Fernando.
Tod. Vaya la danza andando,
y viva el Rey Fernando.
Vaya la danza prima,

y nuestra Reyna viva:
Vaya la danza andando,
y viva el Rey Fernando.
*Dividiéndose en dos alas, sin volar
la espalda parairse, besan las tres
reverencias, se retiran, dando
al Bayle.*

F I N.

MORETO Y ALCORCON

A TÍTULO INFORMATIVO, HE AQUÍ LO QUE DICE EL DICCIONARIO ABREVIADO DE ESPAÑA SOBRE MORETO



"MORETO Y CAVANA (Agueñín). Biog. Autor dramático español, nació en Madrid (1618-1689). Fue dramaturgo de extraordinaria fecundidad y dejó unas cincuenta comedias, muchas de las cuales no son sino imitación o refundición de otras, más con la particularidad de ser superiores, casi siempre, a las fuentes de inspiración. Así, *El desdén con el desdén* está inspirado en *Los milagros del desprecio*, de Lope; en *Alfonso de odio y amor*, de Calderón, o en ambas, pero es una obra bien concebida y extremadamente elegante en la forma; *El valiente justiciero*, cuyo modelo es *El Intenón de Illescas*, atribuido a Lope por unos, y por otros a Tirso, resulta uno de los mejores dramas caballerescos del teatro español. *El Rdo don Diego* es una de las piezas más estimables de Moreto. Su teatro, aunque no pueda parangonarse con el de las grandes figuras del Siglo de Oro, es muy apreciado y se distingue por su valor psicológico, su alegre sentido de la vida y el buen gusto en la expresión."

El rey Felipe IV, como sería propio de otros de sus descendientes, practicó el arte venatoria y otros deportes, y quién sabe si él fue el primer rey que corriera por los campos de Alcorcón cazando liebres, al menos, por donde se halla la Venta de la Rubia, que compró su abuelo Felipe II. Y declinó el primero, porque a los anteriores les ocupó mucho tiempo las guerras y gobierno de sus extensos dominios, que éste encomendó al Conde-Duque de Olivares.

En el Catálogo V del Patronato Real, tomo I, página 449, número 3.211, existe una «Escritura de venta que otorgaron Juan de Argüelles y María López a favor de su Majestad, de un pedazo de tierra que poseían junto al camino que se hizo desde Pozuelo hasta Alcorcón», firmado el 5 de diciembre de 1565.

Pero tanto como de los deportes, gustaba de la poesía, la comedia y otros esparcimientos artísticos. En el alcázar, que ocupaba el solar donde hoy se encuentra el Palacio Real, reunió una academia en la que figuraron los más célebres ingenios de la época. Tal vez, gracias a él, se prolongara el Siglo de Oro de las Artes y las Letras. Por aquella academia pasaron Vélez de Guevara,

Mendoza, Quevedo, Rojas, Calderón, Moreto y muchos más que, a veces, allí, improvisaban entremeses y otras distracciones artísticas y literarias, para entretenimiento de los personajes de la Corte; monarca y familia, damas, caballeros y servidumbre.

Tan aficionado fue Felipe IV al teatro que él llegó a componer e incluso actuar en la representación de alguna comedia, y con su esposa, disfrazados ambos, asistía de incógnito a los corrales o teatros públicos para escuchar, por ejemplo, las arengas de Juan Morales, las ternizas de María Calderón o los chistes picarescos de Cosme Pérez, llamado JUAN RANA.

Reparamos en todos estos pormenores, y más adelante en otros, porque el actor principal del entremés que ocupa nuestra atención es precisamente «Juan Rana» y también para que se sepa el por qué de la exigua calidad y fugaz importancia del mismo y el deber ser dicho entremés una improvisación circunstancial de Moreto, pero que al referirse a Alcorcón y venir firmado por tan ilustre autor nos honra lo suficiente como para reproducirlo en estas páginas.

Sucedió que doña Mariana de Austria, esposa de Felipe IV, dio a luz un niño, cuyo bautismo se celebró con derroche de alegría y grandes festejos. Pues bien, con este motivo, para felicitar a la reina por el feliz puerperio, escribió Agustín Moreto el entremés titulado «EL ALCALDE DE ALCORCON», donde se mezclan, con los queridos juegos de palabras típicos del barroco y expresiones graciosas para aquella época (que para la nuestra, no), cantos y bailes que le dan amenidad. No olvidemos que la tosquedad proverbial de los alcorconeros y el producto de sus barroos eran muy conocidos en Madrid, máxime que en Alcorcón estuvieron el 5 de diciembre de 1619 Felipe IV y otros personajes de la Corte, como vimos en otro capítulo.

El entremés era una pieza cómica breve, que se solía intercalar en alguno de los tres actos o jornadas en que se dividían las comedias.

A partir de entonces no se volvió a representar más, y si tenemos hoy noticia de él es gracias a un tal Andrés García de la Iglesia, que, con la autorización del autor, lo recogió el año 1663 en un librito titulado «Tardes

Apacibles». «de gustoso entretenimiento, repartido en varios entremeses y bailes entremesados, escogidos de los mejores ingenios de España», como reza la continuación del título en la portada de este libro.

A título informativo, como pronto se alude en el entremés a los órganos de Móstoles, para que nuestros lectores sepan de qué se trata, ya que, al presente, es casi totalmente desconocida la fama de que gozaron los órganos de la Iglesia de Móstoles, citaremos a don Luis Zapata, escritor del siglo XVI, quien los describió en los siguientes términos: «El mayor órgano es el de Móstoles, que tiene veintiuna diferencias admirables, lo ordinario, afilutado, orlas, dulzainas, trompetillas, pajariños y aún voces humanas, vihuelas, áreas temblantes, tamboriles, cornetas y chirimías». Este órgano, con el tiempo, se estropeó, hasta llegar a ser célebre por su desafinamiento, y en son de chanza, en 1818, Juan de Alba llegó a publicar una comedia titulada «Los Organos de Móstoles».

Y con este largo preámbulo, pasamos a copiar «EL ALCALDE DE ALCORCON».

«EL ALCALDE DE ALCORCON»

(Sale Juan Rana con sayo, y Simón Aguado con una vara de alguacil).

Simón.—Alcorcón os ha nombrado alcalde, amigo Juan Rana, para que la enhorabuena deis a la reina de España del niño y su mejoría, y así al instante se parte, que el lugar con sus pucheros le seguirá las pisadas.

(Vase y déjale la vara, y sale Mendoza por otra parte con otra vara).

Mendoza.—Móstoles mancomunado con Alcorcón os encarga que sus órganos llevéis, pues con ser plaza tocada, el niño se oye y el villano hará famosas mudanzas. Tomad la vara.

Juan.—¿Qué es esto?

Mend.—Haber crecido dos varas.

Juan.—Decid qué ayuda de costa me toca de esta embajada?

Mend.—Las varas que en esta fiesta todos servimos de gracia.
(Déjale la vara y vase y sale Bernarda con otra vara).

Bernarda.—Con sus flores Laganés y con su tropa de aldeanas os da su poder cumplido, porque el botón que del nacer nos dio la rosa más bella le entreguéis las guirnaldas, para que sus blancas manos el verde año deshagan.

Juan.—Flinlo por el niño dijo no ofenden las manos blancas.

Bernar.—Tomad la vara.

Juan.—Pregunto,

¿Son estas las reforzadas?

Bernar.—Todas son de alcaldes vivos y os servirán de pestañas.

Juan.—Gran fiesta debo de "ter" puesto que ocupo tres plazas.

Bern.—Ya que de alcalde trilingüe aquesta función nos llama, y que tenéis a los reyes presentes con las infantas, llegad y la norabuena dadlos presto.

Juan.—Santas Pascuas.

Bern.—¿Qué decís?

Juan.—Que aquellas cosas no alcanzo con tres mil varas.

Bern.—Cobra atiento.

Juan.—Norabuena.

Bern.—No te turbes.

Juan.—Santas Pascuas.

Bern.—Prosigue pues.

Juan.—Norabuena.

Bern.—Llega y dílos.

Juan.—Santas Pascuas.

Bern.—Atienda, que yo de apunto le diré por las espaldas como lo que has de decir.

Juan.—Prosigue, pues.

Bern.—Vaya.

Juan.—Vaya.

Bern.—Reverencia.

Juan.—Reverencia.

Bern.—Tres pasos.

Juan.—Tres pasos.

Bern.—Basta.

Haz aquí otra reverencia.

Juan.—Otra reverencia basta.

Bern.—Otros tres pasos y hacer su reverencia muy larga.

Juan.—Con tantos pesos pareceo
pieza de Semana Santa.

Bern.—Dile al rey.

Juan.—Aquí el apunto
se queda para las tablas
puesto que la voluntad
a for memoria se pasa.

Bern.—Pues a coro repitamos
los dos muestras embajadas.

Juan.—La voz de coro me suena
en fin con decoro vaya,
con el retrato del niño
podéis invicto monarca
estar contento, aunque dicen
que os ha salido a la cara.

Bern.—Oh, cuánto a vuestros vasallos
debéis en amantes ansias,
mas si es niño, amor, un niño
a todos nos dala por paga.

Juan.—Vivid, y al hermano infante
vesta en hilos de plata,
que muestre su gerganilla
adornos del doctor Barba.

Bern.—Y Vos, hermosa azucena,
(A la reina)
que del penón de Alemania,
si allí os mereció el adorno,
aquí nos dala la fragancia.

Juan.—Repetid muchos botones
que aunque los ojos se rasgan
nuestro gozo con la flor
se bafa en agua rosada.

Bern.—Aunque todo el mundo es vuestro,
devota pida Bernarda
que seas en accidentes
señora de Mejorada.

(A su Alteza)
Juan.—Tres norabuenas, Teresa,
recibid como una infanta,
una de vuestro hermanito,
dos de buena esta vuestra ama.

Bern.—Vos sois famosa madrina
a dicho del Patriarca,
pues para aqueste bello
lirivietis sobrada agua.

Juan.—Tomad este catecismo
y la Doctrina Cristiana,
pues sois de la Compañía
le enseñad con vuestra gracia.

(A la Infanta)
Bern.—Vos nos enseñáis la calle

aquí las dos hermanas,
para hallar al niño hermoso
en la calle de la Espada.

Juan.—Póngale aqueste tejón,
esta cruz y esta campana
y aquestos cascabelicos,
(Seque lo que va diciendo)
por al saltase en las cañas.

(A las damas)

Bern.—Un millón de norabuenas
reciban todas las damas
y a como tocan las duoflas
repartan por las posadas
y a Dios porque el regocijo
de los villanos nos llama,
aunque en los afectos muestra
ser su voluntad hidalga.

(Salen de villanos todos los que puedan, con cantarillos y pucher-
ros, al son de los órganos).

Sinón.—Que Alcorcón se alegre
con el muchacho
dice el agua a su gozo
y aquesto es barro.

(Bailan)

Bern.—Alcorcón es la corte
del niño bello
pues lo que en él más priva
son los pucherros.

(Bailan y salen de labradoras las que más puedan).

Maria.—Legañas, señores,
dejen que salga,
pues ha oído que el niño
nombraron plantas.

Bern.—Porque cuando a caballo
salgáis más bello
con la espuela os servimos
de caballero.

(Abajo y arriba).

Bern.—Porque la espuela caica
con más alño
por adorno la pongan
estos junquillos.

Lula.—Los jazmines por dientes
os aplicamos

(Afuera y juntarse)

ya que sobran clavetas
en vuestros labios.

Luciana.—La azucena discreta
le dice al niño
que en sus ojos nos muestra
cuantas son cinco.

(Atrás, con quebradas).

Mariana.—Por ser plantas en que todos fundan las dichas sed de nuestros afectos la siempreviva.

(Dos bandas).

Borja.—Con su flor el romero, del cielo, ha dicho, el que por todos lados solo peregrino.

Bern.—Las rosas que, su rostro divino espanta son de mejor familia que los rosales.

(Por de fuera).

Luis.—Pues del cuarto planeta sola, bello niño, el girasol os viene como nacido.

(Abajo).

Luciana.—Si una hora en el parto (Por dentro).

tardó la reina, repítamnos alegres sea enhorabuena.

(Cantan y bailan todos).

Todos.—Incluya palacio sea del infante, aunque digan todos que es juego de niños.

Juan.—Pues todas las fiestas se hacen al chiquillo, no se quede en casa llevándolo al Retiro.

Todos.—Perdonad los yerros, nuestro gran Filipo, pues nos da buen postre a questo principio.

(Detuera y acabar).

FIN

HE AQUÍ OTROS DOS AUTORES DEL SIGLO XVII, QUE, ALGUNA VEZ, TAMBIÉN SE ACUERDAN DE ALCORCÓN

TIRSO DE MOLINA

¿Quién no ha oído hablar de Tirso de Molina? Tirso de Molina fue el seudónimo que hizo célebre Fray Gabriel Téllez, fraile mercedario y uno de los más grandes poetas dramáticos de la literatura española. Compuso

más de cuatrocientas obras dramáticas, y la colección de novelas «Los cigarrales», en la cual, y muy someramente, hace alusión una vez a Alcorcón. Es verdad que es muy poca cosa, pero ya es significativo que se haya acordado de él. Empieza así:

A las niñas de Alcorcón les cantaba Paracuellos, mientras se juntan el baile debajo del olmo, estas versos.

Fuérame yo por la puente, que lo es sin encantamiento, en diciembre, de Madrid y en agosto, de Lisboa.

La que haciéndose ojos toda por ver a su amante pigmeo se queja de él, porque ingrato le da con la arena en ellos.

FRANCISCO SANTOS

Francisco Santos (hacia 1700) fue soldado de la Guardia Real en tiempo de Felipe IV y Carlos II y fecundo escritor de costumbres. Unos dieciséis tomos ocupaban sus obras, de las que citaremos a «Día y noche de Madrid», porque en ella hace mención de los productos seculares de Alcorcón, como cuando metafórica: «No faltaba con qué hacer trabajar a la sartén, ni EL DE ALCORCÓN HOLGABA».

UN CUADRO DE CARREÑO

A Felipe IV sucedió en el trono su hijo Carlos II, que, por cierto, no fue muy afortunado en su salud física, ni en el gobierno, ni en las dotes de los que le rodeaban.

Del tiempo de su reinado, en relación con Alcorcón, sólo poseemos el dato de que Juan Carreño de Miranda pintó un cuadro, que representaba a Santa María la Blanca, en posición sedente, para este templo parroquial.

Juan Carreño fue un pintor que nació en Avilés (1614-1685) y murió en Madrid. Después de Velázquez, fue pintor de cámara de Felipe IV y Carlos II. Pintó gran número de retratos y muchos lienzos de asuntos religio-

ses, de entre los cuales fue uno más, y no de los mejor logrados, el de Santa María la Blanca, para Alcorcón.

De este cuadro sabemos que en 1786 se hallaba en bastante malas condiciones, por lo que se puede inferir que sólo duró algomás de cien años.



La Infanta Maria Teresa de Austria, hija de Felipe IV, a la que se alude en el entremés. La pintó Velázquez. Está en el Museo del Louvre, París.



FELIPE V

ALCORCÓN EN EL SIGLO XVIII

El año 1700 murió Carlos II, sin dejar sucesión, por lo cual, con él concluyó la dinastía de los Austrias en el trono de España. Carlos II hizo testamento, legando sus estados a don Felipe, pariente suyo y nieto de Luis XIV de Francia. Con él empezó la dinastía de los Borbones a afincarse en nuestra patria.

Este príncipe vino a España, contando diecisiete años, en febrero de 1701, y los españoles le recibieron muy bien, aunque hubo sectores reducidos en los que encontró una oposición tenaz, y a los cuales al fin venció. En nuestra historia se le conoce por el nombre de Felipe V.

A causa del memorable acontecimiento de su llegada a España, se redactaron numerosos romances; unos, en su obsequio; otros, en contra. Y entre ellos figura el de un anónimo personaje de Alcorcón. De este romance no existe más que un ejemplar en la Biblioteca Nacional, que se supone últimamente impreso en 1710, y que se titula «EL PATÁN DE ALCORCÓN».

Romance este que, como en su subtítulo se anota, dedica «el Patán de la villa de Alcorcón, conocido en esta Corte por su celebrado nombre de Olla, Cántaro, Cantarilla Vidriada, a la felicísima y deseada entrada de nuestro Amable y Católico Monarca Don Felipe V (que Dios guarde)».

Este poema, cuya mayor parte publicamos, abarca cuatro hojas del tamaño de una cuartilla.

✠

ROMANCE,
QUE SACA A LVZ, Y COMPONE
DE RVSTIQUEZES, Y SIMPLICIDADES
LA RISA DE LAS MOGIGANGAS,
EL FESTEJO DE LAS DANZAS
DEL DIA DEL CORPUS;

EL CONTINVO ALBOROZO
DE LAS CALLES DE MADRID,
EL PATAN DE LA VILLA DE ALCORCON
conocido en esta Corte por su celebrado Nom-
bre de Olla, Cantaro, Cantaro, Cantarilla Vidria-
da, à la felicísima, y deseada Entrada de
nuestro Amable, y Católico
Monarca

DON FELIPE V.
(QUE DIOS GVARDE)

D. A. D. M. B.



Recibimiento
de Felipe V

Transcribimos este romance, respetando lo más posible el texto original. Advertimos que donde hay puntos suspensivos debia haber otras estrofas, que suprimimos, por juzgarlas innecesarias.

Hoy pretendo a vuestra entrada,
 amigo mío Filipo
 (Villano y con mal romance),
 componer un villancico.

Aparten (no me las glosen),
 voto a San Tiroliro,
 de ciertos versos en jerga
 estas coprillas de ripio.

Allá van (a decir vuelvo
 por vida del alto pino),
 de un Patán los disparates,
 que Peleta no los dijo.

Yo no entiendo de Parnasios,
 de Pindargos, ni de Pindos,
 de musas, ni musararios,
 de aló, cló, ni cío, cío.

Hola, a espacito calletro
 con aquellos vocablillos,
 que dirán que Loperego
 los Ingenios Gogorinos.

Aunque so algo necio, debo
 lo poco que he aprendido
 al sacristán sacripante,
 boneto de gran capricho.

Salvante el cura, en mi pueblo
 es el hombre más laldó,
 pues de memoria relata
 las copras de Calaloca.

Tiene gran pergeño. Tiene

glosados en estrevillos
de hasta unos treinta morteros
los klrres y parcamllos.

El solo me chifla, él solo
es mi Apolo, cuando escribo,
por cuya musa de espaldas
me carcomo y me apollito.

Pero dejando esta historia,
que es un cuento al referirlo,
voy a lo demás, que ya
esta gente os habrá dicho.

Su mercé, señor Felipe,
su mercé, pues amo mío,
su mercé, mi rey, que tiene
en descuento de lo dicho.

Majestad, en lo gravadoso,
Majestad en aspecto y brío,
Majestad en lo respaldado
y Majestad en lo temido.

Con bien venga, con bien vaya,
con bien sea bienvenido
y con más de dos mil blancos
vuelva a cobrar lo perdido.

Yo que so al mayor penura,
que en este lugar ha habido,
digo que vengan con bien
Ray, Reina y Principito.

Por Alcorcón vivo; miren
al as barro al tal lugarillo
donde de gozo alfarinos
más de dos mil pocheritos.

Metido en su coche, dizque
venta el grande Filipo,
brunfando y acompañado
de los grandes a los chicos.

En su coche, que el del sol
es con él un chirriancillo,
sunque le tiren poltrancos,
meemelados o morcillos,
por esa hermosa puente,
que llena de regolijo
se le saltaban los ojos
por mirarle de hito en hito,
esta guapa segoviana
que el calado Papahigo
se alzó y arqueando las cejas
mil admiraciones hizo.

Ya os vimos venir, poniendo
la carroza en sus estribos
al pie sirviéndola entonces
de escabelos y aloettios.

Montó su merced en Atocha
sobre un caballo branquizeo,
al por las cornejas juertas,
lozano por los relinchos.

Llegó, en fin, a su palacio,
fatigado del camino
dónde (salvante la juente)
se asentó así, así un relicto.

Descansa y al la apalambra
la gran sé, que continuo
acarreen y ocasionan
los bichamos del camino,
agua pide, pero sea
a los de los más echidos
cántaros, no a los que llevan
los pequeños bucarillos.

Tome y deja, bebe y sobre
que, como aquél otro dijo
si una sed otra sed llama,
queno es dejar prevenido.

Su mercé, señor, descansa,
ya que a su casa ha govido,
dónde puede algunos días
pasarle como un obispo.

Ya después vendrá otro tiempo
menor carlacoatecido,
quero decir más templado
que un violín y un vigolino.

En interm se repare,
coma y hágase rollizo
como un jayán; no sea
como otros, Rey de Alfarico.

Entre col y col es cuento
lechugas ni lechuguinos.
Entre lonja y lonja, el
que le dice un guen chorizo.

Con eso y un par de sorbos
del orato licor de vino
con quien hizo sacramentos
nosso Señor Jaso-Cristo,
se criará robustazo
juerte como un edificio
bello como seis Roldanas
y como diez Carlos Quintos.

(Siguen cuatro estrofas más, de cuatro versos cada una.)

A continuación publicamos el facsímil de la página 8, íntegra, con que finaliza el Romance del Patán de Alcorcón, a la entrada de Felipe V en Madrid. Este romance se conserva en la Biblioteca Nacional.

En las Alsejas contemplo,
Que dize con dulce hechizo,
Que nuestra Reyna Gabriela
Viva, con el Principio.
En las varias Flores miro,
Que se agradabie otorgillo
Le Jan gracias a Vallejo,
Nuestro Defensor invisible,
Sus enfiestas virtudes,
A algunas herbas inquirio,

Y al indigalles sus fines,
Nos ampara su principio.
Peregrino entre Romero
Suelo andar, y aun no he sabido
Que quiscosa es aquello,
Que respiran los Tomillos,
Para tomarlo, ó dexallo,
Que guen cabe me ha venido,
Nin vos quiero cansar mas,
Miradlo, que barto os he dicho,



TORRES VILLARREAL Y ALCORCÓN

Este hombre, después de pasar por vicisitudes muy diversas y extravagantes, para disfrutar ciertas capellanías se ordenó de subdiácono, y como refiere en su «Vida de Madrid», marchó entonces a la capital de la corte, donde vivió en pobrísimo aposento de la calle de la Paloma, comiendo apenas, y bordando gorros, chinelas, etc., que se vendían en la Puerta del Sol.

Pero veamos cómo nos lo cuenta él, a la par que nos da una relación de algunos de los objetos que se confeccionaban en las alfarerías de Alcorcón:

«Entré en Madrid... hice las diligencias de encontrar casa y planté mi rancho en el escondite de uno de los caserones de la calle de la Paloma. Alquilé media cama, compré un candilero de barro y una vela de sebo; añadí a estos ajuares un puchero de Alcorcón y también un cantar, que llenaba de agua, entre gallos y media noche, en la fuente más vecina, y un par de ruencas, que las arrebaté con tal detención la vez que comía, que jamás fue necesario lavarlas, y éste era todo mi vasar».

Para que estos datos no mermen el valor de este célebre hombre, agregaré que, desde tan humilde vivienda, estudió Medicina: se especializó en Matemáticas, hasta obtener tal cátedra en la Universidad de Salamanca, y luego terminó por ordenarse de sacerdote, viniendo a prestar gran ayuda al hospital del Amparo, de Salamanca, con limosnas y asistencia personal.

UN ESCUDO EN ALCORCÓN

Ignoramos de qué época procederá; nosotros, sin embargo, hacemos referencia a él en este apartado. Se trata del escudo, con cuyo gráfico ilustramos este capítulo, del cual podemos asegurar que, si no fue de este siglo, a lo más fue del siglo siguiente, siglo XVIII, puesto que el siglo XIX fue el de la peor postración sufrida por Alcorcón, en todos los órdenes.

Consta de un escudo dividido en dos cuarteles. En uno de ellos, según se puede apreciar en la fotografía, aparecen cinco medias lunas o «lunetas». Nosotros suponemos que éste se relaciona con el origen indistintamente árabe de Alcorcón. En el otro cuartel, aun-



que con dificultad, puede leerse: «AVE-MARIA-GRATIA PLENA». Este último, que nos conduce a pensar en don Alonso de Mendoza, el terrateniente de Alcorcón en 1575, y en sus descendientes, pues hay nobles de este apellido que en su escudo llevan la misma inscripción.

Y como quiera que, en heráldica, los blasones y, modos diversos con que se exhiben sus armas son lecciones de genealogía y de historia, nosotros nos atrevemos a interpretarlo así.

Por otra parte, como el escudo se timbra con una celada y su penacho puesta de perfil y en el sentido que simboliza su procedencia de familia hidalga, viene a confirmarse nuestra teoría de que perteneciera a descendientes de aquel señor, que en honor de su apellido, habiendo perdido otros títulos más nobiliarios, por ser segundones, hayan retenido el de la hidalguía de su linaje. Todo esto independientemente de las cinco familias de hidalgos que existían en Alcorcón en el siglo XVI, como vimos a su debido tiempo.

De la celada o yelmo, a que nos hemos referido, pendan dos guirnalda que descienden por los lados del escudo, cuyo significado dejamos para la investigación de otros más interesados en la historia de esta tierra.

Este escudo se encontraba en la fachada de una casa grande de pueblo, al lado de la puerta principal, sobre la que corría un balcón de hierro forjado, que se demolió al construirse la actual panificadora y otros edificios

correspondientes a los números 12, 14 y 16 de la calle de la Iglesia. Esta casa perteneció a los padres de la actual familia Talavera Talavera, con la que ha venido a emparentar don Angel Gómez, quien se ha preocupado de conservar esta valiosa reliquia histórica del pasado. Aprovechamos la ocasión para agradecer, desde aquí, a esta familia los antecedentes facilitados.

LA MODA DE ESQUILACHE

Muerto en 1746 Felipe V, le sucedió su hijo Fernando VI, casado con doña Bárbara de Braganza. Este monarca conservó en paz sus estados, dedicándose exclusivamente a favorecer la cultura y la prosperidad de España por cuantos medios pudo.

Durante su reinado volvieron a celebrarse las fiestas del Corpus en Madrid con todo el esplendor y el regocijo callejero de los mejores años del pasado. Los gigantes y la tarasca, que el año 1747 recorren las calles de Madrid, el 31 de mayo, víspera de esta gran fiesta, superaron a los anteriores en cantidad e ingenio. Aquella tarde, en la plazuela del Buen Retiro se representaron los autos sacramentales: «A Dios, por razón de Estados» y «La nave del mercader», con el fin de fiesta «La tarasca de Alcorcón», al final del cual se vitorea a sus majestades, allí presentes, siendo esta la última vez que sabemos se editó esta obrilla de Calderón de la Barca, a que ya hemos aludido.

Y que conste que fuera de estas fechas y pocas más, el Madrid de aquel entonces no ofrecía ningún aliciente para que el ciudadano medio y pobre le visitara con la



La moda de Esquilache

asiduidad del presente. Claro está, que también hay que reconocer que Madrid era el principal mercado de la célebre y ordinaria industria de la loza alcorconera.

La villa y corte en aquella época «era un sucio poblachón, con poco más de cien mil habitantes, agua muy escasa, callejas laberínticas intransitables, llenas de altillos y desmontes, abundantes en polvo durante las sequías o en lodo durante el invierno, siempre hedionda y convertida en verdadero arroyo, donde fermentaban los residuos del vecindario y las caballerías... Aproximadamente la mitad de la villa estaba pavimentada con piedras pequeñas», escribe Enrique de Tapia Oscariz en su obra «Carlos III y su época». Todos los edificios eran mezquinos; tenían uno o dos balcones en cada piso y tres o cuatro plantas como máximo. En la Puerta del Sol, según el arquitecto Teodoro Ardemans, en 1720, se tasa el pie de terreno en doce reales, mientras que el de la plaza Mayor todavía valía ochenta».

Madrid no poseía otro lugar más vistoso que el del Buen Retiro, donde los reyes habitaban en un palacio construido en 1632, que saquearon y quemaron los franceses en 1808. El antiguo alcázar ardió el 24 de diciembre de 1734; en su lugar, Carlos III mandó construir el actual palacio real, que se inauguró en 1764.

El 10 de agosto de 1759 falleció Fernando VI en el castillo-palacio de Villaviciosa de Odón (gruesos cubos de muralla, con aspecto de fortaleza medieval), sucediéndole su hermano de padre, Carlos III, de cuyo tiempo contamos con datos importantes, como iremos viendo.

Empezamos reparando en la transformación que entonces se operó en la moda de vestir. Era costumbre que los hombres portaran largas capas y se cubrieran con sombreros anchos, que permitían a los malhechores, embozados en sus capas, pasar inadvertidos, burlando así del castigo de la justicia. Y por eso se prohibieron.

En bandos, colocados en todos los sitios públicos de Madrid, el 10 de marzo de 1766, se dice: «Que ninguna persona, de cualquier calidad, condición y estado, pueda usar en ningún paraje, sitio ni arrabal de esta corte y sitios reales... la capa larga y el sombrero redondo.» Por lo cual, hasta los arrieros de Alcorcón, vendedores del

producto alfarero en la capital, se vieron afectados por esta obligación. Firmaba el edicto Esquilache, ministro de Hacienda y de la Guerra, que fue su inspirador.

Pero esta medida, que, a primera vista, parece muy simple, e incluso buena, y con el tiempo se impuso, fue el clarinazo que desbordó las iras populares, atizadas por la envidia de ciertas personas influyentes, contra Esquilache, cuyo principal delito era el de ser extranjero. A tal punto llegó la violencia, que el rey prescindió del ministro, y éste marchó a su tierra, a Sicilia. Es lo que se conoce por el «Motín de Esquilache».

DOS DOCUMENTOS DEL SIGLO XVIII

Carlos III expulsó de España a los jesuitas. Es inconcebible que un rey tan piadoso y solícito por el bien del país descargara golpe tan rudo y desacertado. Pero lo dio. Y como de las casas y templos que dejaron algunos eran valiosos relicarios de arte y bibliotecas, el Gobierno encomendó el dictamen sobre el mérito de las

Carlos III y María Amalia de Sajonia. Fragmento del cuadro de Van Loo que representa la familia de Felipe V



obras que hubiera en las abandonadas residencias de la Compañía a don Antonio Ponz.

Don Antonio Ponz y Piquer fue un pintor y escritor culto y enciclopédico, natural de Bechi (Castellón), que vivió de los años 1725 al 1792. Obediente a la orden real, recorrió la Península, y fruto de sus excursiones fue su obra «Viaje por España», en veinte tomos, escrita en estilo epistolar, que alcanzó gran celebridad y fue traducida a varios idiomas. Con este objeto emprendió el largo viaje, a caballo, en 1711.

Al iniciar su itinerario en dirección a Extremadura, es obvio que el primer pueblo que visitara fuera Alcorcón. He aquí cómo nos lo narra él:

«Salí de Madrid el 24 de junio, y tomando mi ruta desde la puerta de Segovia, llegué a la villa de Alcorcón, distante dos leguas, dejando a la izquierda los pueblos de Leganés y Polvoranca, y más cerca, los de Carabanchel Alto y Bajo, Boadilla y Villaviciosa, aunque cercanos al camino, no se descubren y quedan a mano derecha.

El territorio hasta Alcorcón no se diferencia en lo pelado de árboles de las otras cercanías de Madrid. La iglesia del pueblo es muy regular, pero el retablo mayor será bueno cuando quiten el que hoy tiene y haga otro un hábil arquitecto. Un cuadro de mediano mérito, que representa la Asunción de Nuestra Señora, está en la pared de la nave, dicen fue parte del retablo antiguo que, sin duda, sería más arreglado que el actual. Tiene Alcorcón unos cien vecinos, al parecer; entre ellos habrá como dos docenas que se ejercitan en hacer vidriado común, es a saber: ollas, cazuelas, tinajas, etcétera, con que abastecen en gran parte a Madrid. Siendo la arcilla de las inmediaciones muy adaptada para ello; el pueblo se compone generalmente de infelices casas de tierras.

Y sin entrar, de momento, en comentarios, veamos otro documento más interesante, más concreto y curioso.

Carlos III, a semejanza de Felipe II, mandó hacer una estadística de la población del reino y, aunque no alcanzó la importancia de la de aquél, que ya publicamos, veamos el informe que redactó el cura párroco de entonces, el licenciado don Matías Ramos Pérez, el 19 de enero de 1786:

«ALCORCÓN es un lugar de la vicaría de Madrid.

Los alcaldes están sujetos en todo a los señores tenientes de corregidor de la citada capital.

Límites y situación: Al N., Villaviciosa y El Robledillo del M.; al E., Leganés; al S., Fuenlabrada y Polvoranca; al O., Móstoles. Se localiza en un alto, desde donde se ven varios lugares.

Puentes: una inmediata al lugar, camino de Torrejón, que da poca agua, pero de «donde se surten los vecinos pobres a costillas». Otra está hacia la huerta de Móstoles, la Canaleja, a la derecha del camino real de Madrid; es abundantísima, de excelente calidad, se origina al pie de una peña y no se agota.

Vecindario y enfermedades: se censan unos ciento cincuenta vecinos. Las mujeres suelen padecer dolores reumáticos provenientes de que ellas son las que fabrican y perciben muchas enfermedades, las que suelen ser muy rebeldes. Los hombres padecen algunos raros accidentes de pecho y aseguran proviene del alcohol, que causa tan terribles efectos como el antinomio». Don Juan Matheu, médico que fue del lugar, tiene algo escrito sobre esto.

Producción: cereales, legumbres, algo de vino, la cosecha de todo grano se cifra en nueve o diez mil fanegas. Se cogen algunos garbanzos muy buenos.

Industria: fábrica de loza y barro «que sirve para el fuego. Sin duda es la mejor que hay y de más duración». Por lo general se vende todo el año en Madrid y sus contornos y en Alcalá, Guadalajara, Toledo, Mancha, Segovia y sus sierras. De ellas se surten en la Real Cocina, la Real Botica y reales hospitales y fábricas, y casas de moneda. No se puede decir en cuánto ascendería, bien que sus vecinos si fueran arreglados lo pasarían muy bien por demasiado consumo».

Historia: no se sabe por qué se llama así el pueblo; tal vez proviene del «alcor que se gasta para el vidriado».

Iglesias: tiene una dedicada a Santa María la Blanca, cuya fiesta se celebra el 15 de agosto. En ella hay un cuadro representándola sentada, es de mediano mérito y está maltratada, original del pintor Juan Carreño.

Ernitas: se localizan dos: una está en el camino real de Madrid, consagrada a Nuestra Señora de los Remedios, medianamente adornada, y se festeja el 8 de septiembre. La otra ermita se sitúa en el camino de Pozue-

lo y Boadilla del Monte. Se la conoce por el Humilladero. Se da culto en ella a un paso de Cristo Arrodillado, que se saca en procesión en Semana Santa».

En la inmensa archidiócesis de Toledo, que antaño abarcó también la actual de Madrid, se hizo el cargo de recopilar estos datos el cardenal Lorenzana; de ahí que lo redactaran sacerdotes y hoy se encuentren en el archivo diocesano del palacio arzobispal de Toledo bajo la denominación de «Descripciones de Lorenzana».

Al concluir estas lecturas asaltan nuestra mente los siguientes interrogantes:

INTERROGANTES

De todo lo expuesto, cabe plantearse las siguientes incógnitas:

Desde 1576 a 1786 han transcurrido poco más de doscientos años, por tanto, ¿qué ha sucedido en ese tiempo que en lugar de aumentar el número de vecinos decrece?

¿A qué se debe que en el documento de 1786 no se mencionen en absoluto las dos ermitas de Santo Domingo de la Ribota y San Sebastián, de que nos hablan las Relaciones de Felipe II?

¿Por qué en el lapso de esos doscientos años apareció la ermita del Humilladero, de la que luego carecemos de toda noticia?

¿Por qué, precisamente, de 1786 data el primer informe conocido sobre la Virgen de los Remedios y los primeros vestigios de la Hermandad son dos cetros de plata de 1706 y 1710?

Pretendiendo dilucidar el primer interrogante, recordaremos que, alrededor de 1495, Alcorcón fue azotado por una epidemia que diezmo despiadadamente el número de habitantes. Y si, a pesar de tamaño contratiempo, en 1576, se censan ciento setenta vecinos, ¿por qué en 1786 sólo se censan ciento cincuenta?

Nosotros sabemos que en esta época se padecieron pestes y sequías, de alcance nacional, desastrosas, pero que afectaron a nuestra villa en las terribles proporciones que nos sugieren nuestras dudas, lo ignoramos todo.

Por lo demás, ahí permanecen esos interrogantes. Nuestro deseo es que sirvan de aldabonazo a quien pudiera aportar una respuesta satisfactoria.

EN EL ARCHIVO MUNICIPAL DE MADRID

Otra faceta en la que consideramos oportuno reparar en este momento es en la que nos brinda el Archivo Municipal de Madrid. De su lectura se desprende la vigencia de ciertos apellidos alcorconeros en la antigüedad, la existencia de las ventas de Alcorcón, las propiedades de Madrid en este término...

Obran en el Ayuntamiento madrileño cincuenta y nueve tomos, en cuyo lomo se dice: «Archivo de Secretaría», por debajo figura el número de libro y en la parte inferior: «Archivo de la Villas».

Pues bien, en las primeras páginas del tomo 31 se lee: «Índice General.—Grupo 13.—Fincas Rústicas.» Y ocupando el sexto lugar del índice se halla el título «Tierras en el camino de Alcorcón», y en el séptimo, «Tierras en el lugar de Alcorcón».

Bajo el título primero se alude, con fecha de los años 1788 y 1789, a un «Expediente sobre que se averigüe por quién se labran tierras del camino viejo que va a las ventas de Alcorcón y varias tierras inmediatas a la Casa de Campo, que deben pertenecer a Madrid». Y remite a la Sección 3, legajo 84, número 12.

Y bajo este título no hay ninguna otra relación.

Bajo el título «Tierras en el lugar de Alcorcón» se indica, con fecha de 1628: «Arrendamiento de tierras en Alcorcón.» Sección 3, legajo 175, número 16.

En 1641 y 1642: «Cambio otorgado entre el marqués de Villamina y Madrid, que le dio las tierras de la ribera del Manzanares y otras por tierras sitas en el sitio de las Cruces de Alcorcón y Boadilla.» Sección 3, legajo 175, número 17.

En 1642: «Arrendamiento de 16 fanegas de tierra en el Gajo del Perro, del lugar de Alcorcón, a favor de Alonso Moreno.»

En 1644 a 1647: «Ejecución contra varios vecinos del pueblo de Alcorcón por débitos de arrendamiento de tierra del ct.º de Palacio.» Sección 3, legajo 106, número 25.

En 1648: «Arrendamiento de 10 fanegas de tierra en Alcorcón a favor de Alonso Moreno.» Sección 3, legajo 175, número 20.

En 1650: Idem a favor de Mateo Gómez. S. 3; L. 176; N. 21.

En 1654: Idem a favor de Alonso Moreno, otra vez 3-175-23.

En 1722: Idem a favor de Manuel Gómez. 3-175-27.

En 1725: «Medición de las tierras propias de Madrid en Alcorcón.» 3-185-14.

En los años 1729, 1766, 1769, 1780 se alude a arrendamientos a favor de Francisco Aparicio, Gregorio Blanco, Ventura Gómez y José Montero, respectivamente.

En 1854: «Orden del Sr. Gobernador rogando al Ayuntamiento destine habitación a la Guardia Civil en la casa de los guardas del Retamar, camino de Alcorcón.» 4-108-3.

En 1858: «Se autoriza a los Sres. Regidores Comisarios de Propios para arrendar la casa de Alcorcón.» 4-108-13.

Y esto es todo lo que en dicho tomo se enuncia, desconociendo cuanto a este tenor se pudiera referir en otros lugares.

Una de tantas escenas que fue muy corriente en Alcorcón



ALCORCON EN EL SIGLO XIX

Durante el reinado de Carlos III, en las altas esferas del Gobierno y de la intelectualidad, comenzaron a penetrar en España las ideas filosóficas y materialistas de Francia.

«Impia, obscena y libertina esa corriente literaria, por ser de Francia, era bien venida», ha escrito Joaquín Navasal y de Mendi.

Como decía Villarroel, al que, en uno de nuestros capítulos anteriores, vimos instalarse en Madrid con un bazar de loza alcorconera:

«Hasta la misma herejía
si es de París, era aceptada».

Los gobernantes abandonaron, desgraciadamente, la tradición española, divorciados éstos del sentir auténtico de España, la obra que realizan desde el poder, a partir de Carlos II, no es la obra del pueblo español. La ideología de éste es otra. Su idealismo, su altura de miras, su fe religiosa, su amor a la independencia, su desprendimiento, su orgullo, su altivez, todas esas virtudes raciales que constituyen la esencia de la raza hispana, la médula de su historia, la razón de su existencia, no son las que impulsan y dirigen el pensamiento político de los mentores de la cosa pública. El pueblo, sin embargo, las conserva y las defenderá con su sacrificio, pero la historia de la política española no será ya la historia de España.

EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Así llegamos al año 1800.

Después de múltiples y amargas vicisitudes, en tiempos de Carlos IV a España no le quedaba más que haber sido reducida a colonia del emperador de Francia. Y el emperador de Francia, Napoleón, que había dominado ya media Europa, se lanza a tal aventura.

Intrigas palaciegas, discordias dentro de la real familia, la ambición de Godoy, falsas promesas de riquezas y mando a políticos y cortesanos afrancesados, con todo juega y lo baraja Napoleón para entronizarse en nuestro país.

Al fin, con hipocresías y engaños, trata de eliminar el último obstáculo para sus proyectos, y decide el cautiverio solapado de la familia real española. Les llama a Bayona y cuando están allí se despoja de la máscara de amigo y les arranca por la fuerza la corona, que colocará después en las sienes de su hermano José, al que apodarían los españoles, por su afición al vino, «Pepe Botella».

De esta manera se consumó esa monstruosa traición, modelo en la historia de baja y perfidia.

Toda esta conducta artera y sospechosa venía causando la alarma y el descontento en el pueblo. En las esquinas y en las plazas, en las posadas y en las ventas, en la Corte y en pueblos y, por supuesto, en Alcorcón, muy vinculado a la capital, sobre todo por ser el excepcional mercado de su producción alfarera, se comenta la odiosa táctica de los franceses.

Entre tanto, el ejército francés había ocupado estratégicamente Madrid y sus cercanías por orden del general Murat.

Y respirándose esa atmósfera llega el célebre 2 DE MAYO DE 1808.

Desde muy temprano comenzaron a notarse los síntomas que preceden a toda conmoción popular. En la plaza de Palacio se formaron numerosos corrillos de hombres y mujeres. Entre ellos empezó a correr el rumor de que el infante don Francisco, niño todavía, moraba y se resistía a partir de Madrid en manos de los



Alzamiento popular contra los franceses

franceses. Y esta fue la última gota que rebasó los límites de la paciencia.

La noticia enardeció al paisanaje, que se arrojó sobre el ayudante de Murat, al que hubiera matado sin el oportuno auxilio de una patrulla francesa, reforzada en el acto por un batallón y algunas piezas de artillería. Sin ningún miramiento hicieron fuego sobre la gente y ésta se dispersó gritando y pidiendo venganza.

Inmediatamente, el resto de vecinos salieron a la calle, arrollando a cuantos franceses encontraron a su paso. Murat hizo entrar de nuevo a sus tropas en acción, contra las que, ahora, también se enfrenta el Parque de Artillería a las órdenes de Daoiz y Velarde y el teniente Ruiz, resultando tal balance de heroísmo y de muertos que España entera se puso en pie de guerra contra Francia por su libertad e INDEPENDENCIA.

«La Patria está en peligro. Madrid parece víctima de la perfidia francesa. Españoles, acudid a salvarla, 2 de mayo de 1808», fue el parte que recorrió todo el país, redactado por Andrés Torrejón, alcalde de Mostoles, del que hay quien afirma que descendía de Alcorcón.

Al día siguiente, tras un convenio entre Murat y la Junta de Gobierno de Madrid, establecida una relativa serenidad, se recogieron en 18 carros los cadáveres que produjo el glorioso 2 DE MAYO. Entre las listas de muertos figuraron algunos de Alcorcón, como el arriero Bartasar Ruiz.

Murat, para evitar más desmanes contra los suyos, publicó un bando, mandando disolver los grupos a tiros e incendiar el pueblo que diera muerte a un francés.

Pero la guerra estaba declarada y el pueblo español no se arredra por tan arrogante amenaza. En seguida se organizaron por todo el ámbito nacional partidas de guerrilleros, y éstos decidieron el triunfo de España.

Bastantes de los mozos de Alcorcón se enrolaron en la partida de Juan Palomo. Conocemos el caso de José «el Cano», que con los años daría nombre al llamado ventorro o venta del Cano, el cual militó en la mencionada partida, donde le apodaron «Tragapanes».

Era entonces alcalde de Alcorcón don Manuel de Vergara, de profesión alfarero, al que, en el próximo capítulo, veremos igualmente molestado por la suspicacia de los franceses.

Contra la dominación francesa se había sublevado España entera. Cada español, a su manera, hacía la guerra por doquier. No obstante, se hallaba en la obligación de sufragar los cuantiosos gastos que originaba la subsistencia de un ejército, amén de extranjero, enemigo; lo que exasperaba más aún la irritación popular.

Alcorcón, durante los primeros diez meses, estuvo contribuyendo con las reservas de las cosechas. Vino, aceite, trigo, cebada, garbanzos y cuanto precisaba la cocina de la tropa francesa, en lo que respecta a la loza, todo debían entregarlo gratuitamente. Mas como no recibían recompensa alguna, de común acuerdo, resolvieron esconder los escasos ahorros y entregar los menos objetos posibles de cerámica.

Hasta 1809, si en el gran solar de Alcorcón de vez en cuando se construía un nuevo alfar, los existentes, a partir de esta fecha, empiezan a darse de baja y nunca jamás volverían a abrirse ya.

Y, como por otra parte, bastantes mozos se habían ausentado, incorporados en la partida de Juan Palomo, para guerrear contra los franceses, de ahí que un gran malestar se adueñara de la villa y la causa de tomar la determinación de colaborar lo menos posible con el invasor. El horizonte de su porvenir aparecía terriblemente sombrío.

El alcalde entonces transmitió al recaudador de im-

puestos la nota de que, ante la falta total de recursos en el vecindario, se les eximiera de todo tributo. Pero el ministro de Policía, incrédulo, ordenó un minucioso registro en casa de la primera autoridad municipal. He aquí cómo nos lo refieren los fragmentos ajados de la hoja de una revista o un libro, anterior a nuestra guerra de liberación, guardados escrupulosamente entre papel platilla por doña Victoria Vergara.

Esa página se titula «El alcalde de Alcorcón», y a continuación, en letra bastardilla, se lee: «Episodio histórico del tiempo de la guerra de la Independencia». Y prosigue:

«Llamábase don Manuel de Vergara, y, aunque de pasado noble, no por ello se desdénaba en ejercitarse en la humilde industria que ha dado con sus pucheros a Alcorcón tan grande fama. Hombre dotado de claro y natural entendimiento, comprendió perfectamente las circunstancias de ser lugar tan próximo a la Corte y sin medios ni recursos para proceder de otra manera. Y, no obstante, ser tan buen patriota y abominar de la vergonzosa dominación extranjera, procurando mantener la paz y defender la justicia, sometíase, en bien de sus administrados, a la autoridad exigente del ministro de Policía.

Mas, por su proceder, quiso la suerte que allá en la noche del 24 de marzo de 1809, noche fría, destemplada y negra como boca de lobo, cuando el bueno del alcalde, fatigado de su cotidiana alfareril tarea, se disponía, ya cerca de las diez y media, a buscar descanso en su lecho, retumbase en toda la casa terrible aldabonazo, acompañado de golpes que menudeaban sobre el portalón de la casa y hacían estremecerse los tapiales de la misma.

No entendiéndolo nada, les abrió la puerta, y grandes fueron su extrañeza y asombro cuando sobre él se lanzaban un alguacil y seis soldados y le ataban con fuertes cordeles ambas manos, obligándole a entrar en la habitación de donde había salido y cerrando luego con llave el aposento.

Mientras aquellos siete individuos, que como agentes del ministerio de Policía se presentaban, revolían toda la casa en escrupuloso e inútil registro; el alcalde dábale a pensar en la razón de atropello semejante. Aunque

él no era afrancesado ni mucho menos, jamás había hecho, por prudencia, ostentación de sus ideas, cumpliendo siempre las órdenes superiores con facilitar bagajes, suministrar víveres y auxiliar en cuanto pudo los destacamentos y partidas sueltas del Ejército francés que por Alcorcón frecuentemente discurrían.

Pero su inquietud cesó así que verificado el registro en el cual nada halló la suspicacia de la Policía, encarábase con él el representante de la autoridad y procedía a interrogarle.

Todo esto, entrecornillado, es lo que se lee en los trozos de la página a que hemos aludido.

Gracias a la astucia y entereza de don Manuel de Vergara quedó patente la rectitud de su conducta y el profundo sentimiento que le infundía contemplar el comportamiento de su pueblo, y le dejaron en paz.

Es verdad que los españoles vencieron a los franceses, pese al refuerzo de 140.000 hombres que les trajo el mismo Napoleón. El Bruch, Esparraguera, Bailén, Zaragoza, Gerona, Talavera, Ontigola, Chiclana, Albuera, Arapiles, Vitoria y San Marcial, fueron celebrados lugares donde los franceses recibieron tan rudos golpes que, al fin, tuvieron que rendirse, huyendo.

España se cubrió entonces de gloria, pero entre los sacrificios sin cuento que hubo de afrontar está la cruel hambre que padeció en 1812 como fruto de la juventud muerta y el abandono del cultivo de la tierra y la industria.

A primeros de 1812 murieron en Madrid de hambre más de 20.000 habitantes, mientras otros inundaban los pueblos limítrofes esquilmandoles, y uno que sufrió lo inconcebible en esta ocasión fue Alcorcón. Desapareció el 50 por 100 de sus vecinos, y de los alfares aquel año no trabajaban más de cinco; otros se rehicieron en los años siguientes, y en 1845 serían ocho los alfares que trabajaban.

Concluyendo, podíamos afirmar que a partir de estas fechas, del 1808, la guerra de la Independencia y este hambre, de 1808 al 1812 se cierne sobre Alcorcón la peor época de su historia, una decadencia tal de la que ya no se repondrá hasta 1960, aunque alguna vez aparecerán intentos de superación.

DESPUES DE LA GUERRA

En nuestro capítulo anterior contemplábamos a Alcorcón desolado por los desastres de la guerra de la Independencia y los estragos del hambre que diezmó a Madrid. En definitiva, como el resto de los pueblos.

Se convenció Napoleón de que no estaba hecho para su familia el trono de España. La grandeza de su tradición y el valor de espíritu empujaba a los españoles a morir antes que doblegar su noble frente ante un yugo extranjero, y por ello se vio obligado a restituir a Fernando VII la corona y a permitirle el regreso. Ya había abdicado en él su padre, Carlos IV, en 1808.

Fernando fue recibido con entusiasmo delirante por todos los españoles, que le llamaron el DESEADO, en 1814.

Durante seis años, con el aplauso de todo el pueblo, se esforzó por limpiar el solar patrio de enciclopedistas y afrancesados que, desde el año 1812 al 1814, lo habían empobrecido más aún con sus códigos inspirados en las ideas de la Revolución francesa. Son los de las Cortes de Cádiz de 1812.

Pero estos hombres cuentan con el apoyo de la masonería internacional. Esta mueve todos los hilos posibles para que el rey desista de su persecución, procura filtrarse en las altas esferas de la Corte y del Ejército y lo consigue.

Fruto de la masonería es la sublevación del general Riego, activo masón, en 1820, impidiendo a los batallones españoles embarcarse para mantener el orden en las revueltas de los pueblos de América, que se estaban independizando.

Y ahí está el gran delito de este militar, que, con el engaño de falsas promesas y libertades, mintió descaradamente al pueblo, sumiéndole en la mayor anarquía. Mientras, el «Himno de Riego» y el «Trágala», al que vino a unirse el «Lairón», con sus mensajes hipócritas, demolian los sentimientos patrióticos y religiosos de los pocos incautos y pobres españoles. Afortunadamente, el apogeo de Riego sólo duró tres años.

El sufrido pueblo español, que nunca creyó en los liberales, viéndose defraudado una vez más, hizo fraca-

sar sus arrogantes planes y con la ayuda ahora de un ejército extranjero, al mando del duque de Angulema, le hizo pagar su merecido castigo con la horca.

En el «Lairón» hubo una estrofa que hacía alusión a Alcorcón. Hela aquí:

Oigan que vienen los rusos
por las ventas de Alcorcón,
y los rusos que venían
eran sarras de carbón.
Lairón, Lairón.

Restaurada otra vez la autoridad de Fernando VII durante otros nuevos seis años, reanuda la enconada persecución de antaño contra los mismos individuos que se llaman los «liberales». Mas de nuevo vuelve a jugar su gran papel la masonería desviando al rey de su brioso empeño. Al presente se valen nada menos que de la joven María Cristina de Borbón, que ha venido de Nápoles para casarse con el ya viejo rey.

Triste desconcierto político que irá a desembocar en las guerras carlistas que siguieron a la muerte del rey en 1833.

A Fernando VII le sucede su hija Isabel II, niña de tres años, bajo la regencia de su madre. Años del cólera morbo-asiático, matanza de frailes, saqueos, robos escandalosos, los lutos de la guerra, crímenes, inmoralidades de todos los estilos, se suceden sin cesar. Incluso hay una publicación, «El Guirigay», que osa insultar a la reina «Gobernadora» con lo peor que se puede reprochar a una mujer. Y con todo transige María Cristina con tal de gobernar, hasta que, víctima del sistema liberal fomentado por ella y despreciada por los mismos que ella había encumbrado, tuvo que huir a Francia en 1841.

Esta será la razón por la que Alcorcón no puede levantar su arruinada economía. Este es el clima, ésta la atmósfera en que se cria y desarrolla un mozo que veremos protagonizando en Alcorcón algunas de sus numerosas aventuras. Nos referimos al célebre bandido Luis Candelas, del cual alguien puede pensar, y con lógica, que por línea paterna descendía de Alcorcón. Mas como el apellido Candelas honra muy poco a su familia,



Luis
Candelas

en obsequio de ésta vamos a adelantar algún dato que la revela normal dentro de la sufrida clase media española.

El abuelo de Luis se llamaba Angel. De él sabemos que moraba en Alcorcón, viviendo pobremente cuando podía vivir con toda comodidad. Su hijo José Luis aprendió la carpintería en Alcorcón y la practicó en Madrid, en la calle del Calvario, barrio del Avapiés, donde estaba considerado por todo el vecindario como un hombre integro y formal, además de como un hábil artesano. Allí vivía casado con una mujer honrada, Aurora Cajigal, a la que no había querido el suegro por ser de humilde condición. Y de este matrimonio nacieron tres hijos varones, de los que el tercero, Luis, vio la luz primera en marzo de 1806.

LUIS CANDELAS VIENE A ALCORCON

La infancia de Luis Candelas debió transcurrir tan regular como la de un niño cualquiera, con las travesuras de la edad.

Su padre, José Luis, un honesto carpintero, y su madre, Aurora Cajigal, mujer de su casa, de la que no sabía nada más que para lo imprescindible y a misa los

domingos, hicieron de Luis un joven correcto y apurado.

Tanto es así que no tardó en colocarse de agente del Fisco. Tiempo éste en el que se porta con toda probidad. Pero son tales las sucias faenas que va a la sombra de los fílatos y las inmundicias que escucha, que su razón termina pervirtiéndose.

Todavía algún freno pudo haber encontrado en el padre, mas murió relativamente joven, y ahí tenemos a Luis que, en 1827, va por primera vez a la cárcel. Contaba veintidós años. En la cárcel aprende muchos de los ardides de la golfería, y a ella se consagra definitivamente.

Además conoce a Mariano Balseiro; Francisco Villana, alias «Paco el Sastre»; al Malamano y otros no menos expertos en el «oficio». A ellos le une fuerte amistad y con ellos conspirará y urdirá las tramas en que se han de aventurar.

Por el año 1828, aprovechando un hermoso día de primavera, Luis Candelas y el Malamano alquilaron dos jacas alazanas en una posada de la Cava Baja y se largaron a Alcorcón.

En esta ocasión le conducía al «pueblo de los puchereros» el comprobar hasta qué punto le podía servir de refugio el humilde domicilio de su abuelo paterno. El abuelo, el tío Angel, habitaba en una casita retirada del casco urbano, junto al camino real de Madrid a Extremadura. Por él, raro era el día que no veía pasar a alguien, lo que le servía de distracción. A sus ochenta años, allí vivía con una renta de 8 reales y acompañado de un hombre de sesenta, ágil y fuerte, que todos los días solía cazar alguna liebre para ir comiendo. Se llamaba Pepe.

Luis llevó a su abuelo queso, embutidos, aceite, huevos, arroz y sémola.

El tío Angel le recibió como siempre, con los brazos abiertos, y le permitió registrar los cuatro rincones de la morada aquella. Para lo que iba a encontrar... Comieron juntos, y luego Luis y el Malamano subieron al caserío. Pasearon por la plaza y las cuatro calles que había: Hospital, Juan Montero, Chama y Grande, a las que vendría a unirse muchos años después la de Siete Chimeneas, Cantarranas y demás. Contemplaron la

pocas chimeneas que humeaban, bastantes casas ruinosas, el campo en general cubierto de retamas y les dio pena.

—Aquí tenemos muy poco que hacer —anotó el Malamano con decepción.

—Pero por eso nos puede servir de un buen escondite —añadió Luis.

Luis se despidió de su abuelo y regaló una moneda de oro de 100 reales a Pepe para que le cuidase sin escatimar nada.

Al regreso, según cabalgaban, el Malamano expuso a Candelas cuánto le extrañaba el abandono en que tenía su madre al abuelo, siendo viuda y mujer de tan buena fama.

—Todo tiene su explicación en la vida —repuso el célebre bandido—. A mí me quiere mucho, es verdad. Ya has oído que me llama «su nietecillo». Pero a mi madre no la ha querido nunca, y todo por ser de familia más pobre que mi padre. Y si no la quiere, ¿cómo le va a corresponder ella? Mucho me ha contado de él y de todo ello lo más sorprendente es que tiene una tinaja, llena de monedas de oro, enterrada para dejármela a mí en herencia cuando muera.

El colega le miró por encima del hombro y, como si hubiera escuchado un chiste, se echó a reír.

—Y precisamente a ti. Tiene gracia la cosa...

Luis, igualmente rió a placer y prosiguió:

—Ya ves tú, como que si así fuera le iba a tener que pasar mi madre una renta de ocho reales diarios e iba a llevar la miserable vida que lleva.

Dejaron atrás la vieja venta que había donde se alza la Escuela de Transmisiones, cruzaron el puente de Segovia y, ya en Madrid, lo primero que hicieron fue ir a casa de Balseiro.

En la casita del abuelo podrían disponer, con toda seguridad, de una guarida excepcional. Desde ella sería fácil abordar a las diligencias que transitaban a su lado o se desviaban por Villaviciosa a Avila o Cáceres. Y esto debía participárselo al lugarteniente.

—Por allí iremos cuando a ti te parezca —repuso Balseiro—. Por esos campos hay un ventorro que llaman de José el Cano, un estupendo amigo mío. Yo le reco-

mendaré que vele por tu abuelo. José el Cano es un gran hombre. Por las aspiraciones se le podía confundir con un bandido de Sierra Morena, sobre todo por las patillas de boca ancha. El nos informará de los ricos de los pueblos cercanos. Conoce a toda esa gente muy bien. Hace ya más de un año me advirtió que tenía que acompañarme un día a Alcorcón y me indicaría la casa en que dicen hay un tesoro escondido.

Los tres contemplaron durante unos segundos de silencio, con la imaginación, el tesoro en sus manos.

A Luis le gustó la proposición, y recordando que a la ocasión la pintan calva, decidió partir al día siguiente para allá.

Y así lo hicieron.

Mariana clara, azul, luminosa. Primavera en la Casa de Campo, en los verdes sembrados, en las limpias beasnas, en los terrenos baldíos con hierbas, flores silvestres o retamas, y al fin, muchas encinas a la derecha.

Este es el panorama del camino de Madrid a Boadilla, hasta donde se encuentra con el de Alcorcón a Pozuelo.

En ese cruce, aunque dentro del término de Alcorcón, es donde está ubicado el ventorro del Cano. Hacía ese punto cabalgan tres mozos arrogantes. Son Luis Candelas, Balseiro y Villena o Paco «el Sastre». Este día no les acompañaba el Malamano.

EL VENTORRO DEL CANO

El ventorro del Cano en los siglos anteriores gozó de una influencia mucho mayor que ya en 1828, época a la que nos estamos refiriendo. Fue centro de parada, de actividad, de postas, cambio de carruajes o de trasporte. Por allí pasaron comerciantes, pastores, labradores, bandoleros, diligencias del más variado signo.

Aunque dentro del término de Alcorcón, allí se daban la mano los confines de las jurisdicciones territoriales de los municipios de Madrid, Pozuelo, Boadilla, Villaviciosa y Alcorcón.

En el mismo ventorro también se vendían armas de todo tipo, desde trabucos cortos hasta mosquetones, más toda una colección de armas blancas, aparejos para ca-



Mariano Balseiro, primer lugarteniente de Luis Candelas



Francisco Villena, Paco «el Sastre», segundo lugarteniente

ballería y algunas prendas de vestir, sombreros, fajas, canchales y cuanto pudiera precisar el caminante más desprevenido.

En tiempo de la guerra de la Independencia se convirtió igualmente en foco de acción contra los franceses, y ellos, en una de sus excursiones de limpieza, lo robaron todo, prendiendo fuego a todo lo que fue posible y arrasaron los cuatro muros que permanecieron firmes, hasta dejarlo algo así como se halla en la actualidad. La misma suerte corrió la ermita del Humilladero, que se levantaba en el camino del ventorro a Alcorcón.

Concluida la guerra, el ventorro se volvió a construir, pero con menos capacidad y menor influencia. El número de habitantes de los pueblos limítrofes había incrementado considerablemente, y en los transeúntes se había apagado el afán y la alegría de antaño. Al presente, estaba encargado del ventorro José «El Cano», que le dio el nombre con que todavía se le recuerda. El último vestigio se borró definitiva y totalmente en 1871, al cegarse el pozo, que en su solar aún perduraba y que por carecer de brocal constituía un peligro constante.

LUIS CANDELAS CAE HERIDO EN ALCORCON

Pues bien, una vez que llegaron al ventorro los tres célebres bandidos, se apearon de los caballos, ataron las



Enfrente de los caballeros se encontraba el ventorro del Cano, así es el cruce

riendas a las anillas prendidas en la fachada y pasaron dentro.

—No hay que preguntaros de dónde sois —les dijo la mujer de «El Cano»—; por el atuendo y el deje de la voz, seguro que sois madrileños.

—Exacto, de allí somos.

—Echanos de beber del mejor vino.

—En seguida.

—¿Y el marido?

—Ha salido a cazar. Como hace esta mañana de sol tan rica, ha aprovechado. Pero no tardará en venir, porque ya es mediodía.

Y, en efecto, al momento se presentó José «El Cano», escoltado por dos grandes perros, cuatro liebres al cinto y un trabuco al hombro. Saludó afectuosamente a Balseiro y estrechó las manos de Candelas y «El Sastre».

Se desembarazó de la carga que llevaba y advirtió a la mujer que preparara una fuente colmada de tajadas. De ellas, de unos huevos cocidos y relucientes aceitunas darian los cuatro buena cuenta entre trago y trago. Balseiro siempre le pagó muy bien.

Despojaron a los animales de las bridas y sillas y los echaron un pienso en la humilde cuadra.

A continuación, «El Cano» les describió las diversas características de los pueblos cercanos, les indicó adónde conducía cada uno de los caminos, les habló de los principales ganaderos y labradores de los contornos.

Durante la comida, la charla versó abiertamente sobre el tema que les había trasladado hasta allí.



Campos llanos, con escasa vegetación, desde el ventorro al pueblo

—Si, en Alcorcón vive un hombre, ya viejo, como te dije a ti —prosiguió «El Cano», dirigiéndose a Balseiro—, que, por lo visto, tiene guardado bajo unas losas un saco lleno de monedas de oro y joyas de gran valor.

—¿Y por dónde habita? —inquirió Luis con recelo.

—Habita junto al templo, aunque en ese pueblo la iglesia está fuera de él. Vamos, quiero decir en una calleja que va desde la iglesia a la plaza. Por detrás de la vivienda hay un hermoso corral; por él podéis saltar y... todo hecho.

Luis suspiró, recobrándose. Ya no podía ser su abuelo. E intervino con aire bromista:

—Suponemos que no saldremos trasquilados. No hay que olvidar que esta gente es muy valiente. El alcalde de Móstoles, con dos aguaciles, declaró la guerra a Napoleón, que vino mandando un millón de soldados.

—Y encima hay quien dice que descendía de Alcorcón.

—Pero nosotros no vamos a conquistar ningún pueblo, sólo vamos por un saco de dinero y nada más.

—¿Por qué sabe la gente que ese hombre tiene tal tesoro?

—Cuentan que ese hombre sirvió en casa de un richón, afrancesado, en Madrid, el cual huyó a Francia en compañía de «Pepe Botella», y como no podía llevarse todo lo que poseía dio a éste un saco o, ¡quién sabe cuántos sacos! Y debe ser verdad, porque siempre ha tenido para comer sin haber vuelto a trabajar nada.

—¡Vaya tiempos aquellos! —agregó «El Sastre», pen-



Algo así sería Alcorcón

sando en lo bien que hubieran desplegado el «oficio».

Sin embargo, «El Cano», con un giro más romántico, aludió a ellos, y con la inmensa satisfacción de haberlos vivido, replicó:

—Es verdad. ¡Qué tiempos! Yo pertencí a la partida de Juan Palomo. Eramos unos jabatos contra los gabachos. Fue por los años del ocho al catorce. Entonces sí que éramos «unos» todos los españoles.

Y Pepe «El Cano» se explayó recordando diferentes peripecias protagonizadas por él en aquel conflicto.

La tarde era corta y había que servirse del poco sol que aún quedaba. Los tres bandidos pagaron como grandes caballeros, tomaron de nuevo los caballos y, por el camino indicado, partieron a Alcorcón. Aquella noche se arriesgarían en una de sus más audaces y, por supuesto, remuneradas hazañas.

FIN DEL ABUELO DE LUIS CANDELAS

Aquel día de primavera de 1828 los laboriosos vecinos de Alcorcón, a poco de ponerse el sol, se recogerían en los brazos reparadores del sueño. Era ingente su pobreza y no menos agobiante el trabajo con que debían vencerla. Una paz inmensa se cernía sobre el arruinado pueblo.

Sería alrededor de las doce de la noche.

Todo debidamente dispuesto, y cerciorados de la casa exacta que guardaba el tesoro, se decidieron al asalto. La casa se hallaba en una calle corta que unía la actual de San Isidro con la plaza.

Las tinieblas de la noche templaban la atmósfera y

parecían aliarse con Luis Candelas, Balseiro y Paco «el Sastre» para facilitarles el atraco. Nunca se habían encontrado más seguros del feliz resultado.

Balseiro saltó por las tapias al corral de la casa en cuestión, forcejeó por abrir la puerta que da acceso a la vivienda; pero fue imposible. Acomodados en las bardas, le contemplaban Candelas y «el Sastre», que, ante el primer fracaso, le aconsejaron la otra medida premeditada.

Encendió un haz de leña y descendieron raudos a la calle. Luis se dirigió a la única ventana que tenía la casa y la golpeó con visos de impaciencia.

—Que está ardiendo el corral. Abran rápidamente. Levántense —gritó.

No se oyó ninguna respuesta. Pero al minuto sonaron dos certeros disparos, uno de los cuales hirió a Luis Candelas. No había tiempo que perder. Los tres bandidos huyeron en sus respectivos caballos como pudieron al ventorro del «Cano».

«El Cano» les recomendó al médico de Boadilla y allí partieron ahora los cuatro. El ventero les acompañó con el rostro tapado. Era conocido del médico y podía correr algún riesgo.

El médico, una vez prestados los auxilios de urgencia, les remitió a Madrid, pues temía por su vida seriamente.

Ingresó en el hospital y, tras un reconocimiento adecuado, se observó que no había por qué alarmarse. La bala le había pasado por encima del hígado y nada más. Tras una breve convalecencia se recuperaría.

Entre tanto, en Alcorcón, la gente, soliviantada, se arremolinó en torno a la casa del tío Angel. En medio de la noche las llamas de la leña del corral señalaban el lugar del alboroto.

—¿Qué ha pasado por aquí? ¿Qué ha pasado? —Era la pregunta repetida.

—Que me han querido robar unos bandidos —bramaba el pobre tío Angel—. Se habrán creído que es verdad que yo tengo un tesoro, como dice la gente, y mirad la que me han armado. Pero uno lo ha pagado bien. ¿Habéis visto la sangre junto a la ventana?

Entre todos se sofocó el fuego y, tras la tempestad, se hizo la calma.

Al día siguiente volvieron los comentarios de antaño. Doce o dieciséis años antes habían vivido tan sobresaltados los vecinos de Alcorcón por las acometidas de los hambrientos de Madrid que no pocos murieron en refriegas, otros se arruinaron y otros emigraron.

El Ayuntamiento, entonces temeroso de que se repitieran los desmanes del pasado, armó a diversos mozos, que cada noche se turnaban, con trabucos y puñales. Hasta tal punto esta medida llamó la atención en la Villa y Corte que pronto la llevaron a las letrillas de los cantares:

"Por las calles de Alcorcón
ya no pasan chavales
que pasan mozos breves
con trabucos y puñales".

Estos versos sufrieron diversas modificaciones, según el tiempo y las circunstancias, por donde a veces se nombraban las calles de Alcorcón.

Transcurridos unos quince días, enterado del accidente que sufrió el anietecillo, se desplazó a Madrid el abuelo.

Luis le refirió, según le dictaba su imaginación, el percance que hubo de soportar junto al arroyo de Mesques, y el anciano contó el suyo.

—Es verdad que yo tengo un pequeño tesoro. Pero lo tengo más seguro que el banco de San Carlos. No hay ladrón que me lo pueda arrebatarse. Y menos ahora, que para guardar al pueblo por la noche ha armado el alcalde a unos cuantos mozos hasta los dientes.

Luis Candelas sintió en silencio que la víctima de aquel infame intento fuera precisamente su abuelo y él la víctima de sus disparos. De haberlo sabido jamás hubiera dado un paso en este sentido. Pero ya no había remedio.

En la conversación ésta estuvieron presentes Balseiro y el Mosquito, otra pieza de la pandilla.

Cuando estos dos salieron de la casa del amigo se miraron con pálido placer. ¡Lo que habían descubierto! Urdieron la nueva batida que diera de una vez con

el codiciado tesoro, y al día siguiente ambos retornaron a Alcorcón.

Llegaron mediada la tarde. Nadie sospechó de ellos. Andaban con la mayor naturalidad, y de buenas a primeras entraron en la casa del tío Angel. Allí estaba Pepillo calentándose al amor de la lumbre. Después de saludarle amigablemente, le amenazaron con la muerte si por algún grito les delataba, y como si fueran de la familia entraron los caballos en el corral. Pepillo obedecía a todo sin rechistar, como un autómatas. En su garganta se ahogaba toda palabra. Les indicó el sitio donde él suponía que el viejo escondía su tesoro. Y, en efecto, allí, bajo las losas de la cocina, estaba el tesoro.

Al fin, el misterio se había deshecho.

Extrajeron una gran olla repleta de monedas de oro, de alhajas y joyas y no pocas piedras preciosas. En total, cuatro millones de reales. Entregaron a Pepillo alguna cantidad para que se mantuviera al menos durante un mes y regresaron a la capital como quien no había roto un plato en su vida, orgullosos del opulento botín.

A Pepillo le fue imposible reconciliar el sueño y, al amanecer, desapareció del pueblo.

Cuando volvió el tío Angel y a sus llamadas no contestaba el compañero y vio robada la valiosa olla, su furia, su locura fue indescriptible. No quiso dirigirse a ninguno de los vecinos. Maldijo a Pepillo, a su casa, al pueblo y se fue a Madrid, sin cesar de vomitar maldiciones.

Como un auténtico demente explicó a la familia lo sucedido. Salíó de la casa a denunciarlo a la Policía y de él nunca más se supo. Se creyó que, fruto de su enajenación mental, debió suicidarse.

El 6 de noviembre de 1837, a las once en punto de la mañana, moriría en el patíbulo, colocado junto a la Puerta de Toledo, Luis Candelas.

ALCORCON SEGUN MADOZ

Por el convenio de Vergara, con el abrazo de Euzkato y Maroto, había terminado la primera guerra carlista; no obstante, la paloma de la paz recorría, muy tímida, el suelo español, cuando en 1843, a los trece años

de edad, empieza a reinar Isabel II. Para contemplar la industria, la agricultura, el estado socioeconómico, el nivel de vida de los pueblos españoles en la mitad del siglo pasado existe una obra excepcional. Se titula «DICCIONARIO GEOGRAFICO, HISTORICO Y ESTADISTICO DE ESPAÑA», publicado en Madrid de 1845 al 1850, en dieciséis tomos.

El autor, Madoz, no investiga con profundidad, pero sí anota minuciosamente todos los datos que le debieron entregar. Y como quiera que sus volúmenes son fruto de un profundo amor a la Patria, como se infiere de la lectura del prólogo, nosotros, a nuestro modo, le rendimos homenaje, recordando, aunque sea muy someramente, su biografía.

Don Pascual Madoz fue un político y escritor español, que nació en 1806 y murió en 1870. De ideas liberales figuró entre los progresistas toda su vida. Tomó parte en diferentes conspiraciones, sufriendo destierros y privaciones. Fue diputado, gobernador y ministro de Hacienda. Al triunfar la revolución de 1868, formó parte de la comisión que fue a ofrecer la corona a don Amadeo, sorprendiéndole la muerte en Génova. Entre otros libros que escribió destaca el diccionario a que aludimos.

He aquí los datos que recopiló sobre Alcorcón:

«Alcorcón. Villa con Ayuntamiento de la prov., adm. de rent., aud. terr. y c. g. de Madrid (dos leguas); part. judic. de Getafe 1,1/2; diócesis de Toledo (10 leguas) Situado en una pequeña eminencia que domina toda su jurisdicción. Está a la izquierda muy inmediato a la corr. gral. de Madrid a Extremadura. Está bien ventilado y batido ordinariamente de los vientos del N., de los que le guarecen, no obstante, los bosques del Pardo, Villaviciosa y Boadilla.

Goza de excelentes aguas de la fuente llamada La Canaleja, a dist. de 1/2 legua. Cielo puro y despejado. Clima frío y temperamento sano, naturalmente, si bien sus moradores padecen afecciones de pecho que se hacen crónicas y cólicos saturninos, llamados vulgarmente de Madrid, achacado todo ello a las emanaciones del alcohol al quemarlo para el vidriado.

Forman el casco de la población ochenta y dos casas, de ellas sólo diez regulares, ordenadas en cuatro calles

y una plaza, con casa municipal, cárcel, escuela de niños dotada con 1.900 rs. a la que asisten catorce alumnos; una iglesia parroquial con la advocación de Santa María la Blanca, de fábrica regular, servida por un cura párroco, y a mil pasos del pueblo al N., una ermita con el título de Nuestra Señora de los Remedios.

Confina el término por el N. con los de Boadilla y Villaviciosa, por el S. con los de Fuenlabrada y Leganés, por el E. con los de Madrid y Carabanchales, todos a una legua y por el O. con Móstoles a 1/2 leg. Abarca unas ochenta mil fanegas de tierra; de ellas, dos mil de primera calidad, dos mil de segunda, destinadas a pan llevar y cuatro mil de tercera y retamar que aprovechan para las fábricas.

El terreno es de mediana calidad, escaso de riego, y sería posible y aún fácil proporcionársele si ayudasen los capitales. Al S. y 1/4 de legua de la población hay una quinta que consta de casa de recreo y labor, estanque, una buena viña y árboles frutales, regada por medio de una noria.

Las labores y acarreos se hacen con cuarenta pares de mulas y veinticinco caballerías menores. Produce, en bastante cantidad, trigo, centeno, avena, algarrobas, guisantes, habas, garbanzos de buena calidad y cebada para el solo consumo de la población.

Se crían en los pastos sobre dos mil cabezas de ganado lanar ordinario, cuya producción de leche de alguna consideración venden en Madrid en invierno.

Industria: una tahona para surtir de pan al pueblo, una fábrica de jabón, un almacén de aceite y ocho fábricas de alfarería ordinaria, pero superior en su clase por su duración, ya sin vidriar, ya vidriada, cuyos barros, tomados en la jurisdicción del pueblo, aventajan en calidad a todos los del país, por lo que surten a la Corte y otros muchos pueblos cercanos y distantes.

Población: 105 vecinos, 392 almas. Cap. prod. 4.701,613 rs. Imp. 166.833 B. Presup. munic. 22.000 rs. de los que se pagan al secret. del Ayunt. por su dotación 2.820 rs. Se deduce con el valor de los propios y sobrantes de los puestos públicos deducido el encabezamiento.

Historia. Este pueblo es de origen árabe. En el siglo pasado y principios del presente contaba con trescientos

los vecinos. Empezó a decrecer durante la guerra de la Independencia, y muy especialmente en el año 1812, que, por causa del hambre fue muy molestado por la guarnición de Madrid, y abandonaron la población la mayor parte de sus habitantes, dando lugar a la ruina de los edificios, que no han podido reedificarse por la ausencia de los capitales».

Por lo que acabamos de leer, observamos que existe cierta contradicción respecto al número de vecinos que habitaban en Alcorcón a primeros del siglo XIX y los que asigna Madoz en 1845, porque si en 1786 eran ciento cincuenta, ¿cómo en veinte años va a aumentar la población el cien por cien sin interponerse novedad alguna? Por tanto, al juzgar demasiado optimista la cifra de trescientos, nosotros, con los datos históricos que poseemos, la rebajamos a ciento setenta y cinco y lo más que la subimos es a doscientos. Pensamos, a la vez que no deja de ser muy penosa y alarmante la desaparición del cincuenta por ciento en el breve espacio de 1808 a 1815 a causa de la guerra, del hambre o de la emigración.

Esquina de la antigua casa señorial, hoy en ruinas, en Polvoranca



POLVORANCA

A poco de partir de Alcorcón, por la carretera que conduce a Leganés, y alrededor de dos kilómetros distante de ésta, a la derecha, se divisa la silueta de un edificio enorme. A su lado, igualmente, se aprecian otras siluetas más reducidas, confusas y desdibujadas. Su aspecto parece indicar la existencia allí de algún pueblo. Pero no hay más que ruinas. Es Polvoranca.

Entre las calles de Alcorcón como de Leganés hay una que se denomina Polvoranca, y éstas, a su vez, desembocan o apuntan a caminos que convergen en el citado despoblado.

Polvoranca, como vamos a ver, fue una villa con todos los atributos de tal en el pasado. En el siglo XIX se adjudicó al Ayuntamiento de Leganés, y hoy pertenece totalmente a su jurisdicción. Sin embargo, por su inmediata proximidad a Alcorcón, mucha gente cree que esas ruinas quieren significar algo de un Alcorcón antiguo y señorial. Los adolescentes de nuestros barrios, en sus giras aventureras por las cercanías, lo eligen como cita de sus fantásticos asaltos y hazañas. Un tiempo hubo, durante el siglo XV, en que fue algo así la Ribota, con su templo dedicado a Santo Domingo, donde hoy se encuentra el campo municipal de fútbol y terrenos colindantes.

Por todo lo cual, vamos a dedicar a Polvoranca este capítulo de nuestra historia, ilustrándole con las fotografías de sus ruinas.

De Polvoranca se refiere en las «Relaciones de Peli-

pe II», en 1576, que era una villa, de origen muy antiguo, sin especificar más.

Fue villa del mayorazgo del licenciado don León y doña Ana, su mujer, que compraron al conde de Orgaz, al cual, a la sazón, pertenecía.

La iglesia, como la casa condal del lugar, debió estar siempre muy bien asistida, pues, como todo el caserío, era propiedad de tales personajes, amén de ser panteón familiar. En su recinto había una capilla con el Santísimo Sacramento y en ella se enterraba a los señores. El templo se hallaba bajo el patrocinio de San Cosme y San Damián.

Entonces el poblado se componía de veinticuatro casas de vecinos, y entre ellas sobresalía la del señor que, por lo mismo, se llamaba «la principal».

Y a partir del siglo XVI, a Polvoranca se le debió trazar una decadencia irremediable.

He aquí lo que escribe Madoz en su «Diccionario Geográfico», en el tomo que corresponde a Polvoranca, editado en 1846, todo lo cual pone de manifiesto cuanto acabamos de afirmar:

«Polvoranca es una villa agregada al Ayuntamiento de Leganés, situada en un pequeño cerro... Tiene diez casas de inferior construcción, una fuente de que se sirven los vecinos y una iglesia parroquial, con curato de primer ascenso. Comprende una huerta, en la que se ve una hermosa alameda y dos dehesas con medianos pastos. La cruza un pequeño arroyo, cuyas aguas sirven para el riego de la arboleda y prados. El terreno es de secano y de inferior calidad. Caminos de herradura, que se dirigen a los pueblos limítrofes, en mediano estado. Produce trigo, cebada, centeno y algo de hortaliza, y cría caza menor. Su población la componen once vecinos que totalizan treinta y siete almas».

Pero en 1855 brotó en la Villa y Corte la peste, el cólera morbo. La desgracia desplazó a los miembros de las familias afectadas a los pueblos, entre los que se prefieren los menos habitados y, por lo mismo, no pocos eligen Polvoranca.

Y Polvoranca recibe un golpe mortal. Aloración entonces no ejercía el atractivo de los años 1812.

Después de 1860 nadie quiere vivir ya en aquel sinu-



lacro de aldea. Los pocos vecinos que quedaban se han establecido en Leganés. Transcurren algunos años de abandono casi total. Se reanudan de nuevo las labores. Aquello se transforma en finca de labrantío, y su iglesia parroquial, en ermita de los santos nombrados, cuya fiesta se celebra allí mismo, hasta que algunos de sus muros se derrumban, como vemos en una de las fotografías. Luego vendría nuestra guerra civil con su destructora escuela e imposible ya la restauración.

Y así es como al presente se encuentra Polvoranca, esperando ser redimida por urbanizaciones portentosas, adonde acudirán, ansiosas, gentes de toda España.



Venta La Rubia

Detalle de un interior de la Venta La Rubia



VENTA LA RUBIA

Dentro del término de Alcorcón, en el kilómetro 11,300 de la carretera general de Madrid a Extremadura, se alza un indicador que apunta hacia VENTA LA RUBIA, distante un kilómetro.

De momento, el deseo de conocer las causas, por las que esta finca gozó de la preferencia de la familia real española, nos remonta al año 1565.

En efecto, en el catálogo V del Patronato Real, tomo I, página 449, existe una escritura de venta, que otorgaron Juan de Argüelles y María López, a favor de S. M. de un pedazo de tierra que poseían junto al camino que se hizo desde Pozuelo a Alcorcón fechada en Madrid a 5 de diciembre de 1565. Reinaba Felipe II.

Ignoramos qué vicisitudes experimentaría este «pedazo de tierras» en el curso de los años. Es de suponer que lo fueran heredando, generación tras generación, los descendientes del Rey Prudente, o pasara a manos de otros aristócratas. Sea lo que sea, lo cierto es que en 1857 el duque de Medina Sidonia se resolvió por construir allí un chalet. Su objeto fue alejarse de Madrid durante el asedio del cólera en aquella época. Era la tercera epidemia que padecía España el siglo pasado y que se llevó consigo doscientos treinta y seis mil vidas en el país.

Este duque recordaba que en la biblioteca de sus abuelos existió un libro que aludía a la salubérrima atmósfera de Alcorcón. Su autor, don Juan Matheu, ejerció la medicina aquí, por el año 1760, en su juventud, y escribió que en esta villa no se sufrían otras enfermedades que las que podían provenir de la producción alfarera o del abuso del alcohol.

Por otra parte, como el duque era un gran aficionado a la caza, y éste era un paraje con abundancia de liebres, ordenó que se construyera un chalet con todas las comodidades y ornamentación que requería el progreso de la época. De ahí que esta bucólica mansión se llamara entonces Posesión de la Buena Dicha.

«Todos los libros que haya aquí sólo tratarán de caza; las paredes estarán adornadas con escenas de caza, o piezas disecadas, y nuestras veladas versarán principalmente sobre la caza. Los asuntos de Estado y Gobierno repliéguense en exclusiva a la Corte» —había dictaminado el duque de Medina Sidonia.

Con este motivo apareció una nueva fuente de ingresos, al menos para algunas familias de Alcorcón.

Dada la grata permanencia en el chalet y la posibilidad de correr liebres, por aquí exhibieron sus dotes y se divertieron aristócratas de la sangre, de las armas y la política.

Después del 20 de enero de 1861, en que fue investido Grande de España por Isabel II el general Prim, aprovechando un día flamante de sol, en su honor se celebró una fiesta campestre, en la Venta La Rubia. Aquella fecha se dieron cita en esta finca de Alcorcón Silvela, Serrano, Topete, Sagasta y cuantos personajes eran la flor y nata de la sociedad cortesana.

De don Amadeo de Saboya se cuenta que, en su efímera monarquía (1871-1873), también gustó de pasar algunos días en la Venta, e incluso en alguna de sus excursiones a caballo, se acercó a Alcorcón a ver los alfares. Igualmente se dice que en uno de aquellos paseos le acompañó un tal Nicolás Díaz, con el que entró en la ermita de la Virgen de los Remedios, y éste mandó dibujarla. Aquel dibujo se imprimió, y nosotros tuvimos la fortuna de reimprimir el único ejemplar que quedaba, en el número 8 de «ALCORCON-Gráfico», en septiembre de 1971.

En los años siguientes se sucederían similares acontecimientos a los narrados, hasta la muerte del duque, en que pasó a propiedad de la Casa Real, con don Alfonso XIII, de lo cual volveremos a tratar cuando nos hallemos en el reinado de éste.



AÑO 1866

En 1866, se editó un libro sobre los pueblos de Madrid. Se titulaba «Crónica de la provincia de Madrid». Respecto a Alcorcón se dice en él: «La villa de Alcorcón (581) se cree que sea de origen árabe, su nombre por lo menos lo indica así. El lugar en que está situada es muy a propósito para que haya habido en él población no sólo en la época arábiga, sino en las anteriores.

Próxima a la carretera general de Extremadura y edificada sobre una eminencia, domina una gran parte de terreno y ofrece condiciones ventajosas para servir de punto avanzado, sobre todo, a la que es hoy capital de la monarquía. Nada hay de llamar la atención en su recinto; sus casas, generalmente hablando, son de mala construcción; su iglesia parroquial, llamada de Santa María la Blanca, tampoco ofrece nada de notable. Una fuente tiene a media legua de distancia, su nombre es

La Canaleja, y de agua excelente y cristalina, y una quinta, más cercana aún, por la parte del mediodía, que consta de casa de recreo y labor, estanque, una buena vinya y árboles frutales regados por una noria. La celebridad de Alcorcón, que la tiene seguramente, es debida a la tierra de su término y a las vasijas de alfarería que fabrica de ella, pues aunque toscas y ordinarias, son de mucha más duración que las de otros puntos y forman sin duda, un ramo muy importante de industria y de comercio. Pero a las emanaciones del alcohol que se emplea para vidriado de dichas vasijas, se atribuyen las afecciones de pecho y los cólicos saturninos, que son muy comunes entre sus habitantes. A mil pasos de la población se halla una ermita de la Virgen de los Remedios. Fue pueblo que sufrió muchos quebrantos en la postrema guerra de la Independencia, y desde entonces decayó en términos que no ha logrado reponerse en su antiguo estado.



En 1870,
a los cuarenta
años de edad,
doña Isabel II
era una dama
de enorme volumen.
En la fotografía,
ya tomada
durante
su destierro
en Francia,
aparece
con el futuro
Alfonso XII,
cuando éste
se disponía
a ingresar
en el colegio
Teresianum,
de Viena.

AÑO 1871

En 1871, nació el hijo más ilustre de Alcorcón, don VICTORIANO GOMEZ SERRANO. Con heroico espíritu de sacrificio y notable aprovechamiento, estudió la carrera eclesiástica en el seminario conciliar de Madrid. En el último curso de Teología, ingresó en el clero castrense y cantó misa destinado en Algeciras.

Muy pronto abandonó el Ejército y se incorporó al claustro de profesores del seminario. Inició su labor docente ocupando la cátedra de Ciencias Naturales. Bajo su gestión se adquirieron varios ejemplares de aves americanas y moluscos de las costas, verificándose magistrales ensayos de disección y una esmerada clasificación de minerales. También introdujo la Fiesta del Arbol.

De esta cátedra pasó a la de Metafísica, y finalmente a una de las de Teología, que simultaneó con la rectoría de la parroquia de San José. En este período fue designado para obispo, pero renunció a tal nombramiento.

En 1936, le detuvo el gobierno comunista hasta que doña María Lejárraga, autora de «Canción de Cuñas» y mujer influyente en el área republicana, le liberó, siendo trasladado a la Embajada de Argentina, donde salvó la vida. En poco tiempo, conoció las cárceles de Alcorcón, la Modelo y la de Ventas, de Madrid, en compañía de otros paisanos suyos.

Como el templo y la ermita sufrieron, durante el dominio rojo gravísimos despojos, gracias a él se recuperaron pronto.

Murió en 1941, y fue enterrado en el presbiterio de la ermita de la Virgen de los Remedios, cuya imagen es donativo suyo al pueblo.

Hablando de su labor, escribió de él don Luis Vindel, que fue alumno suyo: ... «Formó discípulos aptos para el raciocinio, facilitó los conocimientos precisos para lograr párrocos de aldea, que llevaran mejoras a la agricultura de sus feligresías, y condujo por la senda de la virtud a quienes la Providencia le encomendara».

Solamente a nuestra revista ALCORCON-Gráfico cupo el honor de hacerse eco del primer centenario de su nacimiento en septiembre de 1971.

ANECDOTA

He aquí una anécdota de la infancia de don Victoriano, que nos revela su carácter y cualidades:

Explicaba la cátedra de Matemáticas en el seminario conciliar de Madrid el que no tardaría en ser nombrado auditor de la Rota, don Manuel López de Anaya.

Los discípulos escuchaban atentamente intentando comprender algo. Sin embargo, el profesor, abismado en su laboriosa e intrincada exposición, no advertía el alejamiento mental que existía entre él y los presentes. Al finalizar, quiso comprobar hasta qué punto su disertación había sido asimilada. Preguntó al azar a uno y no contestó nada; luego, a otro, y tampoco; a los más avocajados, y su decepción fue total.

—Vaya —añadió con un gesto de resignada sorpresa—. Cuando yo juzgué que mejor me había explicado aunque es verdad que es difícil el tema, resulta que vosotros os habéis quedado más «tamquam tábula rasa».

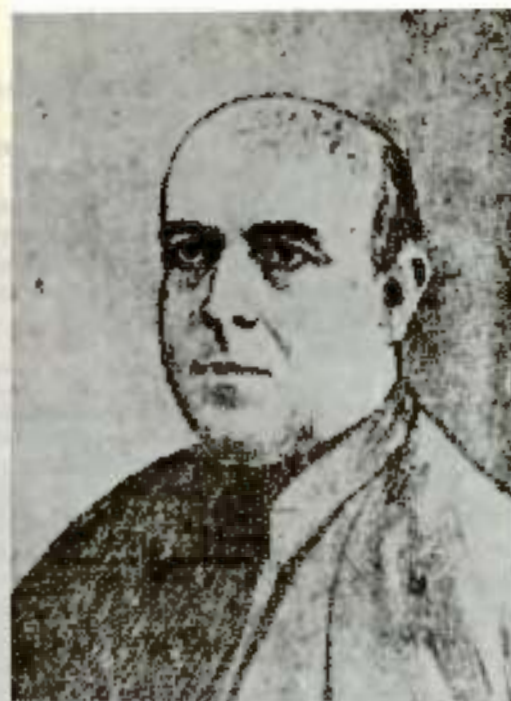
Entonces se incorporó un muchacho de aspecto vulgar y habló:

—Yo sí creo haber entendido cuanto usted ha dicho.

En el rostro del sabio profesor se dibujó una nueva expresión de asombro.

—Bien, veamos —repuso con incredulidad.

Victoriano, que así se llama nuestro alumno, con sencillez, sin arrogancia, salió del pupitre hacia la pizarra, tomó la tiza y repitió punto por punto cuanto acababa de escuchar.



E.M. J. Rvdo. señor don Victoriano Gómez Serrano y la casa en que nació



—Perfectamente. Te puedes sentar. —Concluyó don Manuel, quedando prendado del seminarista.

Momentos más tarde comentó lo sucedido con el rector y superiores, quienes a la vez le refirieron:

—Sí, ese chico, Victoriano Gómez Serrano, es un poco tímido, pero muy formal y aplicado. No parece lo que es. Este joven tiene el pobre de admirable que, para asistir a clases, se recorre a pie, cada día, los trece kilómetros que separan su pueblo de Madrid.

—¿De qué pueblo es?

—De ALCORCON.

—Pertenece a una familia muy humilde y no pueden sufragarle la pensión. Su vocación está bien puesta a prueba. Con toda seguridad que alcanzará la meta.

A partir de aquel día, con la valiosa protección de tan digno epaminondas, el muchacho de Alcorcón vivió interno en el seminario hasta que finalizó los estudios de teología.

Y lo que, probablemente, en aquella ocasión al menos, ignoraran aquellos señores, es que Victoriano recurría a pie, pero a pie desnudo, descalzo, la distancia de Alcorcón a la capital, llevando con los libros en la mano los calcetines y alpargatas, que calzaba antes de entrar en el seminario.

Ayuntamiento. Construido en 1884



He aquí cómo se expresó don Fernando Carlos Beinz de Robles en su bellísima «Crónica y guía de la provincia de Madrid» sobre el conjunto que coronó la fábrica del Ayuntamiento de 1884: «ALCORCON. TORRE DEL AYUNTAMIENTO. —Que es lo único que en este edificio tiene alguna curiosidad. Y el caso es que ese reloj y esa campana con el badajo exterior, y ese marquito de hierro en forma de portada de ornato, y esa velata con banderín y gallo... son de lo más corriente y moliente. Pero, vean ustedes, así reunidos consiguen un conjunto en verdad sugestivo y, sobre todo, provocador por su incongruencia.»

AÑO 1884

Como quiera que el edificio del Ayuntamiento anterior, amenazaba ruina y era de tosca contextura, en su lugar se construyó otro más digno. El material empleado fue el ladrillo, cubierta de madera y tejas del país. Contaba de dos plantas, de las que la superior albergaba la administración civil y jurídica del pueblo, y la inferior se destinó a escuela de niños.

Se inauguró el 15 de mayo de 1884. Era el alcalde don Francisco Pontes, y regidores, don Francisco Cámara, don Manuel Montero, don Carlos Plato, don Alejandro Gómez y don Anselmo Chicote. Posteriormente, sobre su fachada se instaló el reloj de la villa. Fue en 1892. Y así permaneció, hasta que, en 1972, fue derruido, para dar paso, a su vez, al nuevo.



ALCORCON EN 1888

Este año se publicó una nueva obra sobre los pueblos de esta provincia. La escribió Andrés María Pérez, y su título es «Guía de Madrid y su provincia». Sobre Alcorcón cuenta lo que sigue:

«Alcorcón: Sobre un elevado cerro, desde el que se dominan las villas inmediatas, está este pueblo.

Tiene grande y extenso horizonte racional, despejado cielo y benigno clima, expuesto sólo a reumas, catarros y demás enfermedades estacionales. Azótalo toda clase de vientos, y especialmente los del Norte y Oeste, que soplan con más frecuencia y mayor intensidad en invierno.

Confina su territorio, por el Norte, con los términos de Boadilla y Villaviciosa de Odón; por el Sur, con el de Fuenlabrada; por el Este, el de Leganés, y por el Oeste el de Móstoles.

Tiene esta villa tres fuentes de buenas aguas: a la entrada del pueblo; una, que es de la que se surte el vecindario; otra, más abundante, en las inmediaciones de la huerta de Móstoles, y otra, llamada La Canaleja, a la derecha del camino de Madrid, de excelentes y abundantes aguas potables.

Este pueblo es del último tercio de la Reconquista, según afirman los ancianos naturales, y justifican sus antiguas y toscas construcciones. Comenzó por la antiquísima y célebre fábrica de lozas y unas cuantas casucas construidas en sus inmediaciones para albergue de los fabricantes y jornaleros.

Era tal la cantidad de «alcor» que se gastaba a diario que los habitantes se llamaban alcoreros y denominaron al pueblo Alcorcón.

Aseguran otros que Alcorcón viene de la palabra árabe «alcor».

Tiene ciento cincuenta y ocho vecinos y seiscientos veintitrés habitantes, que viven en casas de tierra y yeso, un solo piso y escasas comodidades, agrupadas en cuatro calles y una plaza bastante regular.

Distá trece kilómetros de Getafe y ocho de la capital. Comunícase con Getafe por caballería y con Madrid por los coches que pasan por este pueblo de Badajoz

Madrid, recogiendo viajeros de la corte a 1,50 pesetas. La administración de estos carruajes reside en Madrid, calle Cava Baja, y lleva el nombre de Madrid a Navalcarnero.

Todos los habitantes son católicos y su iglesia bajo la advocación de Santa María la Blanca. Tiene una ermita a la Virgen de los Remedios en regular estado, en cuya capilla se celebra con gran entusiasmo la fiesta de su titular.

Canónicamente tiene cuatro hermandades.

El curato es de segundo ascenso, se provee en concurso, tiene asignadas 1.375 pesetas para el clero y 630 para el culto, con una preciosa casa rectoral y hermoso jardín.

A quinientos metros del pueblo está el cementerio, de forma cuadrada, ciento cuarenta metros de superficie. El enterrador lleva una peseta y 1,50 por la apertura y cierre de sepultura mayor y menor.

Tiene dos escuelas elementales completas, una de cada sexo, y ambas de medianas condiciones higiénico-pedagógicas. Asisten treinta alumnos niños y treinta y dos niñas.

Desempeña la Beneficencia un distinguido médico, que percibe 999 pesetas anuales. Las iguales de los ricos son de 4,50 pesetas al año por individuo.

El Ayuntamiento es de siete concejales.

El presupuesto de esta villa en el ejercicio económico de 1887-88 es de 11.596 pesetas ingresos e igual de gastos.

El secretario cobra 875 pesetas; el alguacil, 124, y el guarda, 50 pesetas.

No hay más que una posada mala, donde llevan al viajero 2,50 por un mediano dormitorio y parva comida.

Mide el término municipal 3.326 h., 56 a. y 25 c. De cereales son 2.812-88-43; de vid, 124-70-85, y 14-20-13, de prados.

Tiene ochenta y cuatro mulas, doscientas setenta ovejas y treinta cerdos.

Y hasta aquí cuanto hemos hallado escrito sobre el devenir de Alcorcón en el siglo XIX, lo cual no será obstáculo para que, aún dentro de la última década, contemplemos la inauguración del paso del tren por este término y la presencia de algunos alcorconeros en las guerras de Cuba y Puerto Rico y entre los «últimos» de Filipinas.

VIENE EL TREN

Año 1890. Gobernaba los destinos de España la prudente doña María Cristina de Austria. Su esposo, Alfonso XII, había muerto en 1885 y su hijo, Alfonso XIII, sólo contaba cuatro años. Pues bien, en 1890 se abrió al público de Alcorcón la estación asignada al municipio al tenderse por su demarcación los raíles de la vía estrecha que unieron en esa fecha Madrid con Navalcarnero.

Dicha estación estaba constituida por un sólo edificio de estructura modesta y utilitaria, a tono con el reducido movimiento de mercancías y personal que iba a tener. Se hallaba ubicada cerca del kilómetro 14 de la carretera de Extremadura.

En 1814, Jorge Stephenson construyó la primera locomotora a vapor en Inglaterra; y en 1826, se le concedió permiso para proyectar la línea entre Liverpool y Manchester. Aquella locomotora arrastró un tren con treinta personas, a una velocidad de cuarenta a cuarenta y ocho kilómetros por hora.

La introducción del ferrocarril en España fue tardía, pues la primera concesión, la del ferrocarril Madrid-Aranjuez, es del año 1843, y la primera vía férrea inaugurada, la de Barcelona a Mataró, de 1848. La construcción de líneas férreas tomó pronto gran impulso, atravesando las zonas más ricas y pobladas de la geografía española.

Y en 1890, como acabamos de anotar, entró en servicio la estación de Alcorcón.

Una curiosidad digna de subrayarse respecto a este lugar es la de haber sido elegido como escenario para ciertas secuencias, por los directores de películas, filmadas en las cercanías de Madrid.



Alfonso XII

Doña María Cristina

EN CUBA

Año 1898. Pese a la rectitud y honestidad de la Regente, España es presa de los partidos políticos turnantes que, con su parlamentarismo corrompido, preparan la tragedia del 98.

Un negocio escandaloso, reflejo de la inmoralidad de la época, fue el de la construcción de la escuadra, de acuerdo con el proyecto confeccionado por el gobierno de Sagasta.

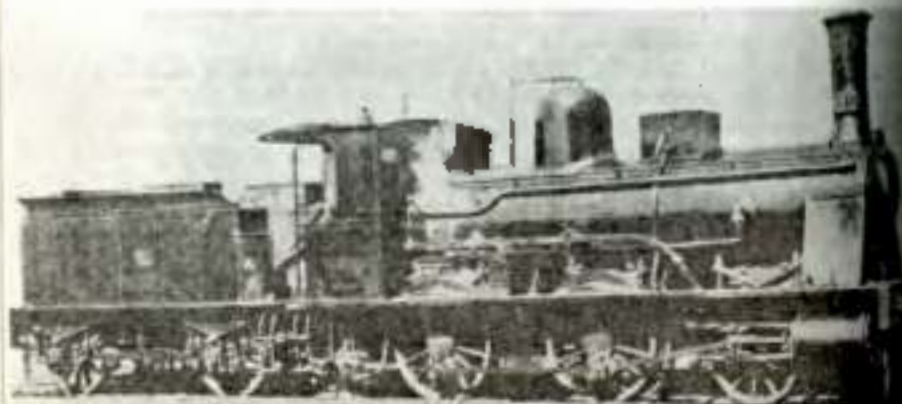
Dice Fabié: «Se gastaron mil millones de pesetas, en fabricar media docena de barcos malísimos, que perecieron al primer cañonazo de la flota enemiga».

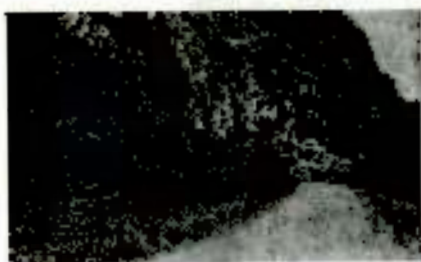
La negligencia de los políticos liberales de la metrópoli habían abandonado demasiado las guarniciones de nuestras pocas colonias.

En abril de 1897, había enviado España a Cuba doscientos mil hombres e iban gastados ya, en veinticinco meses, mil millones de pesetas y todo esto sin contar las partidas que dirigía a las lejanísimas Filipinas. Entre esta juventud, Alcorcón mandó seis de sus mozos, de cinco de los cuales vamos a dejar aquí sus nombres, gracias a la información que nos presta don Mariano Lejárraga, que, por aquel entonces, contaba quince años.

A Cuba marcharon Enrique Alvarado, Cecilio Aparicio y Román Jerez, y a Filipinas, Demetrio Díaz, Valentín Aparicio, hermano de Cecilio y un tercero que murió allí.

De Cecilio, se refiere que fue detenido en una emboscada, con un grupo reducido de españoles y que, conducido por la carretera de Vinaboa a Puerto Esperanza, durante la noche, valiéndose de cierta estratagema, se





Cuba. Carretera de Viñaboa a
Puerto Esperanza

arrojó por la pendiente y protegido por las tinieblas, escapó con vida, aunque fuera dado por muerto.

Caminando al azar, fue a parar a una plantación de caña de azúcar y ananaes, que pertenecía a un español de Carabanchel Alto. Este había embarcado para allá con la expedición, que acabó con la llamada «guerra chiquita», de 1879 a 1880. Mas experimentó en ella tantos horrores, sufrimientos y miserias que desertó del ejército y, tras múltiples contratiempos, contrajo matrimonio con la hija del propietario de la plantación, que ya había heredado. El de Carabanchel acogió al alcorconero como a un hermano y le dio todo cuanto creyó que necesitaba. Aquel encuentro fue para él un milagro, que le inundó de emocionados y felices recuerdos de infancia.

El alcorconero Cecilio Aparicio, desde la hacienda del de Carabanchel, cerca de Puerto Esperanza, seguía con inquietud las alternativas de la insurrección cubana. Allí supo la noticia de la entrada de Estados Unidos en guerra contra España. Allí supo el desastre y heroísmo de la escuadra española que, bombardeada por la omnipotente de Norteamérica, con sus barcos ardiendo y disparando los cañones, se lanzó a toda máquina a estrecharse con tra la costa, para no ser capturada. Esto sucedía a primeros de junio de 1898. Y cuando se enteró de que, por un Tratado de París, el 10 de diciembre España perdía definitivamente sus últimas posesiones, lloró de coraje y todo su afán fue regresar a la patria. La vida en Cuba sería para él ya un suplicio.

La guerra de Cuba y Puerto Rico había costado a España cuatro mil millones de pesetas y miles de muertos.

El de Carabanchel, igualmente conmovido, le recomendó a otros dos españoles, un gallego y un zamorano,

para que le facilitaran la salida. Estos servían en una compañía naviera de Maracaibo (Venezuela), transportando mercancías por los puertos de diversos países del continente. Con ellos bregó durante unos meses por aquellas costas. Hallándose en Veracruz (Méjico), vio un barco que iba a zarpar para España y en él retornó.

Llegó a Alcorcón un día de finales de agosto de 1899, a las nueve de la noche. Las pacíficas gentes «tomaban el fresco» sentados ante las puertas de las viviendas en familiar tertulia, como ha sido o es costumbre de los pueblos de la península. Cuando Cecilio se acercó a saludar a los primeros vecinos, que habitaban a la entrada del pueblo, éstos, tras mirarle al principio como un forastero, al querer reconocerle, enmudecieron. El asombro más espantoso se apoderó de ellos.

¿Era posible que aquél fuera el cadáver de Cecilio? Si todos los que marcharon a Cuba y Filipinas y no murieron habían vuelto a su tiempo todos juntos, ¿por qué ahora viene éste solo, si todos afirman que murió? ¿Sería un fantasma? ¿Sería el bandido de Vallecas que iba a tenderles un ardido?

Y a medida que Cecilio se esforzaba por demostrar que era precisamente él y narraba cómo salvó la vida, arrojándose por un precipicio de la carretera de Viñaboa a Puerto Esperanza y otras aventuras, el terror se fue desheliendo hasta llegar a sentirse envuelto en la mirada de cariño y admiración con que ahora le correspondían sus añorados paisanos. Ellos le contaron que habiendo sido dado por muerto se habían celebrado funerales por él y su familia le guardaba luto riguroso todavía. En el interin, una mocita se retiró de la reunión y divulgó la novedad, que corrió como un escalofrío por las cuatro calles de la aldea, levantando en vilo a todo el vecindario.

Ante la puerta abandonaron aquellas personas sus sillas y rodeándole le acompañaron a casa de sus padres. Al grupo se fueron sumando todos aquellos otros, ante cuyas puertas pasaban, y cuál no sería la sorpresa cuando al girar una de las calles descubren al pueblo en masa que al lado de su familia vienen a recibirle...

¡Qué noche aquella de alegrías y llantos, de emociones y recuerdos!...



«Filipino», por Antonio García Llamas



Belleza Filipina, ante los catenidos de Minulugang Taklak

EN FILIPINAS

De los que embarcaron para Filipinas, sólo conocemos algunas peripecias de Demetrio Díaz Martín, que ha sido el último en fallecer. Concretamente, en diciembre de 1968.

Simultáneamente al levantamiento de nuestras islas del Caribe surge el de Filipinas, que logra independizarse cuando el poderío de Norteamérica, igualmente se alía con ellas, consiguiéndolo por el Tratado de París a que antes hemos aludido.

Las Filipinas están constituidas por siete mil ochenta y tres islas, de las cuales exclusivamente tienen nombre dos mil cuatrocientas cuarenta y una, careciendo de él las demás.

Demetrio partió a prestar el servicio militar en 1897 y muy pronto, con otros dos paisanos suyos, fue destinado a Filipinas. La noticia produjo en la familia el duelo general que ya se había abatido sobre otras. Y como único consuelo, el mozo se llevó una estampa de la Virgen de los Remedios que le regaló una tía suya para que le amparase.

Y no tardó en experimentar la protección de su excelsa Patrona. Según navegaba el Ejército rumbo a Filipinas, mientras la mayoría de los soldados se mareó, él permaneció incólume. Se le ocurrió comentar que él se lo debía a la estampa de la Virgen de su pueblo que llevaba, y pronto desapareció, adquiriéndola gracias a la incesante búsqueda que emprendió al instante.

A últimos de marzo de 1897 desembarcaron. Había durado la travesía cuarenta días. Se batió en varios frentes con los nativos y en junio cayó prisionero. Su primera, larguísima y muy triste cárcel fue el fuerte de Balet. En ella saboreó todas las amarguras que provoca una guerra y rezó a la Virgen de los Remedios con más fervor que nunca. Con qué intensa nostalgia y sentimiento recordaba entonces la patria chica y los seres queridos que allá dejó.

El 8 de septiembre de 1898 para la familia de Demetrio acaeció en Alcorcón algo horrorosamente torturante. Entre quienes acudieron a las fiestas de este año hubo un vendedor de coplas de Madrid. Este se situó en la puerta de la iglesia a la hora en que los alcorconeros iban a la misa solemne y allí, a voz en grito, pregonó su mercancía:

—¿Quién me compra las últimas coplas que han salido en la villa del oso y del madroño? ¿Quién quiere saber la última hazafia del bandido de Vallecas? ¿Quién quiere leer la degollina de los prisioneros de Filipinas?

Al templo caminaban también la madre de Demetrio y sus hermanas con el corazón puesto en el hijo y el hermano ausente. Cuando escucharon esa frase de «la degollina de los prisioneros de Filipinas», cien cuchillos que las hubiesen clavado les hubieran herido menos. Su desolación fue inmensa y prorrumpieron en inconsolable llanto. Otros parientes se solidarizaron con esta familia y, en gran parte, el entusiasmo de la fiesta quedó nublado. Por eso la madre prometió a la celestial Patrona que si su hijo volvía sano la honraria con la fiesta más grandiosa que se hubiese celebrado nunca.

Entretanto las autoridades filipinas habían suavizado el cautiverio de los españoles, destinándoles al servicio de casas particulares. Demetrio pasó a la de un rico de Manila y en ella fue considerado como un miembro

más de la misma. La hija de aquel señor le enseñó su idioma, el tagalo, y llegó a enamorarse de él. En esta situación transcurrió poco tiempo, pero el preciso para reponerse lo suficiente, cuando sonó la hora del fin de la guerra.

Todos los soldados españoles debían partir para su patria. Aquella despedida del alcorconero fue muy dolorosa. Se había aclimatado últimamente muy bien y ahora profesaba un cariño entrañable a aquella familia, que al despedirse le vistió con las mejores ropas de la tierra y le preparó, para la travesía, un paquete con los alimentos más exquisitos que pudieron proporcionarle. El, muy agradecido, les dejó la joya más preciada de su corazón. Era la vieja estampa de su Virgen de los Remedios. Y el 8 de septiembre de 1899 se celebró la mejor fiesta del siglo XIX en Alcorcón.

VIENEN LOS REYES

Alfonso XIII aparece en el panorama de la historia española. Nació en 1896. Fue proclamado rey el mismo día de su nacimiento, estando el trono bajo la tutela de su madre, doña María Cristina, hasta que fue declarado mayor de edad a los dieciséis años. Era el año 1912.

Hay quien afirma que en esta fecha la duquesa de Medina Sidonia, hija del que lo mandó construir, regaló a don Alfonso el chalet de la Venta de la Rubia, permaneciendo la finca en su propiedad, motivo por el cual el rey empieza a visitar la jurisdicción de Alcorcón. No obstante, sólo habrá de frecuentarla después de su casamiento con la princesa inglesa Victoria Eugenia de Battenberg, cuatro años después.

Una de las diversiones predilectas de la joven reina era la caza. Pero más que correr las liebres, cuya abundancia por estos parajes es notoria, ella prefería el acoso de gamos, ciervos y zorras. De su gusto participaron otros muchos aristócratas, y con tal fin se trasladaban de los montes de El Pardo y otros lugares a la Venta estos cuadrúpedos, que, en monterías en toda regla y a caballo, se batían luego hasta por los montes de Boadilla, una vez que se los soltaba en la Venta.

La vida palatina y oficial, cargada de preocupaciones y trabajos, impone de vez en cuando escapadas a algún oasis campestre. Y este oasis era una posesión de Alcorcón, era la Venta de la Rubia. El aire libre parece despejar el pensamiento, y galopar o pasear por el campo abiertamente tonifica a la vez el organismo y el espíritu.

Cuando la cacería termina vienen los comentarios. Todos tienen alguna novedad que referir. Surge el chiste y la agudeza. Y se baila. Se baila ante la fachada del chalet. En el escenario, en lugar de los tapices de palacio hay árboles. En lugar de losas brillantes, tierra... Y en lugar de la solemne orquesta, alegra el ambiente el organillo que ha traído de su pueblo, Getafe, en un carrito tirado por un burro, el tío Pimienta.

Todos los demás servidores de la Venta eran de Alcorcón y, por lo mismo, fueron numerosos los vecinos a quienes cupo el alto honor de tratar con tan distinguidos personajes.

En una de estas gozosas tertulias, en 1919, en arrogante apuesta, el rey arriesgó la Venta contra cinco duros y, por cierto, la perdió, aunque no por eso dejó de visitarla con la asiduidad de siempre.

Duraron poco tiempo las regias excursiones a la Venta de la Rubia. En mayo de 1912 se casaron los reyes y a primeros de noviembre el fuego prendió en los muebles y vigas del chalet.

La humareda del incendio se advirtió en Alcorcón y allá corrieron todos los vecinos. En seguida acudieron igualmente, los soldados de Artillería de Cuatro Vientos. Los mandaba el marqués de Valderas, título de prestigio en la aristocracia, a la sazón coronel del Regimiento. Y pronto quedó sofocado.

El año 1912 es el año en que Franco recibe orden de incorporarse al Regimiento Africa 68, es ascendido a primer teniente por méritos de guerra en la campaña de Kert, y recibe su primera medalla militar. Este año fue asesinado en la Puerta del Sol de Madrid el presidente del Consejo de Ministros, don José Canalejas Méndez. Siguen las acciones bélicas en Marruecos y es en 1913 cuando España emplea, por primera vez en la historia universal, la aviación como arma de guerra.

En 1916 se restaura el chalet de la Venta, a instancias de la Sociedad de Caza, que presidía el duque de Ferrán Núñez, presidencia que pasó a ocupar después don Alfonso. Se reanudan las cacerías y acosos. La finca recupera el ambiente alegre y reconfortante de antaño. Pero así y todo, hasta la Venta llegan los ecos de la guerra, la pri-



mera guerra europea, la que está ensangrentando a Europa y la de Africa, en que está empeñada España.

En la fotografía que publicamos de los reyes ante el chalet, hay una actitud pensativa. Una actitud que no tiene nada que ver, seguramente con la marcha de la jornada. Tal vez es la noticia que alguien ha traído de que dos mozos de Alcorcón, combatientes en Marruecos, han muerto. Se llamaban Agapito Burgos y Demetrio Burgos, ambos primos. Los dos únicos soldados que entonces tenía Alcorcón por aquellas tierras, y a los que pronto reemplazarían otros, aunque con mejor fortuna.

Y en las mismas características se conserva perfectamente el chalet hasta la caída de la monarquía en abril de 1931.

En la finca se sembraron, en tiempos, cereales, pero principalmente centeno y algarrobas. También se plantó una viña, cuyos racimos se pisaban en la bodega que existía allí mismo y en la que se elaboraron exquisitos vinos moscateles. Pero esto se abandonó para sembrarlo de jaramas que sirvieran al fomento de la caza.

Don Manuel Blanco Pachón, natural y vecino de Alcorcón y administrador de la Venta la Rubia, parte a la cacería rodeado de perros y seguido de la reina, los infantes y el duque de Tornos





Con la simple ayuda de un trozo de caña se rematan los bordes.
La industria tradicional de Alcorcón, la alfarería, desaparecida en 1968

LAS PRIMERAS FUENTES DE ALCORCÓN

En las «Relaciones de Felipe II», de 1576, se lee que Alcorcón es un lugar «falto de aguas, porque en él hay pocos pozos, y una fuente de la que beben tiene poca agua, aunque buenas».

Las «Descripciones de Lorenzana», en 1786, nos participan que «hay una fuente inmediata al lugar, camino de Torrejón, que da poca agua, pero de donde se surten los vecinos pobres «a costillas». Otra está hacia la huerta de Móstoles y la Canaleja a la derecha del camino real de Madrid es abundantísima, de excelente calidad, se origina al pie de una peña y no se agota».

Estos datos los volverán a repetir cuantos habían de escribir algo sobre Alcorcón en el siglo pasado. En el presente no se anota nada al respecto hasta 1956.

Y, sin embargo, en 1903 es cuando se realiza la primera traida de agua. Viene conducida por una tubería de hierro y procede del manantial situado en el campo de tiro, entre la Venta de la Rubia y el ventorro del Cano, huyendo aquí por la «fuente vieja», levantada en las afueras del pueblo, por donde, hoy, discurre el paseo Castilla y hace esquina con la avenida de Portugal.

Como se puede apreciar en la ilustración, es de piedra de granito, con traza sencilla y funcional, rematada en una farola de un solo brazo. En el frente se colocó una lápida de mármol, en la que se halla grabada la siguiente inscripción:



La fuente vieja

Fuente de la plaza de los Caídos

Fuente de la plaza de España o del Ayuntamiento



«SE INSTALO - ESTA FUENTE - EN 1903 - SIENDO ALCALDE - RICARDO MONTERO PACHON - Y CONCEJALES - CLEMENTE GONZALEZ - MANUEL MONTERO - ENRIQUE GOMEZ - BRAULIO ALVARADO - PABLO GOMEZ - BLAS TALAVERA - SECRETARIO - EMILIO CAZORLA - ALGUACIL - ANTONIO CALDERON».

Debajo del único caño que tiene existe un pedestal para apoyar el cántaro. En la parte posterior, anexionado al basamento, hay un pillón que sirvió de abrevadero a los ganados del pueblo. Y a unos cinco metros se dispuso, igualmente en piedra de granito, el lavadero que, en tiempos de la Dictadura, quedó dentro de la nave que se edificó para proteger a las lavanderas de la intemperie. Esta nave, al presente, se ha convertido en dos aulas escolares.

Ciertamente, la inauguración de este simplicísimo complejo debió constituir un acontecimiento, pues las comodidades que se ofrecían con este motivo a mujeres, labradores y pastores eran inmensas.

Esta fuente no ha cesado de correr hasta el día 1 de septiembre de 1973, en que por precauciones sanitarias se clausuró. Esta medida produjo honda conmoción entre los nativos. Se temieron que, como otras reliquias del antiguo Alcorcón, fuera demolida, y así han manifestado la veneración que sienten por ella.

Nosotros nos hacemos eco de su preocupación y rogamos a las autoridades, que rigen los destinos del pueblo, que garanticen su permanencia donde está y como está. De lo contrario, no creemos que se lo perdone el futuro.

En 1935 se construyeron las fuentes de las plazas de los Caídos y de la del Ayuntamiento. Era alcalde don Mariano Lejárraga. La primera la levantó Luciano Jerez, «El Hacha», y la segunda, Manuel García, «Maera», ambos, albañiles del pueblo. El material empleado fue el ladrillo y el cemento. Estas fuentes se surtían del agua de la Canaleja. La de la plaza de los Caídos se desmontó en octubre de 1971, para sustituirla por otra de carácter ornamental, y la del Ayuntamiento, en enero de 1974.

Ultimamente, en 1956, en el Diccionario Geográfico

que edita Prensa Gráfica, se escribió: «Hay infinidad de pozos artesanos que se utilizan para el riego de las huertas, muy fértiles. También existe una charca que se llama Polvoranes, en la que se crían en abundancia patos silvestres».

Y ya que hablamos de fuentes y manantiales, he aquí los nombres de los principales que han abastecido a las gentes de Alcorcón y a sus ganados: Fuente de la Solana, Valdepolo, el Fontarrón, el Baño, la Arboleda, Cazadores, Carreras, Palancano, el Sapo, el Palomar, la de la Princesa, la de la Vía Blanca, la de don Pedro Torres en el barranco de las viñas, el pozo del Tío Turra y el Quince.

En torno a la fuente de la Princesa fue tradición que se reuniera la mocedad de Alcorcón para celebrar allí, en un clima bucólico, la Cruz de Mayo el día 3 de dicho mes. Esta fiesta se suspendió en los primeros años de la década de los sesenta.



LOS MARQUESSES DE VALDERAS

En los primeros años del siglo estuvo destinado en el regimiento de Artillería de esta zona, con la graduación de capitán, don José Sanchiz de Quesada. Este ilustre señor, marqués del Vasto, conde de Piedrabuena y Villaminaya, maestrante de Sevilla, clauero de la Orden de Montesa, etcétera, estaba desposado con la excelentísima señora doña Isabel Arróspide y Alvarez, tercera MARQUESA DE VALDERAS, por lo que se le conoció, al menos aquí, por el señor marqués de Valderas.

El marquesado de Valderas fue concedido al abuelo de doña Isabel, el cual era hijo de don Antonio Alvarez Yáñez, gentilhombre de Cámara con ejercicio de Fernando VII, y de doña María Javiera Alonso y Cantón, natural de Valderas, pueblo de cereales y viñas con unos 3.500 habitantes, en la provincia de León. El primer marqués de Valderas ocupó altos cargos en el gobierno y administración del país, llegando a ser secretario de Isabel II, igualmente se hizo digno de numerosas cruces y condecoraciones, a todo lo cual la reina vino a sumar el título de MARQUES DE VALDERAS.

Para tener a la familia junto a sí, don José Sanchiz optó por comprar las fincas próximas al regimiento en que se hallaba destacado, y en ellas levantar una mansión digna de su aristocrático rango. Con este objeto adquirió cuantas tierras se le ofrecieron. De ellas, la más extensa era la de un hombre apellidado Cuervo, por lo que se denominó a todo el conjunto finca de Valdecuervo, y en el solar en que tal señor tuvo su residencia, al



Portada del castillo principal; abajo, las fachadas este y sur del mismo castillo, y, en la página siguiente, la fachada posterior



«Hotel del Cuervos», el marqués de Valderas mandó construir los castillos o palacios.

Los planos y estudios de los mismos se encomendaron al distinguido arquitecto don Luis Sainz de los Terreros, y en 1917 se inauguró el castillo o palacio principal, de estilo sajón. Al lado de éste surgió otro, cuadrado, en el que se instaló el oratorio particular bajo el patrocinio de San José, y a cierta distancia de la fachada posterior, un tercer edificio para alojamiento de la servidumbre.

Por estos castillos o palacios campestres desfilaron personajes de la más alta alcurnia. Los reyes, el general Primero de Rivera, el infante don Carlos, abuelo materno del Rey don Juan Carlos I, y muchos más. El día en que mayor número de personalidades se congregó por estos contornos fue el día en que contrajo matrimonio en el oratorio de San José el marqués de Siete Iglesias, don Antonio de Vargas Zúñiga y Montero de Espinosa, con la segunda hija de los marqueses de Valderas, excelentísima señora, doña María Milagros, en 1927. A tan memorable efemérides, don José Sánchez tuvo la gentileza de invitar, a la par, a todo el vecindario de Alcorcón.

Sobre las características y estilo de cada uno de estos grandiosos edificios nos abstenemos de hablar, pues consideramos suficientemente elocuentes las fotografías que publicamos. Lástima que el estado actual de ellos, algo

ruinoso y rodeados de una cerca, no haya permitido ingresar una imagen más nítida y perfecta.

Otro caserío de la finca del marqués de Valderas se hallaba en el camino de Alcorcón a Carabanchel. Se llamó quinta de San José, habilitándose para los aperos de labranza, cuadras de yuntas y establos del ganado. Próxima a ella estaba la Quinta de Carabanchel, donde vivió algún tiempo la emperatriz de los franceses, Eugenia de Montijo, con quien unía a los de Valderas una cordial amistad. La emperatriz falleció en 1920.

Junto a la carretera general de Madrid, respetando en el ángulo derecho de la fachada principal la antigua y tosca fábrica del ventorro del Cuervo, anexionó a éste las amplias instalaciones que acomodó para cuadras de caballos de carreras. Pero este inmueble lo vendió el marqués ya antes de la guerra, con destino a la industria de curtidos.

EL EXCELENTISIMO SEÑOR MARQUES DE VALDERAS FUE NOMBRADO HIJO ADOPTIVO DE ALCORCON Y ALCALDE HONORARIO PERPETUO

Aparte de que la nueva posesión se había convertido en otra fuente de ingresos para el muy empobrecido vecindario de Alcorcón, don José Sánchez de Quesada, el propietario, por su influencia y por su riqueza, pasa a ser el más ilustre bienhechor de la población.

Siempre tuvo un donativo generoso para las familias pobres y enfermas, por quienes intercedía el celo del párroco. A todas las parejas que se casaban solía regalarles el armario de la alcoba. Los primeros equipos de fútbol los subvencionó él. Y, aparte de otros favores de poca monta, según requerían las circunstancias, financió la instalación eléctrica en el pueblo, que se trajo en 1918, dato éste que le premió el Ayuntamiento, acordando por unanimidad nombrarle Hijo Adoptivo y Alcalde Honorario Perpetuo de Alcorcón. En 1925 contribuyó económicamente a la construcción de las dos aulas escolares que se levantaron. Y en 1935, siendo alcalde don Mariano Lejarraga Blanco, entregó al Ayuntamiento los terrenos precisos para la conducción del agua potable, procedente



del manantial de la Canaleja, hasta las fuentes que se erigirían a continuación en las plazas de España y de los Caídos.

Al iniciarse el glorioso Alzamiento Nacional, el 18 de julio de 1936, los castillos y demás edificios quedaron abandonados.

Pero una vez liberadas estas tierras por las tropas nacionales, el 4 de noviembre de 1936, quedó establecido en el castillo principal el cuartel general de primera línea. En el del oratorio se montó una emisora, que transmitía a la zona liberada partes de guerra y crónicas de los frentes. Esta emisora estuvo dirigida por Gregorio Marañón, hijo del célebre médico.

Tras la victoria final, pasó a manos de su legítima heredera, excelentísima señora doña María Jacinta Sánchez Arróspide, la finca de Valdecuervo, con todos sus inmuebles, quien la vendió en 1958, para la construcción en ella de la inmensa colonia de SAN JOSE DE VALDERAS.



Fachada de la cuadra de caballos del marqués de Valderas. al fondo, dentro del círculo, estaba el ventorro del Cuervo



ALCORCON Y LA GUERRA DE AFRICA

Por ofensas inferidas al pabellón español, desembarcó en Marruecos, en 1859, un ejército mandado por el general O'Donnell. Sus victorias fueron constantes hasta que en 1860 se firma la paz, por la que concede el Imperio marroquí a España (que ya poseía Ceuta y Melilla) una extensión de territorio y una fuerte indemnización de guerra.

En octubre de 1893, los rifeños inician una acción belicosa contra Melilla. Pero vuelven a ser derrotados.

En 1908 marcharon a la guerra de Africa los mozos de Alcorcón Jesús Vergara y Pedro Martín. En 1909 fueron destinados allí Enrique García y Víctor Vergara, que en el frente del célebre Gurugú tuvo el honor de prestar los primeros auxilios al general Primo de Rivera que, a su lado, cayó herido. En 1910 fue Anselmo Chicote

Y en 1910 España ocupa Tetuán, Alcazarquivir, Arcila y Larache. Francia tomó otras plazas.

En 1919 inició Abd-el-Krím una sublevación que trajo en jaque al Ejército español hasta que aquél fue vencido definitivamente en 1926. Esta nueva rebelión urgió la presencia de numerosos efectivos españoles en Africa, y, entre las nuevas fuerzas, fueron dos alcorconeros, Agapito Burgos y Demetrio Burgos, ambos primos.

Estuvieron en varios frentes y formaron parte del destacamento que, por orden del ilustre general Silvestre, defendió Monte Abarrán, avanzada posición a cinco kilómetros de Annual y que, con todo él, perecieron sitiados por una fuerte harka rifeña el 1 de junio de 1921.

La noticia de estas muertes cayó sobre Alcorcón como un mazazo en la nuca de todos sus vecinos.

¿Y qué sería de Claudio? Claudio Chamorro fue otro del pueblo que en 1920 marchó a Africa, y por esas fechas operaba en el regimiento de Sanjurjo, por Larache.

Pero la tribulación de la gente se agiganta cuando la suerte también destina a Marruecos a los mozos de la quinta del 21. Estos se llaman Luciano Jerez, Julián Burgos y Angel Expósito.

«¡A este paso, Africa se va a tragar a toda la juventud masculina de Alcorcón!».

A partir de entonces, los vendedores de la loza y cuantos se desplazan a Madrid, se esfuerzan por inquirir por doquier algo sobre la situación de la detestable guerra y por todas partes circulan los mismos pavorosos rumores.

En el desastre de Annual, se comenta, los moros han rematado a más de cinco mil soldados españoles. En el de Zeluan de cuatrocientos, sólo sobrevivieron dos. Uno de estos, por lo visto, en la huida, extenuado por la fatiga, cayó desmayado. Recobró el conocimiento cuando los moros comenzaron a pincharle con las guzmilas. Aguantó la tortura sin moverse y le dejaron por muerto. Después, el soldado volvió a huir. Ocho interminables kilómetros para llegar a Mar Chica. Allí se arrojó al agua y nadó hasta el Atalayón, donde fue recogido, salvándose así. Y todo lo que se refiere a la vil traición e inmensa carnicería del desastre de Monte Arruit no tiene nombre... Mas por si todo esto fuera poco, los indígenas hacen objeto de salvajes mutilaciones a los cadáveres de los soldados españoles. Era la fiera canalla de la guerra. Era algo inaudito.

Marruecos era un infierno. ¡Maldita sea la guerra!

Y hacia ese infierno, en el regimiento de Infantería de Saboya y Wad-Ras, partieron los nuevos mozos de Alcorcón en el mes de octubre. Tras una breve estancia de entrenamiento en el cuartel del Serrallo, pasan a la boca del lobo. Posiciones de Wad Lau, Targa, Tigulsa, Monte Magan. En este frente último, en agosto de 1922, pasan cuatro días sin comer ni beber, cercados por el enemigo, y para colmo de desdichas ven cómo se pierden los alimentos y barras de hielo que les arroja la aviación, por no poder salir de las trincheras a recogerlos.



Una escena que las fuerzas que conquistaron Nador, Zeluan y Monte Arruit hubieron de contemplar con frecuencia: los cadáveres de los soldados españoles terriblemente mutilados tras rendirse a los moros.

Hambre, intemperie, heridos, miserias, muertes... Hasta sorprenden bandadas de buitres que escarban en la tierra para desenterrar y devorar los cadáveres de sus compañeros caídos. ¡Cuánto horror! ¿Les tocaría a ellos mañana ser pasto de los buitres?

¡Qué lejos estaba ahora su querido Alcorcón, donde quedaron ojos enrojecidos de tanto llorar, ilusiones rotas...!

Mil angustiosos temores flagelaron a los pocos soldados que iban quedando, cuando se presentó la columna salvadora de los generales González Tablas, Castro Girona y Marzo.

Ellos, desde donde pueden, escriben a la familia. Y, aunque siempre narran las mismas desgracias, las cartas corren de mano en mano y las escuchan con avidez cuantos no saben leer, porque, ¿habría muerto alguno ya?

Entretanto, en el pueblo, los niños de la escuela, dirigidos por el señor maestro, preparan y representan obras de teatro, y todo el dinero que se recauda lo remiten a sus desdichados paisanos que están en Africa. Incluso se organizó una becerrada. Y vino a ser unas cien pesetas la cantidad que mensualmente les giraban.

Por fin, a mediados de noviembre, se anunció el regreso a la Patria al batallón expedicionario de Saboya.



El suelo sembrado de cadáveres (uno de ellos, abajo, con las manos atadas con alambres) testimonia las represalias enemigas: «El día de la rendición había en Monte Arruit más de dos millares de supervivientes». Esto queda de ellos

De los mil doscientos soldados que lo componían, sólo vuelven sesenta y ocho, entre los que están los alcorconeros. Todos los demás han muerto.

A su llegada a Atocha se les tributaron los máximos honores, saliendo a recibirlos el rey, el Gobierno y gentío inmenso. Alcorcón, igualmente, echó las campanas a vuelo y la emoción fue inmensa.

Por allí siguió, sin embargo, Claudio Chamorro, que volvió el año 1923, siendo admirado por todos, pues traía las gloriosas cicatrices de tres heridas y los galones de sargento.

Pero aún no había terminado la contribución de esta aldea a la guerra de Africa, y en 1923, fue para allá Luis Ortega. Tras dieciocho meses de riesgos por Marruecos, Luis también regresó felizmente, luciendo los galones de sargento. Y ya no volvió ningún otro alcorconero más a aquella guerra que, gracias a la pericia del general Primo de Rivera, finalizó en 1926.

ORDENANZAS MUNICIPALES

En 1911 se editaron las «ORDENANZAS MUNICIPALES DE ALCORCON, formadas por su Ayuntamiento en el año de 1910». Constan de 89 artículos, divididos en 7 capítulos. Las redactó la comisión integrada por Domingo Gómez, Emilio Cazorla y el secretario. Se imprimieron en el taller tipográfico de los Hijos de F. Marqués, en la calle del Manzanares, número 11, Madrid.

De ellas extraemos lo que juzgamos, a la par que curioso, más aleccionador:

Artículo 6. «Las tabernas y demás establecimientos se cerrarán precisamente a las diez de la noche desde el 1 de octubre al 31 de marzo; y a las once los meses restantes, no pudiendo quedar dentro personas extrañas a la familia del dueño, o que no vivan habitualmente en ellas».

Artículo 10: «Igualmente, se prohíbe a los dueños de tabernas servir de beber a los individuos que se encuentran ya en estado de embriaguez, a quienes depedirán tan pronto observen su estado».

Artículo 2: «El mercado se celebrará todos los días del año en la plaza de la Carnicería, desde el amanecer hasta las nueve de la mañana, sin que nadie pueda colocar sus géneros a la venta en otro sitio distinto».

Artículo 31: «En la noche de Navidad será permitido circular por las calles con los instrumentos musicales y regocijos, que son de inmemorial costumbre...».

Artículo 33: «En los días de fiestas públicas, o sea, del Santísimo Cristo de las Lluvias, Buena Muerte y Nuestra Señora de los Remedios, las tabernas, tiendas y demás establecimientos de esta clase podrán estar abiertos hasta las doce de la noche».

Artículo 34: «Durante los carnavales se permitirá andar por las calles con disfraz, careta o máscara; pero se prohíbe llevar la cara cubierta después del toque de oraciones de la tarde, como igualmente hacer parodias obscenas...».

Artículo 47: «Se prohíbe severamente dar cencerradas de día o de noche bajo ningún pretexto por ser tales manifestaciones indignas de un pueblo civilizado...».

Artículo 66: «En lo sucesivo no podrá establecerse

ninguna alfarería dentro de la población y sí en las afueras...

Artículo 81: «La población cuenta con 189 vecinos, 621 habitantes y 133 edificios».

En la segunda de las dos «Disposiciones Generales» que tiene se lee: «Todos los que infrinjan lo dispuesto en estas Ordenanzas Municipales serán castigados por primera vez con la multa de una a siete pesetas, y siendo reincidentes, con la de siete a quince pesetas».

Año 1915. En la quinta de este año se registraron siete mozas, nacidos en 1894, acusándose la novedad de que uno de ellos, Baltasar Marcelino Madrid Santoveña se encontraba en Méjico de dependiente en el comercio de un tío suyo, a donde fue hacia nueve años, según declaración de la madre.

Año 1922. Una noche de invierno se llevó a cabo un robo sacrilego. Desaparecieron los vasos sagrados y objetos de valor que poseía la Iglesia, al tiempo que la Sagrada Eucaristía fue profanada. Los ladrones penetraron en el templo por la puerta norte, que comunicaba directamente con el campo, y que, a partir de entonces, se clausuró con ladrillos. La noticia trascendió a Madrid y, a los pocos días, se celebraron en Alcorcón solemnidades eucarísticas de reparación y desagravio. Los presidió el prelado y asistió la aristocracia femenina y cofradías del Santísimo. Testimonio de ello es la fotografía que publicamos. Reparando en ella, se aprecia la farola de la fuente vieja y los lavaderos que durante algunos años permanecieron a la intemperie. Este fue uno de tantos y tantos desórdenes que justificó la implantación de la Dictadura de Primo de Rivera en 1923.



AÑO 1925-1926

Relativa a la gestión municipal, realizada del 1 de julio de 1925 al 30 de junio de 1926, hemos encontrado una MEMORIA completísima.

Esta MEMORIA comienza haciéndose eco de la crisis en que se encontró el Ayuntamiento al suprimirse el impuesto de Consumos, única fuente de ingresos de que disponía, pero también de que no tardó en hallar «la tabla salvadora en los arbitrios de pesas y medidas, puestos públicos y ambulancias, matadero y derechos de degüello, aguas sobrantes de la fuente pública, bebidas espirituosas y alcoholes, carnes frescas y saladas, volatería y caza menor...»

«La comisión municipal permanente —prosigue— ha celebrado cuarenta y cinco sesiones, y el pleno, cuatro ordinarias y once extraordinarias, mereciendo especial mención los acuerdos relativos a la plantación y reposición de árboles en calles, plazas y paseo de la Estación, obras y blanqueo de escuelas nacionales, operaciones de quintas, vigilancia diurna y nocturna, campaña contra la langosta, celebración de fiestas, vacunación pública y gratuita, celebración de subastas de pastos de rastrojeas del prado de Santo Domingo, arreglos de caminos vecinales y agrícolas, estudio de un proyecto que permita aumentar el escaso caudal de aguas de la fuente pública, y otro de construcción de una escuela unitaria nacional de niños, asuntos de imperiosa necesidad, que en su día formarán la base del progreso moral y material de la villa.»

Respecto al primer proyecto se anota que el Ayuntamiento no escatimará sacrificios para conseguir su realización, y respecto al segundo, que ya ha ofrecido la aportación de materiales a pie de obra, mediante reparto vecinal, la cesión del terreno donde habrá de ser instalada y la donación de dos mil pesetas en metálico.

Prosigue la MEMORIA con la adopción de otros acuerdos, entre los cuales sobresale el del nombramiento de «Hijo Adoptivo de Alcorcón al excelentísimo y filantrópico señor Marqués del Vasto y de Valderas».

Tras este largo prólogo, alude a los apartados que originan los siguientes títulos: Sanidad, Beneficencia,

Instrucción pública, Estadística, Agricultura e Industria, Fiestas Populares, Hacienda municipal, Estado de los servicios y Señores del Ayuntamiento.

Del apartado de «Beneficencias» copiamos: «Existe una Fundación benéfica titulada 'MEMORIA DE JUAN TALAVERA', instituida por este señor, bajo el patronato de los señores alcalde y cura párroco, cuyos beneficios se reparten entre los pobres. Los pobres son veintiséis.»

Del apartado de «Estadística» copiamos que «los habitantes de hecho son 827, y de derecho, 818; 407 varones y 420 hembras. Y en este periodo han ocurrido seis matrimonios, 27 nacimientos y 14 defunciones».

Por el apartado de «Hacienda» sabemos que, por el antiguo sistema de arbitrios e impuestos, ingresaron en las arcas municipales 13.306 pesetas, en 1924-25, y en virtud del novísimo régimen, en 1925-26, fueron 20.505,70 pesetas.

Del apartado «Señores del Ayuntamiento» extraemos los nombres de cuantos componían la corporación. Estos son: don Félix Blanco Arroyo, alcalde-presidente; don Leandro Marín Díaz, don Mariano Lajárraga García, don Emilio Cazorla Navarro, don Casto Gómez de la Calle, don Valentín García Pachón, don Pablo Huanes Esteban y, el secretario, don Claudio Caballero Fernández.

A continuación, vienen tres páginas dedicadas a exponer los gastos habidos, que importan 17.340,52 pesetas, y los ingresos, que son 20.505,70, y el inventario, que publicamos a continuación.

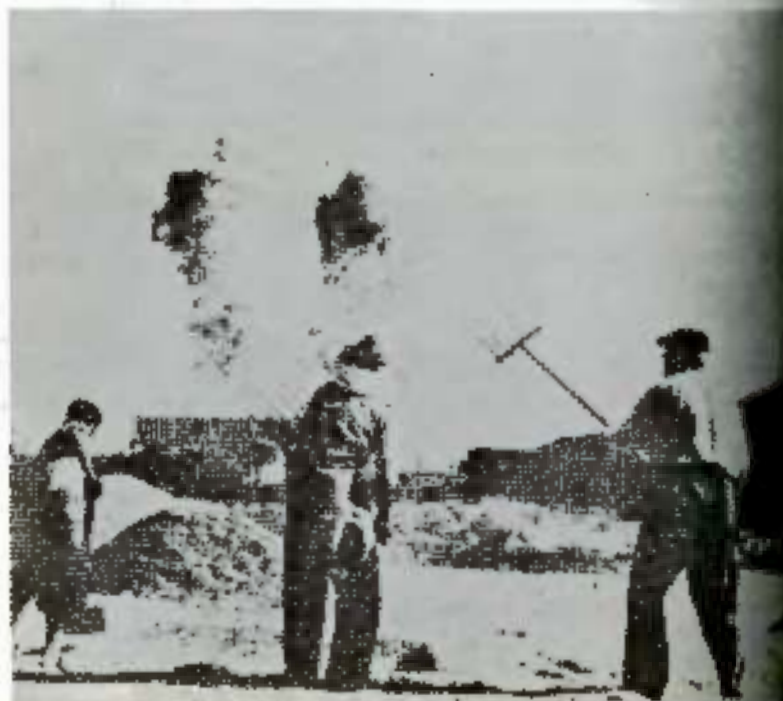


INVENTARIO DE LOS BIENES DEL AYUNTAMIENTO 1925 - 1926

	Pesetas	Cts.
Activo		
Casa Consistorial con Juzgado municipal, Escuela de ambos sexos, habitación de un Maestro, tres patios y Calabozo; cuyo valor se regula en.....	5.250	>
Salón de sesiones con mesa-presidencia, ocho butacas, cinco bancos largos, dosel y cuadro del Rey.....	150	>
Secretaría que contiene: una mesa de despacho y seis sillas, más dos estantes para libros y papeles.....	50	>
Alcaldía con mesa de despacho, retrato del Rey y siete sillas.....	40	>
Oficina municipal con: una cama y un estante pequeño, una silla de quintas, un arco y una caja con pesos y medidas.....	60	>
El Juzgado municipal tiene: mesa de despacho con seis sillas, dos bancos y un armario-archivo.....	50	>
Reloj de torre sistema «Cassero» colocado en la fachada principal del Ayuntamiento.....	2.000	>
Una Dehesa boyal denominada «Prado de Santo Domingo» de estos Propios, roturada actualmente para siembra de cereales.....	4.500	>
Una inscripción nominativa de la Deuda perpetua interior, bajo el núm. 7.983, en la cual se refundieron las núms. 12.209, 12.964 y 14.114 en junio de 1917, cuyos cupos se acumulan, importan.....	7.917	16
Una parcela de terreno de 17 áreas y 12 centáreas aproximadamente, donde se halla instalada la Fuente pública.....	150	>
La Fuente pública y el Lavadero comunal.....	50.000	>
Caladero público y terreno sobrante de la línea donde fue construido.....	8.571	10
TOTAL EL ACTIVO.....	120.638	23



Escenas que se repiten todos los años en Alcorcón, como en todo pueblo agrícola, al presentarse la recogida de los cereales sembrados en el término



ALCORCÓN EN LA DICTADURA

Los Gobiernos liberales estaban conduciendo, en nuestro primer cuarto de siglo, a España por el derrumbadero de la bancarrota. El desorden en todos los aspectos de la vida nacional ganaba terreno. Estallaban huelgas en todas las provincias. La anarquía aumentaba de día en día. Escaseaba el trabajo y con él su fruto.

Alcorcón no era ajeno a estas dentelladas y las sintió a veces en su propio cuerpo.

Pío Baroja escribe en su novela «La busca», hablando de los gulfos de la capital:

«Se conocían todos los randas, hasta los de los barrios más lejanos (de Madrid). Era una vida extrasocial la suya admirable; hoy se veían en Cuatro Caminos; a los tres o cuatro días, en el Puente de Vallecas o en la Guindalera; se ayudaban unos a otros. Su radio de acción era una zona comprendida desde el extremo de la Casa de Campo, por donde se encuentra el ventorro de Agapito, y más allá, las ventas de Alcorcón hasta los Cabanacheles.»

Por lo cual nada tiene de extraño que, aunque pocas, porque era poco lo que tenían que robar, algunas veces se registraran en Alcorcón hurtos, de los cuales el más escandaloso fue el que tuvo lugar una noche en el templo.

Entretanto nuestra fuerza militar en Africa se desmoronaba en Annual, en monte Arruif y otros desastres, donde Alcorcón pagaba asimismo, como cualquier otro pueblo de España, su tributo de dolor.

Esta situación de ruina no podía proseguir y viene

a atajarla un intento brioso de salvación nacional. Es el golpe de Estado que da un patriota eminente, don Miguel Primo de Rivera, el 13 de septiembre de 1923. Ese día se proclamó la Dictadura y quedó derrocada la oligarquía caciquil de los partidos turnantes, con el aplauso unánime de todos los hombres de bien.

«El pueblo vio en la implantación de la Dictadura la desaparición de la oligarquía partidista del caciquismo explotador, del favoritismo administrativo, de la falsedad electoral, de la prevaricación, del nepotismo, de la arbitrariedad, del pistolero y del pavoroso problema marroquí» (Navasal y de Mendi).

Todos nuestros abuelos, al recordarlo, bendicen en su memoria los tiempos de la Dictadura como una de las épocas en que mejor se ha vivido en España. En aquellos años se construyó en el pequeño Alcorcón un grupo escolar del que publicamos dos imágenes abajo, para entonces completísimo, que se levanta entre la plaza de España y el paseo de Castilla. Se pavimentó con adoquines la carretera de Extremadura. Se amplió el camino de Leganés y se arreglaron los de los otros pueblos limítrofes. Se revalorizó la loza de la alfarería alcorconera. Se trajo el teléfono en 1928. Fue la primera tele-



fonista doña Milagros Montero, en cuya casa se instaló.

Seis años, cuatro meses y trece días duró el Gobierno de Primo de Rivera, que de haber contado con el plácet del pueblo hubiera durado siempre.

Suponemos que por estas fechas, «quien más donosamente —escribe José Fradejas Lebrero— ha hablado del pueblo y quien más se ha burlado de él ha sido Eugenio Noel (seudónimo de Eugenio Muñoz Díaz), el furibundo y bohemio detractor de la fiesta nacional en «Un toro de cabeza en Alcorcón».

Eugenio Noel, entre otros datos apunta en el tono que hemos anotado: «Alcorcón no existiría, ni sus célebres botijos tampoco, si el río (Meaques), al convertirse en arroyo no hubiera previsto la necesidad de refrescar el agua que tendríamos en nuestro prosaico tiempo. Gracias, pues, a ese arroyo, cuyos berros son los mejores del mundo, Alcorcón es un pueblo famoso y sus barros tan conocidos como sus berros.»

Y a sus habitantes los califica humorísticamente...: «Que los de Alcorcón son muy botijos y tienen la mar de mares.»

El 17 de diciembre de 1930 se estrenó en el teatro de la Zarzuela de Madrid la comedia «Viva Alcorcón, que



es mi pueblo». La compusieron Francisco Ramos de Castro y Anselmo C. Carreño, muy conocidos en aquellas fechas, por ser autores de alguna otra obra muy bien lograda.

El argumento de esta comedia se desarrolla no en Alcorcón, sino en un pueblo indeterminado de Castilla, donde residían los tíos del protagonista (Melecio), que recogieron a éste cuando quedó huérfano en Alcorcón. Melecio, ya mayorcito, asistió allí a una escuela, regentada por un maestro de aquellos de los que «la letra con sangre entra», que, además, es humillado por la incultura de la autoridad. Unos años después el alcorcónero, aunque sigue casi analfabeto, prueba fortuna con los toros y la suerte le sonríe. Y es en una tarde triunfal en la que, tras vitorearle y aclamarle el público, él exclama entusiasmado: «Y viva Alcorcón, que es mi pueblo». A la par se sostiene un idilio romántico y sentimental que pone una nota de ternura dentro de la hilaridad de la obra.

El Rey y Primo de Rivera durante una excursión celebrada el 5 de enero de 1930, probablemente, en la Venta la Rubia de Alcorcón; en sus rostros hay huellas de la tensión del momento, que era precisamente cinagética.



ALCORCON EN LA REPUBLICA

Contra la Dictadura de Primo de Rivera se fraguó toda la intriga que urdió la venganza de los políticos e intelectuales que él había marginado por su ineficacia. El dictador dimitió y su decisión fue aceptada por el rey. Era el día 28 de enero de 1930. No se percataba de que con ello los días de la Monarquía estaban contados.

La situación económica se agrava, empiezan las huelgas, los conspiradores disfrutan de absoluta libertad para agitar la opinión y minar la disciplina del Ejército, el descontento cunde... De todos los males se culpa a la Monarquía y aquellos pocos que trataron contra la Dictadura ahora invocan la implantación de la República, como único remedio. Para sondear el ambiente nacional, se celebran elecciones municipales. El resultado fue quinientos mil ciento cincuenta concejales monárquicos y cinco mil ochocientos republicanos. Como se pudo comprobar, los republicanos españoles eran muy pocos, pero contaban con el apoyo de cierto número de acreditados intelectuales y la cobardía de los políticos derrotistas que, por su impotencia e incapacidad, iban a vender a su rey.

Convocado el último Consejo, don Alfonso leyó un documento que comienza con estas palabras: «Las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo...», y anuncia a sus ministros su inmediato viaje al extranjero. Todos callan, sintiendo, menos el leal La Cierva que increpa a Romones, considerando impropio de un consejero andar en

componendas con sus adversarios para preparar los detalles de la salida del rey, sin saber él y otros nada.

La Cierva se volvió al soberano para que abandonara su propósito, pero todo fue inútil. La suerte estaba echada. Al terminar el Consejo, La Cierva gritaba por el pasillo: «Me han dejado solo, completamente solo.» Oyó esto el general Cavalcanti, que a esa hora llegaba a palacio, y, profundamente sorprendido, hizo un postrero esfuerzo por impedir la caída del trono con la marcha del rey, porque la mayoría del Ejército le era fiel.

No obstante, qué intuiría don Alfonso en los comentarios o conducta de sus ministros o de quienes le rodearan, cuando su única respuesta fue: «Gracias, Pepe! te lo agradezco mucho... Es inútil...» Luego, se dirigió a todos los circunstantes y después de decirles: «Señores, gracias a todos, pero mi deber de conciencia es otro!» saludó y marchó para el destierro.

Este infeliz trance político en Alarcón fue sentido. Don Alfonso era casi un alarcónero más. Se había llegado a aprender los nombres de no pocos vecinos del pueblo. En sus giras por la Venta de la Rubia, cuando se encontraba con ellos, en su compañía echaba un cigarro y, charlando con ellos, entretenía ese rato.

El 14 de abril se proclamó la República, sin incidentes alguno. Pero ya sus primeros pasos fueron catastróficos. El 11 de mayo siguiente aparecen en el escenario nacional las primeras hordas de mercenarios, que amparados por la masonería destruyen bibliotecas, obras de arte, laboratorios, iglesias, conventos..., contando con la impunidad oficial asegurada. Y lo peor fue el feroz desencadenarse de leyes y decretos, que vinieron a harir y a matar en numerosos ciudadanos su respeto a la cultura, a la religión, a las costumbres tradicionales y al orden establecido, dando paso a una anarquía indigente.

Entretanto, Alarcón, un pueblo pobre, pero tranquilo y hermanado, asistía estupefacto a tan desconcertante espectáculo nacional. Advertimos que estamos repasando los días de 1931 a 1933, inclusive.

En el curso de tan desgraciado camino, en diversos puntos del país brotan conatos de sublevación contra la República y, sobre todo, la creación de nuevos partidos

movimientos y juntas que quieren reparar el desorden reinante. Es sorprendente cómo los aires renovadores vienen alentados y dirigidos, en general, por jóvenes cuya edad oscila entre los veinte y treinta años. Entre todos descuella José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española, el 29 de octubre de 1933.

Por aquella época, algunos jóvenes de Alarcón estudiaban o trabajaban en Madrid, y atraídos por la ideología y la «garra» patriótica de la Falange se incorporaron resueltamente a sus filas, llegando a fundar una centuria en Alarcón. De aquellos valientes muchachos sobresalió Victoriano Gómez Vergara, maestro nacional y profesor de música en Madrid, incondicional de José Antonio y siempre presente en todas las manifestaciones y actos falangistas.



Uno de aquellos testigos, hoy ya señor mayor, nos ha comunicado: «Ante aquel caos en que nos estaba hundiendo la República, la juventud no podía cruzarse de brazos. José Antonio supo cautivarnos con su doctrina, con su simpatía, con su valor inigualable, y, por lo mismo, le seguíamos ciegamente. Si él era el primero en dar la cara, los demás no podíamos quedarnos atrás. Cada cual como podía. Unos, vendiendo nuestro periódico; otros, pegando pasquines, escribiendo frases o ganando adeptos. Esto muchas veces nos costaba darnos a brochazos con los enemigos, a puñetazos o a lo que llegara

el caso. En nuestro pueblo, como no destacaba ninguno en la oposición, nunca hubo necesidad de ninguna revuelta, ni violencia.»

DESASTRES DE LA REPUBLICA

«La República iba de mal en peor», escribe un republicano ilustre de entonces, y sigue: «Era imperdonable que al cabo de cinco años no hubiese logrado la República llevar a cabo ni una reforma agraria ni una reforma del impuesto», a lo que nosotros tenemos que agregar que lo imperdonable era haber triturado la total convivencia de los españoles. No obstante, los años anteriores a 1936 apenas agitan la vida rural y alfarera de las gentes de Alcorcón.

El año 1936 es el de los días más aciagos y tenebrosos de toda la historia de Alcorcón, como de tantos otros pueblos de España. Menos mal que en ese mismo año también le llegó su salvación.

A mediados de febrero se efectúan elecciones nacionales para diputados a Cortes. La propaganda electoral del Frente Popular es terriblemente demoleadora y desenfrenada en la capital. Y a pesar de ello, el resultado de las mismas en Alcorcón constituyó un triunfo aplastante de las derechas, con 311 votos a favor y 45 en contra.

Habrán pocos pueblos en los que el porcentaje fuera más honroso. Sin embargo, en España se registró un equilibrio casi exacto de votos individuales para la derecha y para la izquierda, que se consideró clara victoria política para la segunda en virtud de la técnica del pucheraje, bajo la pluma de los extremismos anarquistas.

Las noticias del fracaso de las mencionadas elecciones en Alcorcón desató las iras de los comunistas en Madrid, y se ordenó al comité de Carabanchel Alto que investigara la causa. Con este objeto se presentó aquí un camión de carabancheleros, y en la plaza de la Constitución (hoy plaza de España) enarbolaron fusiles y estacas, a la par, que proferían amenazas de muerte con el puño cerrado en alto.

Aquel exhibicionismo feroz de brutalidad y osadía por desgracia, hizo impacto en Alcorcón. Y aunque todo quedó en palabras, la confraternidad de los vecinos se

agrietó profundamente. Se abrieron dos bailes, se dividió la clientela de los establecimientos y desapareció la mirada cordial y familiar de muchos ojos.

El marqués de Valderas entregó todos los bienes a las derechas del pueblo. Estas se hicieron cargo de ellos para aparcerarlos y distribuirlos entre todas las familias. Mas no fue posible la reconciliación.

Jamás una República ni otro Gobierno en España se había envilecido más, ni había cometido injusticias ni crueldades más abominables.

Un reflejo de cómo se desengraba entonces la Patria es la estadística que nadie se ha atrevido a desmentir, ni siquiera cuando Gil-Robles la expuso en la sesión celebrada el 16 de junio en el Parlamento: «Iglesias totalmente destruidas, 160; asaltos de templos, incendios sofocados, destrozos, intentos de asalto, 251; muertos, 269; heridos de diferente gravedad, 1.287; agresiones, 215; atracos y tentativas de atraco, 161; centros particulares y políticos destruidos, 69; otros asaltos, 32; huelgas generales, 113; huelgas parciales, 228; etcétera». Y esto desde el 16 de febrero hasta el 15 de junio.

Los arrieros que pregonan y venden el producto alfarero de la villa por Madrid y los pueblos colindantes se ven obligados a renunciar al oficio. Casi nadie les paga. De vez en cuando les replicaban, en vez de abonar el importe: «Azafía te lo pagará». Azafía era el jefe del Frente Popular y presidente de la República. Otro motivo por el que la tristeza cundía entre el vecindario y el trabajo se atorpece.

Los muchachos de la Falange se rebelan contra tanto escarnio. Son declarados enemigos de la República. José Antonio es encarcelado el 14 de marzo. Los falangistas no por eso se amedrentan. Son jóvenes, son valientes y patriotas decididos a darle todo por España, Una, Grande y Libre.

Victoriano Gómez Vergara, de parte de José Antonio, se ha responsabilizado con la juventud de estos pueblos. Formó centurias en Leganés y en todos los que pudo. Visitaba y reunía a su gente en cualquier sitio y allí les dirigía vibrantes discursos. A veces tienen que escapar huyendo, porque les apedrean e intentan detenerles.



Victoriano
Gómez
Vergara

Pero no les importa, llevan entre manos la honra de la Patria y eso les remunera suficientemente.

El 3 de mayo, según costumbre inmemorial, los mozos de Alcorcón se trasladaron a celebrar la Cruz de Mayo a Viña Vaidés, hoy Campodón, en camiones de Tomás Millán y Luis Pontes. Como es lógico, regresan al caer la tarde cantando; pero en cuanto llegan son aporreados trece de ellos. Y es que lo juzgaron una manifestación hostil a la que otros estaban celebrando. Ese día, afiliados al Frente Popular de Madrid se habían desplazado hasta aquí para dedicar una calle a Azafra y otra a Pablo Iglesias.

El 13 de julio fue asesinado Calvo Sotelo. Un escándalo que conmovió la geografía universal. Era la primera vez que en un país de Occidente el jefe de la oposición parlamentaria era sacado de su domicilio y asesinado por oficiales uniformados del orden público, como se escribió por entonces en el extranjero.

Muchos alcorconeros asistieron al entierro y retornaron

con la impresión de que la guerra civil era inevitable. Ante su cadáver hubo grandes hombres que juraron vengar su muerte.

Y, en efecto, el día 18, el párroco, don Anastasio García Plaza, joven sacerdote riojano-alavés, incardinado en esta diócesis, viajó a Madrid, vistiendo todavía sotana, y de allí trajo la noticia de que todo el Ejército se había sublevado contra la República, por lo que todos los desmanes imaginables ya eran de suponer. Se comenzaron a vivir momentos de angustia y desesperación contenida. ¿Qué sería de unos y de otros?

El 19 se escucharon con horror los disparos que se oían en los defensores del Cuartel de la Montaña, que se sumó al Alzamiento, y las milicias rojas. Por la noche contempló, pasmado, el vecindario las gigantescas llamaradas de cada una de las cincuenta iglesias que aquella noche espantosa ardieron en Madrid. El trágico espectáculo que se observaba desde Alcorcón debió ser danzesc.

El 20 aún se celebró misa en la iglesia de Santa María la Blanca. Pero fue el último día. Providencialmente, don Anastasio, esa mañana, se encaminó a la rectoral por las eras, que estaban inmediatamente detrás de las casas, cuyas fachadas dan hoy a la calle de la Iglesia y a la Plaza. Si no, a lo mejor, le matan. A esa misma hora había llegado un grupo de milicianos al Ayuntamiento preguntando por el cura para matarle. A mediodía ya circuló la noticia cierta de que el párroco de Mostoles había sido herido a balazos.

Por la tarde, tres individuos, en representación del Comité del pueblo, se personaron en la rectoral y hablaron así a don Anastasio:

«Hemos estado esperando ochocientos años al triunfo del socialismo y al fin hemos ganado, así es que nos tiene que dar usted esta casa y las llaves de la iglesia para mandar nosotros en ellas.

El sacerdote sumió el Santísimo y se retiró al domicilio del médico, don José Gomis, donde permaneció hasta el 3 de agosto, en que clandestinamente marchó a Madrid, ahora totalmente disfrazado; esto es, sin sotana.

ESTADÍSTICA DE CALLES, VECINOS Y HABITANTES DE ALCORCÓN

Calles	Vecinos	Habitantes
Plaza de la Constitución (España) ...	14	57
Cantarransa (Madrid) ...	3	10
Iglesia ...	5	11
Alejo (Cid) ...	2	13
Ambrosio (San Isidro) ...	5	11
Calderería (Paseo Castilla) ...	17	65
Móstoles (prolongación del P. Castilla) ...	5	16
Zarza (callecón sin salida) ...	3	17
Plaza Carnicería (desaparecida) ...	4	19
Grande (Mayor) ...	43	184
Chama (calle Aragón) ...	3	11
Hospital (Clavel) ...	5	12
Plaza de la Fragua (Caldos) ...	8	43
Juan Montero (Colón) ...	33	166
Siete Chimeneas (Alfaraes) ...	8	42
Guindadas (Guindales) ...	1	2
Nuncio ...	8	48
Fuente ...	2	5
Poseción de Valdecuervo (Colonia de San José de Valderas) ...	3	19
Finca de San José ...	1	3
Ventorro de Cano ...	2	8
Ventorro del Cuervo ...	2	2
Venta de la Rubia ...	4	15
Estación ferrocarril ...	1	11
Casilla número 4 ...	8	15
Los Marotos ...	1	8
Caseta Salto del Alberche ...	1	4
	168	808

NOTA.—Los nombres entre paréntesis son los que tienen en la actualidad.

LOS MESES MAS TRISTES DE ALCORCÓN

El día 20 de julio, el mismo día que una representación de la Casa del Pueblo recogió las llaves de la iglesia y se incautó de la rectoral, se clausuró el casino, se sentenció a la Falange alcorconera y se disolvió a la Sociedad de Obreros Católicos, que presidía don Demetrio Vergara.



«El
Relámpago
de
Valdecarlos»

Para celebrar aquella efímera victoria, algunos de izquierdas arrancaron las trompetas del magnífico órgano que hubo en el templo y, en desordenada algazara, llenaron la calle con sus notas desacompañadas.

Transcurrieron pocos días y pronto hizo acto de presencia en la plaza un camión fatídico que había de frecuentar la villa. Se le apodaba «El Relámpago de Valdecarlos». Solía venir con milicianos amenazadores y odiosa.



El Ejército Nacional

mente intransigentes. Quisieron quemar el templo, pero hubo quien afirmó que lo precisaban para instalar en él las cuadras de las mulas, y aquéllos abandonaron la sacrilega idea. Suprimieron la cerámica con la imagen del Sagrado Corazón que presidía la fachada de la rectoría, persiguieron todo signo religioso y prodigaron retos y maldiciones contra los señalados por ellos de fascistas.

La España sublevada contra el Gobierno de la República, sin embargo, gozaba de una moral elevadísima y había comenzado a revestirse de un heroísmo a toda prueba, que imprime a sus soldados un empuje arrollador. Los que salvarán a Alcorcón proceden de África, vía Extremadura.

Vienen mandados por ilustres militares, Franco, Varela, Yagüe... Les asisten capellanes de asombroso temple, como el padre Fernando de Huidobro, S. J. Son tercios de La Legión, tabores de Marruecos, fuerzas de tierra del Ejército Nacional. Vienen abriéndose paso a fuerza de sangre, destruyendo columnas rojas, abatiendo fortificaciones imponentes...

El 11 de agosto cayó Mérida. El 14 Badajoz. El 26 Franco pernocta en Cáceres. El 3 de septiembre es conquistada Talavera de la Reina. El 21, Maqueda. El 27, Toledo, con la gigantesca epopeya del Alcázar...

El avance de las tropas victoriosas provoca, a su vez, un éxodo rural extraño. Es la huida de sus pueblos de los que tienen algo que temer, de los que allí descollaron por su anarquía, impiedad o crueldad. Ahora se efectúa aquello de que se marcha de cada pueblo lo más malo y de cada casa lo peor. Y lo más curioso es que algunas de estas gentes que se encaminan a la capital de la República se detienen en Alcornón, en cuyo sustento se sacrifican a diario dos o tres toros de las ganaderías próximas.

Las noticias que difunden son espeluznantes. Reflejan sus actos de justicia condenando a muerte a curas y a ricos, sus grandes explotadores. A la hora de asesinar no respetaron muchos de ellos a niños ni a mujeres. Hablan de las enormes hogueras que encendieron con los montones de imágenes de sus parroquias, del estrépito de los inmensos retablos que echaron por tierra. En fin, vomitan todo cuanto puede envenenar a los habitantes del lugar, y en algunos lo consiguen. Y lo que

pareció un cuento de terror empezó a ser la más infame realidad que jamás se había vivido en Alcorcón.

A finales de agosto, unos milicianos trajeron de Cebreros unas treinta personas para darlas «el paseo» en esta tierra. El delito que cometieron fue el de saludar a las tropas frentepopulistas, que habían llegado allí, con los gritos de «Arriba España». Les confundieron con el Ejército Nacional y lo iban a pagar bien caro. En efecto, a primeros de septiembre las sacaron del pueblo en dirección a Madrid, y a eso de un kilómetro las fusilaron, enfangándose como hienas en los cadáveres, algunos de mujeres y mujeres muy jóvenes, para terminar abandonándolos en la cuneta.

Casi todo el pueblo desaprobó y sintió profundamente este salvaje atentado. Era increíble las horribles escenas que habían de ver. Y lo peor es que constituía el preámbulo de la tormenta que se cernía sobre ellos mismos.

En aquellas tristes jornadas fueron arrojadas las campanas de la torre al suelo. Había que fundirlas para transformarlas en balas que segasen vidas en los frentes.

El 10 de septiembre se detuvo a Félix Blanco Arroyo, José Lurigados Martínez y Victoriano Gómez Vergara. Tras sus respectivos calvarios en las checas de Madrid, se les trasladó al kilómetro 12 de la carretera de Andalucía y allí los ejecutaron.

Otro día fueron apresados Manuel Blanco Torrejón, Tomás Millán Gómez y Angel Seijas, de los que se ignoraba dónde y cuándo fueron inmolados.

También fueron conducidos a distintas cárceles de Madrid otros vecinos, entre los cuales figuró don Victoriano Gómez Serrano, el hijo más ilustre de Alcorcón, como ya hemos demostrado en esta revista, los cuales, desafortunadamente, no murieron.

¿Y por qué se sentó la mano con tanta dureza sobre estas personas? ¿Por qué?

Nos hemos informado perfectamente de sus conductas y sólo hemos hallado motivos por los que se merecían la gratitud del obrero, el aprecio del pobre y el elogio de sus iguales. Pero comprendemos que la envidia, el egoísmo y el odio, cuando nada les frena, convierten



al hombre en una flota y son posibles las más bajas vilezas.

«Nunca sabrán las generaciones futuras lo que fue el drama de cada familia española en 1936», se ha escrito con infinita razón. De las familias de Alcorcón diríamos que fue en los meses de septiembre y octubre de 1936.

En esta etapa se destruyó igualmente la ermita de la celestial patrona de Alcorcón, la Virgen de los Remedios, cuya imagen ardió junto con la carroza y cuanto había en ella. Se inutilizó la estación del ferrocarril. Al órgano, retablos, cuadros e imágenes de la parroquia se les iba a prender fuego, pero se pensó que podían servir para asar la carne de los animales que a diario se consumía y fueron desapareciendo en este menester. Del retablo mayor sólo se destruyó la parte inferior y no se remató por no dar tiempo ante la inminencia de las tropas nacionales. Los rojos refugiados en Alcorcón huyeron a Madrid el 31 de octubre. Dos días después, y por orden gubernativa, todos los vecinos deberían seguir los mismos pasos.

LIBERACION DE ALCORCON

La ocupación de la línea jalonada por los pueblos de Brunete, Villaviciosa de Odón, Móstoles, Fuenlabrada y Pinto tuvo lugar entre los días 30 de octubre y 2 de noviembre.

A las órdenes de Yagüe figuran las columnas de Asensio, Delgado Serrano y Castejón. Los dos primeros vienen operando por Navalcarnero y el tercero por Villaviciosa. A las órdenes de Varela, sin embargo, vienen de Toledo las unidades de Barrón, Tella y Monasterio.

Eran los días de la marcha a Madrid de casi todos los vecinos de Alcorcón, por orden del alcalde.

Y el 4 de noviembre, de una manera conjunta, fueron tomados los pueblos de Alcorcón, Leganés y Cetafe.

Al fin Alcorcón volverá a ser el de siempre. Inmediatamente es arriada del Ayuntamiento la bandera roja y en su lugar comenzó a ondear la bandera de siempre, la nacional. Es todo un símbolo. El Alcorcón tradicional, el que estaba agonizando, empieza a estremecerse con nuevos y esperanzadores latidos de vida.

Alcorcón y la torre de su iglesia vuelven a cobrar el valor estratégico de los antiguos tiempos de guerra como la mejor atalaya del nuevo frente. A su vera vemos, en la fotografía adjunta, efectivos de las tropas nacionales que acaban de llegar. Aquí intercalamos un paréntesis para advertir que esa escena la sitúan algunos historiadores en Leganés, error cuya evidencia está a la vista, máxime si aclaramos que donde estuvo la venta-



Las tropas nacionales, ante la puerta de la iglesia de Alcorcón

na que ahí se ve, en 1970 se abrió la puerta actual con las dos ventanas laterales que al presente tiene.

Pero esta vez Alcorcón ofrece algo más que antaño. Son los palacios del marqués de Valderas. Según Ricardo de la Cierva, servirían de cuartel general de primera línea, en los que deliberarán sobre la conquista de Madrid, Franco, Mola, Saliquet, Varela y sus estados mayores. En el del oratorio se instaló una emisora de radio que dirigió el hijo del célebre médico Gregorio Marañón con objeto de emitir partes de guerra.

Al subir a la torre y contemplar desde el marco vacío que dejaron las campanas, el vasto panorama y la inmensidad de Madrid, con sus gigantescos bloques, las cúpulas de los templos y sus innumerables chapiteles dorados por el sol y que exclamó un moro de Larache: «Vaya poblacho más grande que se ve ahí».

Los soldados se distribuyeron pronto por las abandonadas casas. Y cuando, por las palabras que descendieron a las profundidades en que se encontraban, se cercioraron de que, en efecto, allí estaban los combatientes de la España nacional, salieron del fondo de un pozo un hombre y sus dos hijos mayores varones de la familia Talavera. De otros escondites salieron otros vecinos. En total sumaron trece los alcorconeros que se habían quedado en su pueblo y ahora se alineaban al servicio directo de Franco, rebosantes de orgullo patrio.

Aquí pasaron las tropas dos días, los imprescindibles para reponerse un poco. Y esperaron nuevos contingentes de personal y material. Había que reorganizarse todo para el inmediato asalto a la capital.

Con tales preparativos, el día 6 avanzaron a la lucha. Castejón desviándose hacia el Ventorro del Cano y Asensio por Cuatro Vientos; mientras, Barrón y Tella, partiendo de Leganés y Getafe, atacan las posiciones de los Carabancheles y Villaverde, que dominan al caer de la tarde.

Obsérvese cómo describe Adro Xavier, en su obra «Caballero legionario», la operación de Castejón, en la cual reparamos por hallarse en los límites aún de Alcorcón:

«Al desdoblarse la columna de Castejón hacia el Ventorro del Cano, una barrera de fuego estrepitosa y deti-



sa le confirmó en todos los temores comunicados por la superioridad y que una hora más tarde harían ya ciertos las declaraciones de los primeros prisioneros. Estaba ante un cuerpo de ejército pertrechado entre fuertes muros de horguén armado y techumbres contra la artillería e indeterminables barreras de alambre espinoso. Los nidos de ametralladoras con sus fuegos cruzados constituían de suyo una magnífica defensa de Madrid. En fin, eran los nacionales 1.500 hombres llenos de espíritu pero con los pies rasgados por el largo caminar de 600 kilómetros, ante 12.000 republicanos bien armados, frescos en la lucha, formidablemente encubiertos en sus redes subterráneas.

Y a pesar de todo se luchó.

Y se luchó con tal heroísmo que ni en el primer choque parecieron ejércitos desiguales. Más aún: empezaron pronto, ya el primer día, a desmoronarse las fortificaciones ante la avalancha de pechos españoles. Rebaños de tanques entraron en danza pretendiendo poner una barrera a los asaltantes con su acometividad de acero. Todo inútil. La Legión se abatía ya aquel día a medio kilómetro de los parapetos enemigos a pecho descubierto, con los monstruos que repartían fuego a diestra y siniestra. Entre tanto, la artillería extendía un

telón mortífero para evitar que adelantaran nuevos carros de combate. Y así se consiguió que el primer ramal de trincheras que cayese bajo la riada de valentía legionaria fuese el de la extrema derecha, el más estratégico, donde entró a punta de cuchillo la 21.ª Compañía del Tercio, mientras en el extremo opuesto pretendían salir de nuevo los tanques rusos a tomar parte en el zafarrancho.

Y en esto vino la noche y encontró a los soldados de España lejos de sus líneas, pegados al enemigo, y cuando entonces los técnicos extranjeros esperaban que Castejón retirara a sus avanzadas de la Venta de la Rubia, posición imposible de sostener durante una noche, tuvieron que admirar la tenacidad de La Legión, que, negándose a dar un paso atrás, se tumbó, clavándose reciamente al suelo que tan caro les había costado, como marisco a su roca y allí pasaron las horas largas de la larga noche de invierno, sosteniendo y aguantando el fuego de las innumerables máquinas enemigas.

Diez carros de asalto acudieron en su ayuda. Y profigue Adro Xavier:

«Con tal refuerzo, ni a que aclarase completamente superó el Tercio; a campo descubierto, con el pecho fuertemente asomando por la camisa abierta, avanza. Y a su empuje doblaron bien contra su voluntad los republicanos sus cervices de toro embravecido. Con bombas de mano, a bayonetazos y culatazos, esos puñados de legionarios y negros fueron desalojando a los 12.000 genizaros rojos de sus inexpugnables baluartes.

Tocarían el Avemaría de medio día el Pilar y la Gitanilla cuando la bandera bicolor abrazaba, como cosa suya, los polvorines todos de Retamarosa».

De este modo, todo Alcorcón y su término quedó ganado para la causa nacional.



Franco, entrenándose en aquellos fechas por lo que había de ser San José de Valderas

Abajo: Franco, con Mola y otros grandes protagonistas de nuestra guerra de Liberación



FRANCO, EN ALCORCON

Escribe R. de la Cierva en su obra «F. FRANCO», tomo I, página 547: «En el nuevo cuartel general de primera línea, instalado en el palacio de San José de Valderas, cerca del Campamento de Carabanchel, Francisco Franco y Emilio Mola esperaban las primeras noticias en la madrugada del día siguiente, 7 de noviembre».

Y a los castillos de San José de Valderas llegaría, pues, la relación de los pros y contras de los durísimos ataques contra Madrid. Llegarían los partes de otros frentes de lucha abiertos en otros puntos del país. Llegarían informes de toda la actividad de la fuerza nacional, ejército, regulares, legionarios, banderas falangistas y tercios de requetés contra la avalancha de las fuerzas republicanas, anarquistas ibéricos, brigadas internacionales y efectivos del comunismo mundial. Llegaría la noticia de la muerte ejemplar de José Antonio en la cárcel de Alicante entre dos jóvenes requetés y dos jóvenes falangistas. Llegaría todo lo que a continuación transmitiría la emisora aquí instalada.

Pero el forcejeo bélico por conquistar la capital sólo persiste hasta el 23 de noviembre, aunque alguna vez que otra, posteriormente, se registren intentos esporádicos.

«El hecho que revela un notable realismo táctico —continúa más adelante R. de la Cierva—, sucede en el célebre consejo de guerra, celebrado en Leganés (quizá más exactamente en San José de Valderas) la mañana

del 23... Lo preside el propio Jefe del Estado y Generalísimo Francisco Franco. Acuden los generales Mola, Saliquet y Varela con sus estados mayores. Oída la opinión de todos, Franco se inclina por la tesis casi unánime de sus colaboradores, hay que desistir del ataque frontal a Madrid y así se ordena. La conquista de Madrid, por tanto, deja de ser la obsesión inmediata de las fuerzas nacionales.

Por aquellos días, precisamente, se ofició entre los escombros de la ermita, ruinosa y polvorienta, una misa de difuntos. Es probable que sea la misa más transida de emoción y fervor que jamás se haya celebrado en aquel recinto. No asisten a ella más que dos requetés. Han venido de Leganés, donde acampa el tercio de la Virgen Blanca, desafiando el frío y pisando barro. Acompañan a su capellán el padre Emiliano García Plaza, clérigo de San Viator.

Anteriormente habían cruzado Alcorcón. A ver si inquirían algo sobre el asesinato de don Anastasio, el último párroco. Desde Sevilla, Quelpo de Llano había publicado su ejecución hacía unos meses. Pero Alcorcón estaba totalmente despoblado. De los trece habitantes que se habían quedado, los jóvenes se habían enrolado en el ejército. Francisco Talavera tomó la carrera de las armas, tras unos cursillos en Segovia, y los otros habían salido. En aquella hora, la del mediodía, no había absolutamente nadie. Las calles estaban desiertas. Las casas abiertas, de cualquier modo, no había nada que guardar en ellas. Todo estaba a la intemperie. En el templo, montones de desechos...

¡Quién lo diría! En qué abandono habían sumido a Alcorcón sus habitantes. ¡Cómo se notaba que el alcalde que había tenido no era alcorconero! ¡Pobre patria chica! ¡Qué contraste del actual con aquel Alcorcón en fiestas que había conocido este capellán hacía tres años! Entonces todo eran músicas y repicar de campanas, bullicio y alegría de vivir. Este día, no obstante...

Y bajaron al cementerio. Tal vez alguna lápida di-

jera algo. Mas otra vez nada. Y el padre Emiliano, asistido por los dos requetés, ofició misa por su querido hermano don Anastasio y por todos los difuntos abandonados en aquel camposanto.

Entretanto, con el transcurso del tiempo, las tropas nacionales se iban cubriendo de laureles, victoria tras victoria, por Irún. San Sebastián, Bilbao, Santander y Asturias; la gran batalla de Brunete; la fulminante ofensiva por el frente de Aragón, desde Teruel hasta el Pirineo; los formidables ataques del Ebro; la rápida y total liberación de Cataluña y, por fin, la triunfal entrada en Madrid con el definitivo desmoronamiento de la reducida zona roja que quedaba.

El nombre de Franco es aclamado con entusiasmo inenarrable por todo el área nacional, y gracias a Franco se acabó para las familias de Alcorcón la vida de miseria, de nostalgia, de martirio, de angustia que han sufrido en la capital. Dos años y medio. Gracias a Franco, recuperan cuanto el socialismo les había arrebatado y aniquilado en tres meses. Gracias a Franco, el 29 de marzo de 1939 regresan todos a su pueblo.

Pobre pueblo. Cómo estaba. Qué desolación. Cuántas lágrimas... Y, sin embargo, hay que cobijarse bajo los tejados destrozados de aquellas casas sin puertas ni ventanas. Hay que caminar por aquellas calles cubiertas de maleza. Hay que volver a hundir el arado en aquellos campos endurecidos. Hay que engrasar los ejes de los tornos alfareros... Hay que llenar los corrales de gallinas y los establos de ganado... Hay que comenzar a vivir que en España empieza a amanecer.

También había llegado la hora de hacer justicia, y en Alcorcón fueron condenados a muerte sólo los cinco que fueron considerados más culpables de todo lo pasado.

El nuevo alcalde, Higinio Chleote, encargó la instalación eléctrica al técnico Agustín Cruceta, quien, utilizando el servicio que había en el transformador y alambres de empaquetar alfalfa, realizó el tendido, que condujo luz a todos los hogares.

Se extrajeron del pozo de la iglesia, a donde les arrojaron, las imágenes de Santa María la Blanca y San Francisco de Asís. Y no finalizaría 1939 sin que volvieran nuevas campanas a la torre, nueva imagen de la Virgen de los Remedios, las del Santo Cristo de los Alfaqueros o de las Lluvias, Virgen de la Soledad y las de los Sagrados Corazones, que vinieron a ocupar las peanas que, anteriormente, acogieron las destruidas imágenes de San Pablo y San Pedro en el retablo mayor. Todo, obsequio de don Victoriano Gómez Serrano.

Calle El Cid



RECUPERACION

1940-1950. En esta década discurren los años de las cartillas de racionamiento, años de hambre, del pan de cebada y de maíz. Años de rebuscar en los campos hasta el último grano de sus frutos y de cazar cuantas aves y mamíferos albergaran. Años del estraperlo. Años de los coches de gasógeno, del caminar descalzos o con alpargatas, cuyas suelas de goma o de esparto se partían pronto, y así había que continuar andando con ellas. A duras penas se iría reponiendo la población de los horrores de la guerra.

A primeros de 1940 se repara y vuelve a funcionar el teléfono público.

1941. Día 1 de marzo, doblan las campanas de todos los pueblos de España por la muerte de un español distinguidísimo, ausente desde 1931. Murió en Roma el Rey don Alfonso XIII.

1941. Día 27 de agosto, muere el gran bienhechor e hijo más ilustre de Alcorcón, don Victoriano Gómez Serrano, párroco de San José, de Madrid. Fue enterrado en el presbiterio de la ermita de la Virgen de los Remedios.

1942. Tratando de imitar al máximo la carroza de la Virgen de los Remedios, destruida en la guerra civil, el ebanista don Joaquín Fonollosa confecciona la que se ha utilizado hasta 1969, año en que fue reemplazada por la actual. Al presente está recogida en la dependencia de andas y carrozas de la parroquia de Santa María la Blanca.

Benjamín



1942. El tren de vía estrecha (el trenecillo) que une Madrid con Almorox reanuda su recorrido, interrumpido en la guerra. Con este motivo los alcorconeros vuelven a contar con este antiguo medio de comunicación. Sin embargo, la estación había quedado tan deteriorada que no entra en servicio hasta 1947, con don José Luis Arenas. En ese intervalo sólo se usa este punto como apeadero, y el billete se expendía en ruta.

Aquel tren cruzaba entonces la carretera de Extremadura, con el consiguiente entorpecimiento para los vehículos en tránsito por la misma. Y como quiera que, a partir de 1950, se acusa un incremento notable en la circulación, en 1952, se ejecutó el túnel a distinto nivel, y la estación se trasladó al nuevo edificio, que se había levantado a unos trescientos metros de la anterior, y más próxima a la carretera.

1943. Si algunas familias de Alcorcón emigran a Madrid, otras, aunque muy pocas todavía, procedentes de Valdeverdeja, Berrocalejo y Fuente de Pedro Naharro empiezan a instalarse en este pueblo. En la prensa se recoge, como algo extraordinario, haber llegado Madrid a contar con un millón ciento setenta mil habitantes, a causa del éxodo de campesinos de sus pueblos a la capital.

1946. Por Decreto-Ley del 12 de abril de 1946 se crea el Patronato de Apuestas Mútuas Deportivas Benéficas. Nacieron las quinielas, que tantas ilusiones y desilusiones habían de traer a los alcorconeros como al resto de los españoles.

1946. El día 9 de diciembre se registran protestas multitudinarias, que exceden asombrosamente todo lo imaginable, en la plaza de Oriente de Madrid y en todas las capitales de provincia, contra las injerencias de la ONU en los asuntos internos de España. Por toda la Península se aclama fervorosamente a Franco, esta vez, al grito de «Franco, sí; comunismo, no». Los habitantes de Alcorcón, como la gran mayoría de los demás de los pueblos de España, viven pendientes sólo de su trabajo y de su familia al margen de los percances que origina el vaivén de la política nacional o internacional en otras esferas; pero en esta ocasión, como en tantas otras en que el extranjero roza el orgullo patrio de la raza, se puso también en pie de protesta, acudió a la plaza de Oriente, en Madrid, y clamó: «Franco, sí; comunismo, no».

1948. El primer equipo de fútbol que se había creado en Alcorcón a finales de 1942 se bate apoteósicamente en 1945 por los campos de los pueblos limítrofes. Los jugadores son, de izquierda a derecha, de pie: José Pontes, Mariano Lejarraga, Luis Lejarraga, Angel Blanco y Demetrio Vergara; agachados: Félix Gabán, Emilio Ga-



bán, Jesús Gabán, Francisco Pontes, Angel Garcia y Manuel Vergara.

La afición sigue adelante, y en 1948 sucede a aquél otro equipo, émulo del anterior, que conquista las copas de las competiciones que se organizan en la periferia de la capital. Las figuras de este año son: D. y M. Vergara, Angel Serrano, Ramón Muñoz, Moisés Zurita, José Luis Lurigados, Tito, José Barcia, Mariano Lombardía y Carlos Narrena.



1950-1960: En el concierto internacional el prestigio de la nueva España prosigue en ascenso. Vuelve a abrirle sus puertas la O. N. U., ingresa en la U. N. E. S. C. O., firma el Concordato con la Santa Sede e infinidad de convenios con otros países, la visitan numerosos jefes de Estado, cerrando la lista la del presidente norteamericano Eisenhower el 22 de diciembre de 1959...

En el concierto nacional empezó «a acusarse la abundancia», como diría Franco en su alocución radiodifundida de final del año 1951. Se inauguran fábricas, pantanos, pueblos, templos, universidades. Se mecaniza el campo. Se independiza Marruecos y sólo se registra la pequeña guerra de Ifni como lunar que ensombrece ligeramente la faz risueña de la presente década.

Son en consecuencia los años, visperas, de la explosión demográfica de Alcorcón, de su entrada triunfal en un futuro espléndido de progreso. He aquí cómo vio a Alcorcón en 1958 J. V. S. en el tomo I del «Dicciona-

rio Geográfico de España», que publicó Prensa Gráfica aquel año:

«Alcorcón, municipio y villa de Madrid. Partido judicial de Getafe. A 13 kilómetros de Madrid, 718 m/a. Ext. 32,27 kilómetros cuadrados, 40° 20' 30,55" N. y 0° 08' 30" O. —H. 559.

Relieve.—El terreno es llano, con un solo cerro en el norte, siendo su composición arcillosa-silicea. Clima continental: veranos extremados e inviernos muy fríos. Suelen producirse lluvias en otoño y en primavera, pero poco abundantes. Los vientos dominantes son los del norte o solano y el del oeste o gallego. Los portadores de lluvia son los del sudeste.

Las aguas.—Hay infinidad de pozos artesianos, que utilizan para el riego de las huertas, muy fértiles. También existe una charca que se llama Polvaranes, en la que se crían en abundancia patos silvestres.

Vegetación.—Aproximadamente, la séptima parte del terreno, propiedad de particulares, está sin cultivar, dedicada a coto vedado y al pastoreo del ganado lanar. El monte se caracteriza por ser de pastos permanentes, tiene abundantes retamas, algunas acacias, plátanos y moreras.

Fauna.—Abundan conejos, liebres y perdices.

Agricultura.—La producción más importante es la de cereales, en especial, el trigo y la cebada, lo que se calcula que producen por fanega 15 qm. de trigo y 30 ó 40 de cebada, aunque menos, también hay centeno y avena.

El precio de una hectárea de secano oscila entre 5.000 y 6.000 pesetas. De viñedo sólo se cultivan 10 hectáreas. El regadío forman las tierras regadas con agua de los pozos artesianos. En ellas alternan las hortalizas con los árboles frutales, que cada día cobran mayor interés. Las parcelas están separadas por lindes o collados bastante anchos, tienen forma rectangular y su superficie oscila de una a 40 fanegas. La mayor parte del terreno es propiedad de ocho vecinos, y el resto son aparceros. La hectárea de regadío llega a pagarse a 80.000 pesetas. Para las labores del campo se usan tractores, yuntas de mulas y algunas máquinas.

Ganadería.—Es importante el ganado lanar castellano (raza grande), ganado vacuno de las especies suiza y

holandesa. Numerosas granjas, con crecido número de conejos.

Canteras.—De arcilla, bastante importantes.

Industria.—Fábrica de aserrar maderas, cinco fábricas de tejas y ladrillos, dos fábricas de cerámica, artesanía de guantes y molino eléctrico.

Comercio.—Tres tiendas de comestibles, dos peluquerías, dos pescaderías, una carnicería, cinco bares y una lechería.

Comunicaciones.—Carretera de Madrid-Extremadura, de Alcorcón a Plasencia y a Getafe. Estación de ferrocarril línea Madrid-Almorox (Toledo). Correos.

Población.—Asciende a 897 habitantes de hecho y 718 de derecho. Aumenta continuamente con vecinos de otros lugares. Una cuarta parte de la población está distribuida en caseríos, huertas y fincas.

El pueblo está formado por 144 edificios destinados a viviendas y 27 a otros usos en compacto, y 15 edificios destinados a otros usos en diseminado.

La casa típica es la característica vivienda castellana, construida de ladrillo, yeso y cemento. Tienen grandes corrales y pajaras; las puertas, de madera, y las ventanas, pequeñas.

Costumbres.—Hay tres fiestas al año, de las que son famosas las procesiones por su sabor tradicional. En las fiestas de septiembre se instala una plaza provisional con carros, y se celebran corridas de novillos. (Las fotogra-



fías pertenecen al encierro de los novillos y a esta plaza.)

Deportes.—Mucha afición al fútbol. Espectáculos. Salón de cine y baile, dos días a la semana.

Mejoras observadas desde 1940.—La Obra Sindical del Hogar ha construido siete viviendas, y se rehicieron el cementerio y la iglesia.

Enseñanza.—Dos escuelas nacionales, una de niños y otra de niñas.

Sanidad.—Un médico.

Asistencia religiosa.—Un párroco.

Apejos.—Valdecuervo: palacios a unos 8 kilómetros, con treinta y seis habitantes, formados por tres edificios

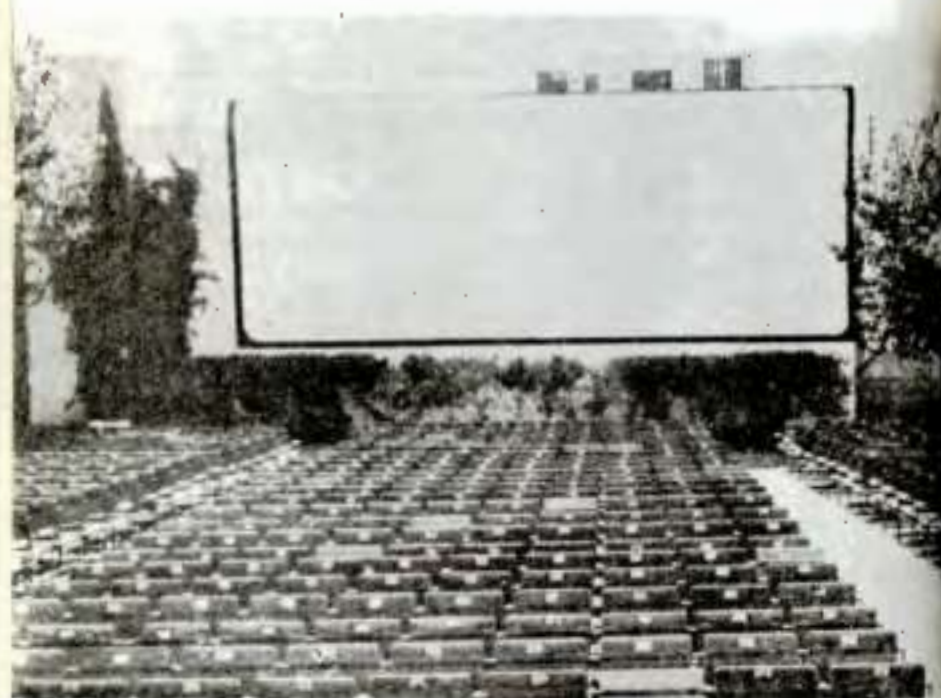


destinados a vivienda y dos a otros usos, en diseminado. Venta de la Rubia: caserío a tres kilómetros, con cinco habitantes, y formado por dos edificios en compacto.

Detallando sobre lo expuesto, advertimos que el primer tractor hizo acto de presencia en los campos de Alcorcón en 1953.

La primera máquina de cine se instaló en 1948, y en 1952 se dispuso una pantalla al aire libre en el corral, donde sigue actualmente. El primer televisor se trajo en 1957. La primera radio había venido en 1939.

Las siete viviendas que construyó la Obra Sindical tuvieron por objeto dar alojamiento a las cuatro familias que vivían en las cuevas, que había en la ladera del cerro que se extendía desde la parte posterior de la iglesia a la carretera de Extremadura, y a algún funcionario. En la construcción de tales viviendas parece que influyó personalmente el Caudillo.



GALGOS Y CABALLOS

A partir de este decenio, algunos hombres inteligentes, conscientes de la inminente y extraordinaria revalorización de la jurisdicción de Alcorcón, realizan inversiones en el término con el afán de promoverlo al más envidiable nivel, y lo consiguen. Motivo éste por el cual a su vez, se constituyen en los magnánimos bienhechores de nuestra villa, a los cuales siempre habrá que recordar con gratitud perenne.

Entre estos grandes hombres de nuestra actualidad destacan los señores Blasco Oller, don Pablo González Herraiz, los fundadores de las empresas Constructora Peninsular, Sanahuja; don Fernando Ortiz Echagüe, director-gerente de Fersa...

En este aspecto seguiremos el orden cronológico de su llegada al término de Alcorcón.

El año 1949 adquirieron la propiedad de la Venta la Rubia don Fausto y don Antonio Blasco Oller. Abarca esta finca cerca de 300 hectáreas de terreno. Anteriormente la poseía el marqués de Zugasti. Y a partir de 1950 entra en un periodo de explotación ejemplar. Indice de ello puede ser el aspecto del chalet que entonces se fotografió y al que hoy circundan jardines y una fronda tupida y exuberante. En la imagen de arriba lo reproducimos nosotros.

Lo primero que comenzó a fomentarse fue la cría y entrenamiento de galgos. Ya desde 1950. Con este fin se instalaron perreras adecuadas para más de 250 galgos, seleccionándose cada año alrededor de 50, que irán a des-

plegar sus dotes en los canódromos y concursos de caza de liebres. Estas perreras, a veces, se ven enriquecidas con la importación de los mejores galgos de Irlanda y otros países europeos, viniendo a ser uno de los mejores criaderos de galgos de Europa.

En las otras imágenes vemos a don Antonio Blas Oller, el gran promotor de tan admirable explotación, junto a algunos de los muchos galgos que posee; en la otra, una galga con sus cachorros, y en la inferior, una vista de la llanura en la que no pocos años se vienen celebrando los campeonatos de España de galgos en sus diversas modalidades y un aspecto parcial de los turistas que asisten, que son un reflejo de la afición que los acompaña. A todo esto hay que agregar un canódromo para liebre mecánica.

En la Venta la Rubia, después del establecimiento de los criaderos de galgos, se destinaron algunos terrenos a regadíos, y aparecen la huerta y numerosos árboles frutales, iniciándose en 1955 la repoblación de pinos que cubre cierto sector.

Posteriormente se construyeron tres edificios, dotados con los últimos adelantos, para cuadras en las que se crían y contemplan soberbios ejemplares de caballos españoles y extranjeros. Esta es la renombrada CUADRA ROSALES.

En la actualidad la cuadra alberga alrededor de treinta yeguas de crianza, varios sementales y cerca de cin-





cuanta caballos de carreras que se entrenan en estos campos, y exhiben sus facultades por todos los hipódromos. Por algo ellos conquistan los más codiciados trofeos. Uno de estos caballos, «Sultán Yago», que sobresalió por los años 1956, 1957 y 1958, en premio a sus méritos, mandó don Antonio Blanco, propietario de toda la ganadería de la finca, que fuera esculpido en bronce. El escultor et-



cargado de la feliz obra fue don José Torres. Y ahora, en apuesto ademán, «Sultán Yago» luce su gallarda figura sobre el césped del solar que precede al edificio en que se aloja la yeguada.

Al lado de tan admirable complejo existe un completísimo guadarnés.

Como quiera que el número de empleados aumentaba.





se levantaron viviendas adecuadas. Fue preciso impartir la oportuna enseñanza primaria a los niños y se preparó un local para aula, asistido por una maestra nacional, local que en las fiestas de precepto se adapta para celebrar en él la eucaristía, como si fuera una capilla.

Todo este bellísimo conjunto ha venido complementándose con otras instalaciones, como pista para carreras de saltos y, últimamente, con un magnífico picadero cubierto.



NACIMIENTO DE SAN JOSE DE VALDERAS

En el 1958 sonó la hora clave de la vertiginosa y total transformación de Alcorcón, pueblo eminentemente rural en ciudad moderna, eminentemente industrial.

Para iniciar esta sensacional empresa, se había constituido en Madrid con fecha 30 de diciembre de 1957, Sanahuja Constructora Sociedad Madrileña, S. A.

Componían esta sociedad doña María Jacinta Sanchiz Arróspide, condesa de Mirasol, hija de los marqueses de Valderas y propietaria de Valdecuervo; don Juan Sáez-Diez García, don Jacobo García-Nieto Fina, don Fernando García-Nieto Fossas, don Ramón Rubio Navarrete, don Ramón García-Nieto Paris, don Pedro Sáenz-Diez García, don Ramón Sanahuja Bosch, don Juan Sanahuja Pons, don Jesús García Valcárcel y don José María Vilaseca Marcet.

El capital social de la misma se cifraba en 50.010.000 pesetas, aportando la condesa Mirasol la finca de Valdecuervo, que se valoró en 32.000.000 de pesetas, y el resto los demás.

La finca de Valdecuervo, aunque la mayor parte estaba enclavada en el término de Alcorcón, también se introducía parte en el de Leganés, figurando en el Catastro Rústico en los polígonos 7, 8 y 9 del término de Alcorcón, y 23 del de Leganés, con una cabida registral de 268 hectáreas y 87 áreas, aunque la red era superior.

Se gestionan los trámites oportunos, y el 1 de abril de 1958 se coloca con toda solemnidad la primera piedra.

Bandijo el acontecimiento el sacerdote, y al mismo



asistieron todos los miembros de la constructora, las autoridades locales, presididas por el alcalde don Ramón Martín, y no pocos vecinos que han descendido del pueblo. El atuendo que visten delata elocuentemente su origen provinciano.

Esta primera piedra se halla ubicada actualmente bajo la esquina que forma la casa número 10 de la calle Betanzos con la calle Meloneros. En la fotografía inferior izquierda la señalamos.



En la imagen, don Pedro Sáenz, presidente del Consejo de la constructora, y don Jacobo García-Nieto, introduciendo en la primera piedra todos con firmas, monedas, billetes y varios periódicos de la fecha.



Se había dado el primer paso de la ingente obra. Se cientos obreros se desplazarán cada día de Madrid hasta aquí. Salen de la plaza de España y estación del Norte en los autobuses de La Plata y Bejolano, y, según ellos vienen a Sidi-Ifni.

Estos campos estaban tan yermos y solitarios, a pesar de sus hermosos castillos, que a ellos les parecía poco menos que aquella lejana desértica tierra española en África. Por otra parte, se divisaba, tan insignificante, a dos kilómetros, el caserío de Alcorcón, que así bautizaban aquellos obreros el destino de su trabajo.

Dada la prestancia de los empresarios, se cambió la denominación de finca de Valdecuervo por la de San José de Valderas, y a la urbanización, que comenzó a surgir conforme al primer proyecto del arquitecto don Emilio Canosa, se la llamó Ciudad Satélite San José de Valderas. Y porque fallaron ciertos conatos, que si no hubiera pasado a la jurisdicción de Madrid. Esto, no obstante, en algunos organismos, se consideró a San José de Valderas como independiente de Alcorcón; por ejemplo, en Correos, Teléfonos, Ministerio de Educación y Ciencia...

El 26 de junio, la condesa vendió sus acciones, que le abonarán los otros socios, más doña Francisca Pons, esposa de don Román Sanahuja, que entra a formar parte de la sociedad.

Entre tanto, las obras de construcción siguen adelante, y, a mediados de 1959, se concluyen los tres primeros bloques conocidos por «LOS AMARILLOS» por el color de sus fachadas.

En la naciente colonia de San José de Valderas los socios de la empresa constructora aprueban la separación de la misma de la familia Sanahuja, con la cual acuerdan repartirse el valor de los bienes del patrimonio de la sociedad. Por tal se entienden terrenos, edificios y las diversas instalaciones existentes.

Entre tanto, los demás permanecen unidos y prosiguen su labor constructora, agrupándose a partir del 20 de junio de aquel año 1959 bajo la denominación de Constructora Peninsular, S. A. (COPESA), que tanto prestigio había de aportar al buen nombre de Alcorcón.

Paralelamente, la familia Sanahuja construye la nueva empresa EDICOSA (Edificaciones y Construcciones Sociales, S. A.), aunque popularmente se la continuará conociendo por la constructora Sanahuja, a la



cual contribuye con los bienes que se adjudicaron en la escisión.

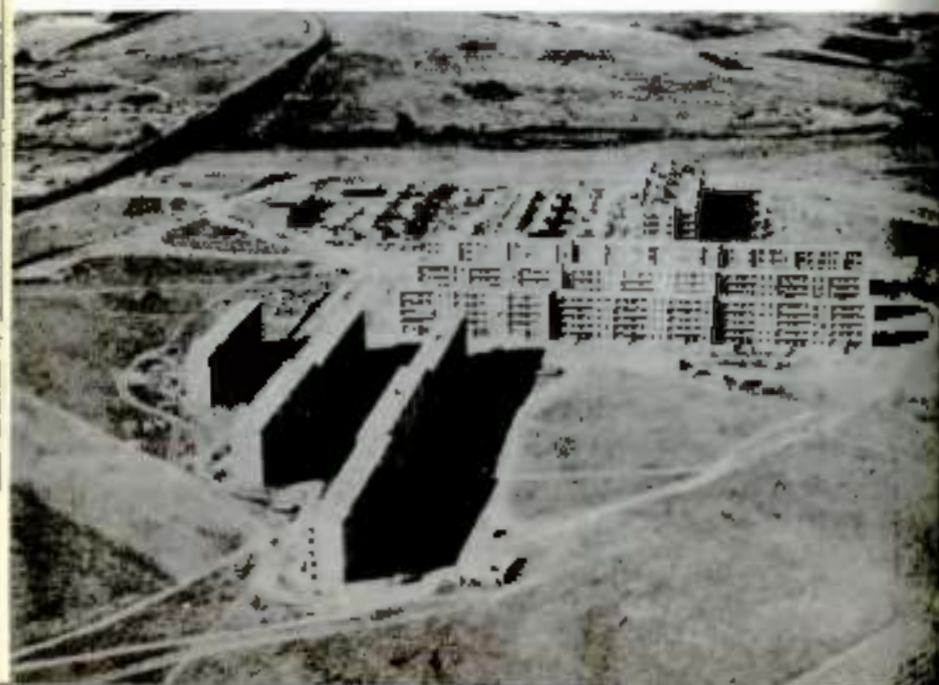
La separación y reparto de bienes se realizan ante el notario de Barcelona don Fernando Poveda Martín.

Durante esta etapa se levantaron «los bloques amarillos», que abarcan 270 viviendas y pertenecen a las calles de Cambados, Vicedo y Betanzos, y seis de «los nueve blancos», que dan lugar a las calles Rivadavia, Tuy e Impares de Redondela, según vemos en la fotografía de abajo. Está en vías de construcción el primer bloque de la calle Puente de Sume, y excavados los cimientos de los bloques H, que corresponden hoy a las calles Puente de Sume y Noya.

Los primeros pisos se vendieron a 130.000 pesetas cada uno y a las familias que no podían comprarlos se les alquilaban por 400 pesetas mensuales.

Estamos a finales de 1959 y para estas fechas las construcciones de San José de Valderas se encuentran en el estado que contemplamos en la imagen de abajo.

La firma Sanahuja no volverá, sin embargo, a edificar aquí hasta 1967, mientras que la Peninsular no se detuvo, como iremos viendo.





Cruz de los Caídos, ante la cual, cada 20 de noviembre, todos los años, tras el funeral tradicional por los Caídos, el clero entona un responso, se les ofrece una corona de laurel con las cinco rosas simbólicas y después las autoridades y todos los presentes cantan el «Cara al sol», para concluir con la patriótica exclamación de «¡Arriba España!»

En octubre de 1959 se registra un hecho significativo en el Ayuntamiento. Se efectúa relevo de alcaldes. Don Ramón Martín Gómez entrega el bastón a don Casto Lurigados, y con este alcalde entra en las casas consistoriales un afán renovador. Indicio de ello será el acuerdo que se toma muy pronto, a propuesta de la Jefatura Local de F. E. y de las JONS, de erigir un monumento a los Caídos por Dios y por España en nuestra pasada guerra de Liberación.

Consiste en una cruz de granito sobre un pedestal constituido por una mesa de altar, la piedra exhibe el escudo de España y dos laterales en que constan los nombres de los caídos de Alcorcón. Se instaló al abrigo de la fachada sur del templo, y se sufragó por suscripción popular, que completó el Ayuntamiento con 30.000 pesetas.

EL BARRIO DE SANTO DOMINGO

En las postrimerías de la década de los cincuenta, la inmigración comenzó a revestirse, en Alcorcón, de caracteres alarmantes.

Pueblos de las provincias de Toledo, Cáceres, Cuenca, Jaén y otras muchas empezaban a despoblarse. Los abandonan familias enteras, en busca de los centros industrializados, y no pocas se detienen en Alcorcón.

Aquí suelen hospedarse en casas de familiares o amigos, que les habían precedido, con mejor fortuna, en el éxodo de la patria chica.

Si en 1951, los niños matriculados en la enseñanza primaria son alrededor de veinticinco, en 1959 llegan al centenar. Es un dato revelador del iniciado auge demográfico.

Las ciento cincuenta casas que existían no pueden dar más de sí; con el agravante de que están desposeídas de todo servicio de higiene. En tales circunstancias llega un hombre, procedente de Gálvez, de la provincia de Toledo, don Juan Alonso, y aporta alguna solución.

Compró ocho «fanegas de tierras» (unas tres hectáreas) de la finca denominada «Entre dos caminos». Importaron 37.000 «duros», que abonó a su propietario, don Luis Pontes, a la sazón, el cartero de la villa. Y decide dividirlas en 111 parcelas, con el objeto de facilitar su adquisición a obreros y modestos empleados.

Expuso el señor Alonso sus propósitos al alcalde, don Casto Lurigados. Este los acogió calurosamente. Le venía preocupando la angustiosa situación de tantas fa-

millas. Y, con la aprobación del Pleno inmediato del Ayuntamiento, se autorizó, con toda clase de facilidades, la nueva urbanización.

Las primeras licencias que se extendieron fueron ocho. Se habían vendido otras tantas parcelas a 6,50 pesetas el pie cuadrado. Las siguientes serían a 7 pesetas, y las últimas, a 12 pesetas.

Estas licencias dieron lugar al curioso espectáculo de que se viera a los compradores, con toda su familia, padres e hijos, hombres y mujeres, mayores y pequeños, ayudados, incluso, gratuitamente por otros vecinos, aplicándose diligentemente a levantar su hogar.

Los humildes edificios que surgían allí constaban de una sola planta; los menos, de dos; con su respectivo corral o patio. Todos ellos, según las trazas de cualquier casa de aldea. Con una particularidad, no obstante, que las licencias se otorgan con la condición de que cada interesado acometiera, a sus expensas, la red del alcantarillado y aguas, supervisada siempre por los servicios técnicos del Ayuntamiento.

Pero como quiera que las obras de construcción sólo se efectuaban en sábados por la tarde, domingos y fiestas; como quiera que los accesos eran caminos irregulares, accidentados, llenos de barro; como quiera que escaseaba tanto el dinero que los materiales había que dejarlos a deber o aplazar la continuación de la obra, y como quiera que los quebraderos de cabeza, amén de lo expuesto anteriormente, abundaban, a este barrio de «Entre dos caminos», que, oficialmente, era conocido ya por Barrio de Santo Domingo, se le comenzó a apodarar «el barrio del sacrificio».

Sería inconcebible, pero era la pura verdad. Eran los años 1959 y 1960.

Así nace este barrio, que abarca el pico que forman las calles de Fuenlabrada y Huertas, y dentro del cual están las calles de Santo Domingo, San Pedro, San Pablo, San Roque, San Juan, San Mateo y San Blas.

A título de curiosidad, reseñamos que la primera casa edificada fue la primera que aparece a la derecha de la foto de arriba. Esta casa es hoy el número 27 de la calle Fuenlabrada. A su lado levantó la suya don Rodrigo Gallego Rodríguez, quien, junto con Julián Cazorla,



instaló en su contorno un merendero que se llamó «La Solana». Este merendero desapareció a los dos años. Entretanto, don Rodrigo pudo doblar su casa. Dedicó la parte alta a vivienda, y la baja, a bar; con lo que vino a ser el primer bar del barrio, y, en su honor, hemos de agregar que fue centro promotor de la protección de animales y cuantas sugerencias nobles allí se exponen.

Bastantes casas de estas han sido derribadas y suplantadas hoy por grandes bloques.



AÑO 1960

La problemática de la enseñanza se agudizaba en Alcorcón al alcanzar el año 1960, con el desproporcionado volumen inmigratorio que registramos en nuestro capítulo anterior.

Don Jesús Varela, director del grupo escolar, llegado de Lugo en 1951, es el testigo que vive su angustia y hace tomar conciencia sobre su precaria situación a autoridades locales y provinciales con los ardides de la más diestra diplomacia.

Para estos niños había conseguido becas que disfrutaban en el colegio de la Paloma de Madrid y otros, comedor, vacaciones escolares y excursiones gratuitas, sufragadas por el Ministerio de Educación y Ciencia. Finalmente, sus gestiones afloraron en la construcción de tres aulas escolares para niños y otras tantas para niñas. El solar lo cedió el Ayuntamiento.

Por la ilustración podemos concebir una imagen de lo que son.





Entretanto, en la ciudad satélite de San José de Valderas se sigue edificando activamente.

A la sombra de los castillos se ha improvisado la fábrica de materiales de construcción, y todo contribuye a acelerar el ritmo de trabajo.

Los castillos serán los grandes testigos de la fundación y expansión de San José. En ellos se alojan las oficinas de la constructora, las primeras comunidades de religiosos, que se hacen cargo también de la enseñanza, y se celebraban los cultos.

En 1960 son ya doscientas las familias que viven en la colonia de San José de Valderas. Para su sustento, ya se habían autorizado dos despachos de pan en 1959 y una tienda destinada a toda clase de comestibles.

La tienda perteneció a don Julián Ollero Barcia, testigo cualificado del nacimiento y desarrollo de la colonia en múltiples aspectos.

Por él sabemos que el ambiente del vecindario, primero fue familiar, confiado, pacífico, acogedor, hospitalario y datos en los que él se funda son los vividos por él.

Por las mañanas, antes que los autobuses iniciaran su actividad de trasladar a los vecinos a Madrid, don Julián y su esposa colocaban una mesa larga, como si fuera un mostrador, ante las filas de viajeros. En la mesa ofrecían, por una peseta, una taza de té y una copa de aguardiente, también servían vinos, gaseosas y refrescos.

No pocas noches, allí mismo se quedaban las bebidas, los vasos y las copas y todo lo encontraban tal y como lo habían dejado, a la mañana siguiente. Los demás gé-

neros de la tienda a veces también los exponían al público y lo vendían en la misma calle. El primer bar de la colonia también será el suyo, que le abre en el único bloque, que se llama el «H-12» y que se levantó después de los bloques blancos.

Después, y pronto, se hará infinito el número de toda clase de establecimientos, a medida que se acusa el de vecindario y pérdida del ambiente familiar y hospitalario del principio.

Los dos autobuses que asistían al público eran conocidos por «La Lola Flores» y «La ambulancia», este segundo, por su parecido con tal tipo de vehículos.

De la sanidad se hace cargo el doctor don Manuel Pérez Yanes y le auxilia, como practicante, nuestro mencionado vecino don Julián Ollero, que, aunque carece de título alguno, por emergencias de la vida, había aprendido el manejo de las inyecciones.

En mayo de 1960 se firmó la licencia de apertura de la primera farmacia de Alcorcón, que se instala en San José. Anteriormente, Alcorcón dependía solamente de la farmacia de Leganés. Esta la abre don Teodoro Hijas Sánchez.

El ritmo de construcciones sigue intenso y febril, se

El ministro de la Vivienda, en Valderas





emprenden las obras de los bloques «colorados» y se perfila la plaza de Santa María de Ortigueira. Por aquel entonces, se reciben las visitas del ministro de la Vivienda, señor Sánchez Arjona, y del obispo auxiliar, don Juan Ricote, a quienes vemos en la página anterior y en ésta. Todavía se seguirán bastantes años y no volverá por aquí ningún ministro, lo que nos habla de la importancia adquirida por la entonces llamada ciudad satélite San José de Valderas.

Entre tanto, el 6 de octubre de 1960, se aprueba en el Ayuntamiento el presupuesto ordinario de 1961. Reza así:

PRESUPUESTO DE GASTOS

	Pesetas
1. Personal activo	233.035,34
2. Material y diversos	286.857,68
3. Clases pasivas	26.129,20
4. Subvenciones y participaciones	11.850,00
5. Extraordinarios y de capital	33.800,00
6. Imprevistos	8.337,81
TOTAL	600.000,00

PRESUPUESTO DE INGRESOS

	Pesetas
1. Impuestos directos	83.900,00
2. Impuestos indirectos	128.000,00
3. Tasas y otros ingresos	324.000,00
4. Subvenciones y participaciones	6.000,00
5. Ingresos patrimoniales	18.387,00
6. Eventuales e imprevistos	21.313,00
TOTAL	600.000,00

Como no existía cementerio civil, a instancias del competente organismo provincial, el Ayuntamiento acordó, el 30 de octubre, construir uno junto al católico.

En este otoño, el paro obrero vino a constituir un grave problema en las zonas rurales, que llegó a preocupar hondamente al Gobierno, mandando éste a los Ayuntamientos aplicaran, en sus respectivos municipios, el debido remedio. Se reunió la Corporación y otros responsables del pueblo, sacerdote, médico, director del grupo escolar y pudientes más señalados. Y el resultado fue abordar el alcantarillado del pueblo, empleando en este menester a todos los hombres parados.

AÑO 1961

A primeros de enero las obras del alcantarillado se adjudicaron provisionalmente al contratista don Esteban Muñoz Jerez.

La suma total a invertir sería de 218.403 pesetas, que se recaudaron por futuras liquidaciones de licencias de obras otorgadas a la distinguida y benéfica empresa Constructora Peninsular, Sociedad Anónima, la gran promotora de San José de Valderas. Decimos futuras porque en aquella circunstancia se estaban redactando



las ordenanzas municipales relativas a la construcción y fiscales, de las cuales se carecía anteriormente.

Dado que el número de habitantes en diciembre anterior había alcanzado la sorprendente cifra de tres mil trescientos cincuenta y siete, la Diputación Provincial empieza a preocuparse de Alcorcón. Por esta causa, a mediados de febrero, entra en diálogo con los ediles del pueblo sobre la construcción de la casa del médico y la traída de aguas y se comprometió a costear estas obras, pero con la aportación del diez por ciento a cargo del Municipio. Aquí, la imagen de la casa del médico.



IMPOSICION OFICIAL DEL NOMBRE DE SAN JOSE DE VALDERAS

Los fundadores de la naciente población que surgía junto a los castillos del Marqués de Valderas, con aires de ciudad, no conformes con el nombre de la finca sobre la cual se asentaba y que era «Valdecuervos», decidieron denominarla desde el principio Ciudad Satélite San José de Valderas. Conste que tal vez abonara esta decisión el hecho de que el marqués de Valderas, que creó este complejo agrícola con la construcción de los castillos, se llamó don José, y mejor todavía el que el patrono del oratorio de los castillos fuera San José. Oficialmente, sin embargo, no tomará carta de naturaleza hasta ahora.

Fue en el Pleno celebrado en el Ayuntamiento el 20

de abril donde se tomó la determinación del cambio de nombre, lo que se mandó comunicar al Servicio de Estadística para los efectos consiguientes.

En la sesión del Pleno del 21 de septiembre se aprobó satisfacer el importe de 24.985 pesetas a la Diputación, que era el diez por ciento del total que había costado la casa del médico.

Este día también se informó de que la Diputación había iniciado las actividades conducentes a la captación de aguas. Tuvieron lugar en el antiguo sitio conocido por fuente de La Canaleja y se utilizó el sistema de sondeo de bombas submarinas.

Como se advirtió en el Pleno de febrero, el Ayuntamiento debía contribuir a los gastos totales con el diez por ciento, que serían 300.000 pesetas. De otra parte, una vez traídas las aguas, había que confeccionar por cuenta de la Casa Consistorial la red de distribución general para el suministro a todas las fincas del pueblo y construir la estación depuradora del mismo, todo lo cual importaría cerca del millón y medio de pesetas.

Al carecer las arcas municipales de esta cantidad, se facultó al alcalde, don Casto Lurigados, para que solicitara un préstamo a largo plazo al Banco de Crédito Local de España. Este préstamo fue concedido por el banco, pero denegado por la Delegación de Hacienda por no haber entrado en vigor aún las ordenanzas fiscales de la localidad.

Tal denegación implicaba que si en Alcorcón había que tender la red de abastecimiento de aguas a todas las casas, ello debía pesar sobre los hombros del vecindario. Requería que el Ayuntamiento gravase a los habitantes con los arbitrios, tasas, contribuciones y cuantos medios se han ideado para sacar dinero.

Pero la Corporación se opuso. Renunció a cargar con nuevos gravámenes las modestas economías particulares. Y acometió las obras como sus cortas posibilidades pecuniaras y larga astucia le inspiraron. De momento, como dicha obra no se podía abordar sin contar con el respectivo proyecto estudiado por un ingeniero competente y sin retirarlo de su respectivo colegio mediante el abono de 60.000 pesetas, el alcalde se vio obligado a pedir las porque el Ayuntamiento no las tenía. A título de

préstamo, se las pidió a un rico hacendado de la comarca, el cual, a la hora de serle devueltas, tuvo la gentileza de regalárselas al municipio.

Posteriormente, de acuerdo la Corporación local con el ingeniero de la Diputación, las tres fuentes que había de instalar ésta en Alcorcón fueron ubicadas en los tres puntos más extremos del poblado existente. Con ello se conseguía que la tubería general cubriera todo el casco habitado, que fuera mínimo el coste de enganche de las casas privadas a la mencionada tubería y mínima la aportación del Ayuntamiento al abastecimiento de agua potable al pueblo. Y a partir de entonces cuantas familias lo desearon, que fueron la inmensa mayoría, dispusieron en sus domicilios de agua corriente.



Para el cuarto trimestre de 1961, la empresa constructora de San José de Valderas aportó una solución envidiable, en principio, al problema de la enseñanza y asistencia religiosa a los vecinos.

Una comunidad de frailes y otra de religiosas sería lo más adecuado, y para ello diligenciaron la venida de los Padres Trinitarios y Hermanas Carmelitas, a las que en febrero siguiente sucedieron las del Amor de Dios. Llegaron en noviembre.



Una vez más, se recurre a los castillos, y en sus dependencias se van a instalar las aulas en que se han de impartir las clases, y la capilla.

En el curso de 1961-1962 los alumnos que se matricularon con los frailes fueron setenta y cinco, que cinco años después serían doscientos cincuenta, y diez años más tarde, mil doscientos. Las niñas matriculadas fueron algunas más, pero también pocas.

Antes, los niños subían a los colegios de Alcorcón y otros a la academia que improvisó una señora inválida llamada doña Sara, aunque el primer centro docente de la colonia legalmente constituido fue la academia Rujón.

La Constructora Peninsular, S. A., entregó a la Orden Trinitaria 10.000 metros cuadrados situados en la actual plaza de El Ferrol del Caudillo. Terreno éste en el que se edificaría el colegio que denominamos de La Santísima Trinidad y un complejo parroquial que presentará por titular a San Juan de Mata, fundador de la Orden.

Y no concluiría 1961 sin que en el mismo Alcorcón, en la calle Polvoranca, esquina a la de Madrid, que entonces no existían, elevara sus naves la primera fábrica. La montó la Sociedad Ibérica de Parquets y Pavimentos. Más de medio centenar de empleados estaban empadrona-

dos en el pueblo. Esta fábrica fue conocida por el nombre de la marca de su producción, esto es, Parquet Boisé, hasta mediados de 1972, en que fue trasladada a otra zona. Los directivos de esta industria y en particular don Rafael Lois merecen en la historia de Alcorcón un puesto de honor. Ellos colaboraron generosamente a cuanto la población les pidió para fines benéficos, religiosos, culturales y deportivos.



AÑOS 1962-1963

En el año de 1962 entra a la sazón en perfecto funcionamiento el colector visitable que conduce las aguas residuales no sólo de la colonia, sino también de la parte nordeste del casco antiguo de Alcorcón hacia el arroyo Butarque. Para mejor documentar esta información acompañamos la consiguiente imagen del mismo.

Este mismo año se terminan los bloques colorados, que vemos en la fotografía adjunta, cuyos portales dan a las calles de Caldas de Reyes, con la enumeración par, y a las de Celanova y Carballino, con la enumeración impar.





Y en el templo de Santa María la Blanca se inaugura la capilla, en que se coloca la imagen de Jesús Nazareno, que donó en 1959 la familia García-Gómez. Esta imagen inspirará la devoción de los fieles y será uno de los pasos que contribuirán al esplendor de las procesiones de Semana Santa.

Para 1963 el barrio de Santo Domingo, a unos trescientos metros del casco de Aleorcón, estaba ya perfilado. Casitas bajas, blancas, muy modestas. Construidas por los humildes propietarios para ser habitadas por sus mismas familias, con recuerdo de sus pueblos de origen, perdidos en Andalucía, Extremadura o Toledo.

Junto al primer bloque, que el año anterior ya había roto la línea rústica del caserío, surge otro inmueble similar. Se hallan ubicados en la calle del Clavel. Los levantó la empresa E. Muñoz y Hermanos, S. A. Testigo de ello es la fotografía que acompañamos.

Igualmente se inician las excavaciones de los cimientos de la colonia Torres Bellas. Distan de la plaza del Ayuntamiento, aproximadamente, un kilómetro. Corren a cargo de la constructora Galmar, S. A., que había de dar en quiebra alrededor de 1960. Aquí alternarán torres de diez plantas con otros edificios de cinco.

En San José de Valderas prosigue sus obras, perfeccionándose cada vez más, la Peninsular.



La nota más reseñable del año será, sin embargo, la inauguración del cuartel de la Guardia Civil, que se instala provisionalmente en unos locales de la fachada norte del bloque H-12. Este edificio es el primero que, con cierto empaque, se adelanta a otros que aparecerán cinco años después en la llamada ciudad satélite.

Publicamos una imagen del mencionado bloque porque había de ser el primero de la calle que se llamará Puente deume y el primero de la acera de los números impares de la calle Betanzos.

La primera plantilla de la representación de la Guardia Civil en Alcorcón la compusieron un cabo y cinco números. Estos fueron don Mariano Rueda, don Victoriano Herrero, don Pedro Martín, don José Díaz, don Julio Torollo y don Blas Bragado. Con el tiempo la plantilla aumentaría hasta diez.

Les dio posesión el alcalde, don Casto Lurigados, el día 1 de diciembre de 1963, con gran satisfacción de todos los vecinos.



AÑOS 1964-1963

La fiebre de las construcciones está prendiendo con ahínco en las mentes de muchos hombres de empresa y, como reiteramos, la silueta rural de Alcorcón recibe los rudos golpes que nos muestran las imágenes con que ilustramos nuestras páginas.

Un sector muy limitado, pero muy notable, de la industria madrileña comenzó con Parquet Boisle a trasladarse a Alcorcón. Estas se sitúan en la periferia del casco antiguo y empiezan a aparecer la avenida de los Carabanchelles. La mayoría de las fachadas de los edificios de la derecha se terminaron en 1968.

En este tiempo, aparte de los ya mencionados, en las calles antiguas surgen otros bloques modernos. Estos se multiplican por las fincas colindantes al caserío y aparecen calles perfectamente delineadas, aunque no estén preparadas para los avatares de la vida actual.

Las primeras calles son las de la Espada, Arboleda, Guindales...

Concretando más, el 8 de septiembre de 1964 se asienta en un bello chalet existente junto a la carretera de Extremadura, el Instituto religioso Filiación Cordimariana. Su destino se cifra primordialmente en la formación de sus miembros. En 1967 solicitarán del Ministerio de Educación y Ciencia la creación de dos unidades escolares, con lo cual serán sesenta niñas más las que recibirán enseñanza gratuita.



Avenida de los Carabanchales y calle de la Espada



El 8 del mismo mes, las Misioneras Seculares de Jesús Obrero inauguran, en San José de Valderas, un colegio que, en 1968, ascenderá a sección filial del instituto femenino Lope de Vega, con el número 10. Aparte de la enseñanza primaria, se impartirá ya enseñanza media.

La instalación de estas nuevas comunidades religiosas en Alcorcón contribuyen a imprimir un sello más acusado de distinción a la expansión gigante que se vislumbra.

Las imágenes de abajo responden: la primera, a la zona centro del antiguo Alcorcón, con los dos bloques juntos de la calle del Clavel, y la segunda, a la residencia de Filación Cordimariá.





Colégio de las Misioneras Seculares de Jesús Obrero, más conocido por Colégio de la Inmaculada

AÑO 1966

El 20 de febrero de 1966 la erección canónica de la parroquia de San Juan de Mata, en la ciudad satélite San José de Valderas, se exteriorizó con solemnes ceremonias y bulliciosa alegría.

Realzaron con su presencia tan singular efemérides el obispo auxiliar, don Ricardo Blanco, en representación del señor arzobispo, don Casimiro Morcillo, los superiores de la Orden Trinitaria y las autoridades locales.



Con este motivo, el día anterior, por la tarde, todos los vecinos, en emocionante procesión, trasladaron, desde la capilla del castillo a la del colegio Santísima Trinidad el Santísimo y las sagradas imágenes que allí habían venerado. Pese a la inclemencia del tiempo, lluvia y viento racheado, no decayó el fervor.

La capilla de este colegio ha sido la sede de la nueva parroquia hasta la inauguración del actual templo.

Tal vez, por cuanto representaba, sea éste el acontecimiento más sobresaliente del decenio 1960-1970.

Para auxiliar al párroco en su tarea pastoral se nombraron dos coadjutores.

El complejo docente y residencial de los Trinitarios, sin embargo, no se bendijo hasta el 11 de noviembre coincidiendo con la visita a España del padre Miguel Nardone, general de la Orden.

A partir de este curso, en dicho colegio se empieza a impartir Enseñanza Media, con el título de sección filial,

El reverendísimo padre ministro general, rodeado de un grupo de asistentes al acto inaugural



número 14, del instituto Ramiro de Maeztu, de Madrid, y Enseñanza Primaria como colegio oficial del Estado. Los alumnos que ingresaron en este curso fueron 400. Recuerdese que este colegio inició sus actividades en el castillo en 1961 sólo con 75 matriculas.

Este mismo año se adjudicaron nombres propios a las calles de la colonia. Por la circunstancia de ser oriundos de Galicia la mayoría de los socios de la gran empresa constructora, la Peninsular, se eligieron nombre de pueblos gallegos. Así tenemos los nombres de Betanzos, Noya, Puentevedume, Ferrol del Caudillo, Carballino, Fonsagrada, Cambados, Tuy y otros que se pueden leer en la guía de calles. Fue sugerencia de don Ricardo Fernández Morales, abogado y dirigente de la acreditada empresa.

Al año siguiente, estos nombres se repetirían en otra célebre urbanización de Madrid, la conocida por barrio del Pilar.

A finales de 1966 regresa la firma Sanahuja de Barcelona, de donde procede, para edificar en sus propiedades. Suyos serán los bloques que exhiben nombres de la mitología. El primero fue el llamado Vulcano, que, con los otros tres inmediatos, componen la denominada, actualmente, plaza de Júpiter, y que vemos en la imagen inferior.



UN OVNI, EN ALCORCÓN

El 1 de junio de 1967, a las 8,20 horas de la tarde, un ovni visitó el término de Alcorcón. Durante doce minutos permaneció inmóvil y balanceándose sobre la colonia de San José de Valderas. Con más exactitud, como vemos por las fotografías, parece que escogió deliberadamente la ubicación de los castillos, para observar mejor desde ellos y sobre ellos.

Sobre la presencia de este ovni (objeto volador no identificado) en nuestra tierra se ha realizado un estudio bastante acabado con el título de «Un caso perfecto». Antonio Rivera y Rafael Farriols son los autores de este interesante libro. He aquí cómo nos describen el ovni.

«Se trataba de un objeto enorme, discoidal, de forma lenticular, provisto de una cúpula brillante, en su parte superior. Su forma general recordaba la de dos palanganas encamadas por su parte cóncava. En su panza o parte inferior, mostraba un curioso dibujo, que la ilustración (pues el objeto fue fotografiado con toda nitidez) permite comparar a una enorme letra 'H' con una 'I' en el centro.»

«El objeto está dotado de luminosidad anaranjada. Sus extrañas maniobras (inmovilización entre veintiseis y treinta metros de altura, para permanecer balanceándose como una hoja muerta y partir después, a velocidad vertiginosa, hacia la Casa de Campo), apuntan hacia un sistema de propulsión o traslación todavía desconocido, que, ciertamente, debe apeteecer a nuestros

científicos, más aún, a sabiendas de que se puede lograr; pues 'algunen' lo ha conseguido.»

«De acuerdo con este sistema, parecen estar relacionados los cambios de colaboración experimentados por el VED.»

«De San José de Valderas partió, como decimos, hacia la Casa de Campo, para efectuar un breve aterrizaje en un descampado de la colonia de Santa Mónica, y desaparecer.»

«Al día siguiente, día 2, en 'Informaciones' se publicaron dos fotografías, con la respectiva y sensacional noticia.»

Destacamos que entre los testigos de aquella rarísima novedad se encuentra nuestro distinguido literato don Anselmo de Virto.

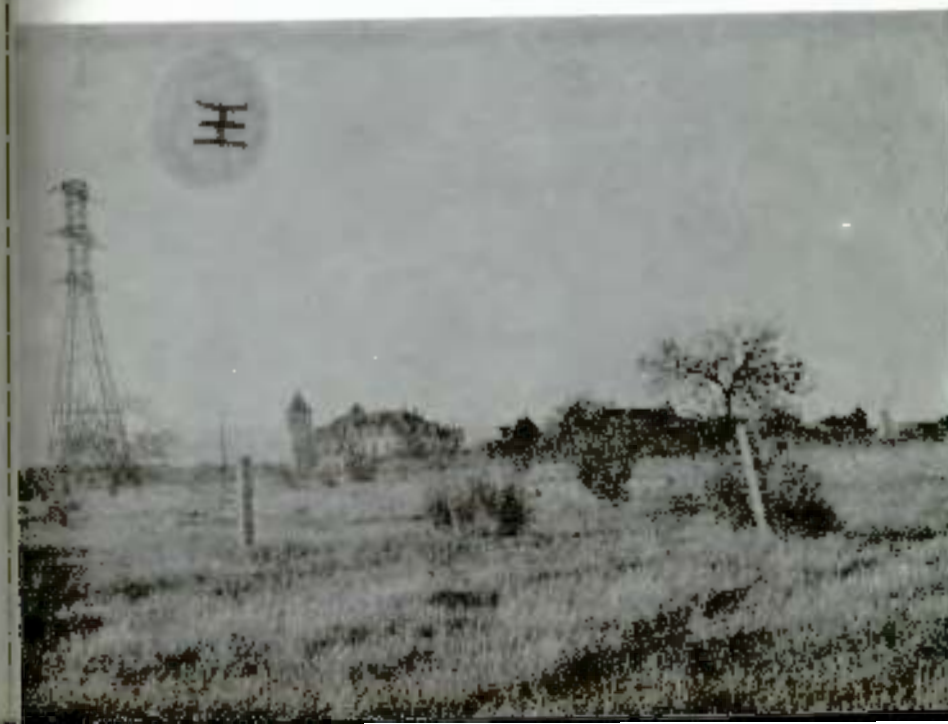
Queremos dejar constancia de que «el caso de San José de Valderas» ha sido objeto de artículos y extensos estudios en las mejores revistas especializadas del mundo: la inglesa «Flying Saucer Review», la francesa «Phénomènes Spatiaux» (órgano del GEPA o Groupement pour l'Etude des Phénomènes Aériens, que presidía el general Chassin, ex coordinador de la defensa occidental de la O. T. A. N.), en la italiana «Cuna», etcétera; y en Dinamarca, el gran escritor Jacob Paludan, gloria de las letras danesas, le dedicó un artículo elogioso en «Aarhus Stiftstidende», del 13 de diciembre de 1972.

Hasta aquí, algo de lo expuesto por los autores de «Un caso perfecto», por considerar al caso del ovni de San José de Valderas como uno de los más completos registrados hasta hoy. A continuación vamos a dar alguna información acerca del fenómeno OVNI o VED, siguiendo a los mismos autores:

«Bajo la denominación de 'Objetos no identificados', designamos a todos aquellos fenómenos celestes que no se hallan comprendidos dentro de ninguna de las categorías conocidas, naturales o artificiales, a saber: meteoros, cuerpos celestes, aeronaves, espejismo y, más recientemente, cohetes y satélites.» Y para designar precisamente a tales objetos en cuanto vuelan se les llamó OVNI, que quiere decir OBJETO VOLADOR NO IDENTIFICADO, que en época inmediatamente anterior se les conoció por PLATILLOS VOLANTES, y sin



Arriba: El VED de San José de Valderas. Otra vista lateral. Se ve perfectamente la cúpula transparente. Foto tomada por fotógrafo desconocido. Abajo: El VED de San José de Valderas. Detalle de la parte interior



Otra aspecto del VED de San
José de Valdersa

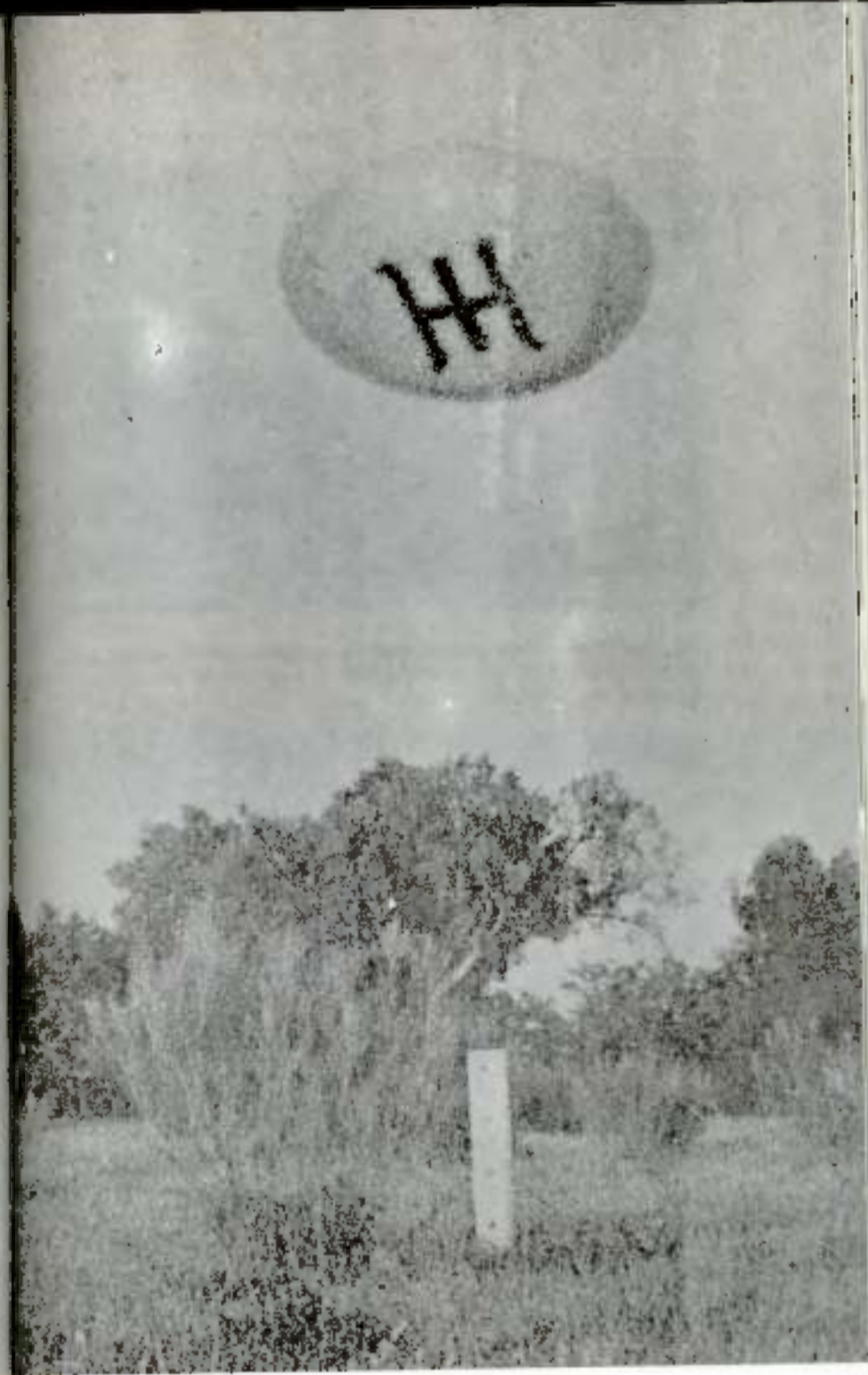


tener nada que objetar a esta denominación, los autores del libro que nos ocupa han propuesto la sigla VED, que quiere decir «Vehículo Extraterrestre Dirigido» y que se utiliza con relativa frecuencia.

Se ha especulado con muchas hipótesis para explicar el origen de los fenómenos observados. La hipótesis que explica un mayor número de aspectos de la cuestión es la Interplanetaria, la E. T. H., de J. E. McDonald...

Se ha esgrimido mucho también la hipótesis 'espejismo', cuyo adalid es Donald H. Menzel, distinguido astrofísico de Harvard, pero cuando el «Air Technical Intelligence Center» le entregó sus mejores informes sobre cincuenta y un casos, Menzel dio la callada por respuesta; incapaz de explicarlos según su teoría.

Todos los intentos de explicación, pues, son insuficientes, para llegar a la conclusión, dentro del misterio que la encierra, de que «ES POSIBLE QUE LA TIERRA SEA VISITADA POR VEHICULOS INTERPLANETARIOS».





Arriba, calle de la Princesa, y abajo, dos aspectos de la calle Arboleda Alta



AÑOS 1967-1968

Terminadas sus obras en la calle la Espada, la empresa Construcciones Sánchez Peña, S. A., al iniciarse el 1966 trasladó sus actividades a los solares de donde arrancarían la calle Princesa. Estas viviendas las entregaron ya en 1967.

Aquellos pisos se vendieron por precios que oscilaron entre las 90.000 y 130.000 pesetas, que eran los que andaban en boga. Constan de tres dormitorios, salón-estar, aseo y cocina.

A continuación acometieron, en unión con otras empresas, el saneamiento de toda esa zona por la que vertían las aguas fecales del pueblo y sobrantes del pilón de la fuente vieja y lavaderos. A este fin instalaron por allí un colector que las condujera al arroyo de la Arboleda Baja.

A algunos edificios que, recientemente y aislados, habían surgido, se unen ahora los de esta firma y quedan trazadas las calles de los Guindales, Arboleda Alta, de donde partiera el arroyo que se llamó de la Arboleda, por los árboles que le escoltaron; las calles de Badajoz, Cáceres, Portugal y adyacentes, algunas de las cuales integraron la colonia de San Cosme de Nullán, denominación que se olvidó en seguida.

En lo que fue "era de Talavera", la Constructora Iciar, S. A., entregó en 1967 los primeros bloques que han levantado en su historial. Son los que llevan los números 30, 32, 34 y 36 de la calle la Iglesia. Todos se vendieron en el tiempo récord de cuarenta y ocho horas.

Al excavar los cimientos de estas casas se encontra-



Dos aspectos de la calle Guindales



Calle Badajoz
y avenida
de Portugal



ron con numerosas vasijas de loza y una cueva de origen desconocido, de la que hay quien afirma que recorría todo el poblado primitivo y desembocaba en el pequeño despñadero que delimita la calle de la Iglesia y la cerámica, que se extiende desde aquí a la carretera general de Extremadura.

Durante la explotación de esta cerámica o tejar se descubrieron cinco hornos en forma de botella, llenos de cántaros, cazuelas, platos, tazas, botijos, ánforas, tjestos, orinales, jarros, pucheros, ollas, palanganas, palmatorias, etcétera. Estos descubrimientos se han repetido con cierta frecuencia por otros ángulos de las inmediaciones del casco antiguo. Asimismo, se hallan monedas de épocas diversas, de algunas de las cuales publicamos su imagen. De las mismas guarda una respetable colección el constructor alcorconero don Julián Muñoz.



Terrenos de la cerámica a que aludimos en la página anterior

Igualmente, durante estos años, la Iciar, S. A., despliega su labor edificante en terrenos que se van a transformar en las calles Virgen de Iciar, Alava, Vizcaya, Guipúzcoa y otras más. La de Guipúzcoa es la primera calle que se pavimenta en Alcorcón.

Al lado de estas calles está construyendo Galmor, S. A., empresa que quiebra y abandona no pocos de los compromisos adquiridos, dejando muchos inmuebles en los ciñientos en este sector y también en el de Torres Bellas.

Calle Virgen de Iciar



Otras constructoras invaden Alcorcón con ahinco similar a las anteriores y trabajan aceleradamente por estos y otros barrios o cercanías, de forma que se crean otras calles y parques. Son Jabonería, prolongación de la calle Mayor, Fuenlabrada, Huertas, Los Cantos, Polvoranca y Hogar 68.

El más deplorable de los datos a registrar en 1968 es el de que, después de mil años de existencia y especialidad en Alcorcón, se extingue la industria de la alfarería con el cierre del último alfar que quedaba. Los últimos alfareros han sido don Luis y don Julio Ortega Díaz.

Calle Jabonería y calle de los Cantos



Prolongación de la calle Mayor y calle Fuenlabrada





Dois ângulos do Parque de Lisboa



ANO 1969

En 1969, dentro de la posesión de San José de Valde-
ras, empiezan a surgir el Parque de Lisboa, Parque
Grande, Parque Viñagrande y la colonia de Bellavista,
y en la finca de Campodón, a cinco kilómetros de dis-
tancia, la urbanización de este nombre.

PARQUE DE LISBOA

A primeros de 1969 se traza la avenida de Lisboa, se
abren los cimientos de los inmensos bloques del llamado
Parque de Lisboa y, a la par, se siembran los arbustos,
plantas y rosales que imprimirán un tono exótico a la
zona. En total, se ha previsto construir seis mil vivien-
das, que formarán las calles de José Antonio, Príncipe
Juan Carlos, Princesa Sofía, Cabo San Vicente, Porto
Alegre, Porto Cristo, Porto Colón, Porto Lagos y prolon-
gación de la avenida del Generalísimo, con amplias pla-
zas en sus respectivas fachadas posteriores. Los promo-
tores de este Parque habían comprado el año anterior,
a la Constructora Peninsular, S. A., 405.000 metros cua-
drados de la finca de San José de Valderas, por 256 mi-
llones de pesetas, y a un particular, los 40.000 metros
cuadrados, que ya poseía en la misma, según rumores,
por 60 millones. Las obras del Parque han finalizado
en 1976.



PARQUE GRANDE

Tres cooperativas madrileñas, Duero, Donus y Arcos, fruto de las Hermandades del Trabajo, habían comprado, igualmente, a la Constructora Peninsular, S. A., y a Sanahuja, S. A., 108.000 metros cuadrados. Entre las tres cooperativas levantaron seis bloques de siete plantas y ciento veinte viviendas cada uno. Cada piso mide 77 metros cuadrados, menos los de las esquinas, que cuentan con poco más; por eso, si la mayoría importaron 245.000 pesetas, el coste de los otros fue de 286.000 pesetas.

Cada conjunto de bloques está dotado de espacios ajardinados, locales comerciales, sanitarios y de esparcimiento adecuados.

Las ilustraciones de arriba de las dos páginas corresponden al grupo de viviendas de la Cooperativa Duero; la de abajo, a los primeros bloques del Parque de Vinagrande



PARQUE VINAGRANDE

Parque Vinagrande es la tercera urbanización que se perfila este año en San José de Valderas, en el sector de los Castillos. La compondrán tres bloques, dos de nueve plantas, cuya fotografía publicamos, y el tercero de siete plantas, más los bajos. En total son 478 viviendas. Aquí



se da la curiosa circunstancia de que, al encontrarse en los límites de los términos jurisdiccionales de Alcorcón y Leganés, la mayoría de los pisos pertenecen oficialmente al Ayuntamiento del vecino pueblo.

BELLAVISTA

Es una colonia aparentemente de atractivo aspecto y admirable situación, pero, aunque todavía persisten algunas, en sus primeros tiempos estuvo llena de dificultades para habitarla. Su más aguda problemática radicaba en estar bloqueada por la autopista de Extremadura, distante 300 metros de la fachada principal, y por la vía del Suburbano, que discurre a pocos metros de la fachada posterior, no quedándoles otro remedio de comunicación con Alcorcón que un camino nefasto. Ha sido preciso que sus moradores se hayan visto obligados a plantarse ante constructores y autoridades reiteradamente hasta conseguir accesos dignos en diversas direcciones. Constituyen esta colonia cuatro bloques, los tres primeros, edificados por Cea, y el cuarto, por la Cooperativa del Buen Aire, con un total de veinticuatro portales y unas 350 viviendas, que forman la calle de Sahagún, pueblo leonés del que era natural uno de los primeros constructores. El nombre de Bellavista fue elegido por éstos, buscando su impacto comercial.



Aquí, una vista aérea de los cuatro bloques de Bellavista, y en la página siguiente, dos aspectos de Campodón

CAMPODÓN

Por el año 1969, la empresa Provils cesó de construir la colonia de Campodón, nombre que tiene en el término de Alcorcón este lugar, por dar en quiebra. Habían levantado cinco bloques de cuatro plantas, con un total de noventa y seis pisos. Abandonadas las obras, los modestos compradores debieron completar los requisitos de habitabilidad, que todavía eran necesarios. Pero de éstos sólo vinieron a residir en Campodón sesenta familias, que suman alrededor de 240 personas. Este complejo urbanístico se halla a cinco kilómetros de Alcorcón, por la carretera de San Martín de Valdeiglesias.



OTRO DATO DE 1969

En las fiestas patronales de septiembre de 1969 la Santísima Virgen de los Remedios estrena la artística carroza que le ha regalado una familia distinguida de Alcorcón.

Y, sin más novedad, termina el año 1969 y entramos en 1970.

LOS ULTIMOS ALCALDES DE ALCORCON

Los alcaldes nombrados desde 1939 hasta 1970 han sido: don Higinio Chicote Torrejón, don Casimiro Sevilla López, don Marcelino González Ibeas, don Ramón Martín Gómez, don Casto Lurigados Gómez, don Luis Pontes Gómez, don Manuel Blanco Lurigados y don Ramón Godino Pardo.

CENTRO SOCIAL DE SAN JOSE DE VALDERAS

A mediados de 1959 llegaron los primeros pobladores de San José de Valderas, como tenemos anotado.

En la primavera de 1960, bajo los pinos próximos al castillo, se celebró la primera reunión de vecinos que iba a organizar el Club Deportivo San José de Valderas.

Otros habitantes sienten la necesidad de agruparse para resolver en común los problemas que surgen y piensan en un centro que les acoja.

Transcurre entre trámites el resto del año, y con un donativo de 50.000 pesetas, por parte de Cáritas, en marzo de 1961, inicia sus actividades el Centro Social de San José de Valderas, fusionándose los gestores del Centro y el Club Deportivo con su más de cincuenta socios.

La primera Junta Directiva la compuso don Emilio Alvarez, presidente; don Pedro Martínez, secretario; don Lorenzo Pascual, tesorero, y don Luis Martín, vocal de Cultura.

Doña María Luisa Gómez fue la dinámica asistente social que les solucionó las difíciles cuestiones de toda índole que les afectaron.

Pronto se impartieron en el Centro clases de pintura, idiomas, taquigrafía, cultura general, corte y confección, que corrieron a cargo de don Luis Martínez, don Luis Lara, don Mariano Pérez y don Pedro Postiguillo.

Para facilitar la enseñanza se creó una biblioteca, con aportaciones particulares, y para fomentar la buena

armonía, se promovieron excursiones, concursos de dominó, ping-pong, ajedrez, mus, etcétera, de todo lo cual, como de bar, se dispuso en el Centro Social desde el principio.

Gracias al Centro Social, igualmente, se realizaron las fiestas patronales de San José Obrero, el 1 de mayo, con la programación de actos culturales, recreativos y deportivos, hasta llegar a organizar corridas de toros algunos años.

Y todas estas actividades se han venido repitiendo año tras año, directiva tras directiva.

En un principio, se instaló en un amplio local, cedido por la Constructora Peninsular, en la plaza de Santa María de Ortigueira, al que corresponden las ilustraciones adjuntas. Aquí estuvo hasta el 7 de abril de 1971. Inmediatamente, se tuvieron contactos con la Empresa Sahanuja, la otra gran constructora de la colonia, y donó los locales bajos que tenía a la espalda del bloque Marte II, que se inauguró el 26 de febrero de 1972.

Fachada de los primeros locales del Centro Social y, en la página siguiente, dos interiores del mismo



ESCUELA DE FORMACION INTENSIVA PROFESIONAL

Otros de los frutos del Centro más dignos de subrayarse son la creación de la Escuela de Formación Intensiva Profesional el año 1963, y la creación de la Asociación de Cabezas de Familia de Alcorcón, aprobada por orden gubernativa el 8 de marzo de 1971.

De la Asociación de Cabezas de Familia hablaremos cuando historiemos los años posteriores a 1970, por lo cual ahora sólo nos detenemos en la escuela mencionada.

La Escuela de Formación Intensiva Profesional se fundó siendo presidente del Centro Social don Jesús Sancho Iglesias, que asumió la dirección de la misma. Se hizo cargo de la habilitación la asistente social doña María Luisa Gómez, y fueron los profesores de cultura general don Cosme Sancho y de tecnología y prácticas los señores Burgos y Paredes. El edificio es propiedad de la Constructora Peninsular, hoy Promotora de Cooperativas y Comunidades, S. A.

Se inauguró el 1 de abril de 1964, con un curso de albañilería, que se impartiría a treinta alumnos. Y con este cuadro de dirección y profesores permanece hasta el 31 de julio de 1967, periodo en el cual se planificaron seis cursos de carpintería metálica.

A la hora del relevo, tomó la dirección don Anselmo de Virto, y las riendas de la habilitación, don Eduardo Martín. Ambos se esfuerzan, denodadamente, por conseguir becas, y logran iniciar un nuevo curso de carpintería metálica el 14 de marzo de 1968. Ahora los profesores son: de cultura general, don Ernesto Aldea, y de prácticas y tecnología, don Cosme Gómez. Se matricularon diecisiete alumnos, todos en desempleo, por expediente de crisis.

Anécdota curiosa de este curso es que hubo un alumno que lo terminó con la calificación de sobresaliente. Después realizó un curso para monitores y en la actualidad se encuentra de profesor de tecnología y prácticas en esta escuela. Se llama don Ramón García.

Los cursos hasta el presente formalizados han sido veintuno, y los alumnos que han pasado por ellos han sido trescientos cincuenta, cuyas edades oscilan de dieciocho a sesenta y dos años.



La Escuela
de Formación Intensiva Profesional,
una más
de las admirables
aportaciones
de Constructora Peninsular,
hoy Promotora de Cooperativas
y Comunidades, S. A.,
al progreso
de Alcorcón. Está ubicada
en San José de Valdearas



LA VIRGEN DE LOS REMEDIOS, PATRONA DE ALCORCÓN

La devoción a la Santísima Virgen de los Remedios es de origen desconocido en Alcorcón, aunque se podían aventurar algunas hipótesis. No obstante, con toda certeza, por cuanto nuestros lectores habrán apreciado, debe datar del siglo XVII.

En el siglo XVI no se la menciona en absoluto en las Relaciones de Felipe II y el primer vestigio son dos cetros con su imagen esculpida, uno de 1706 y otro de 1710.

El primer escrito que hace referencia es el de las "Descripciones de Lorenzana", en 1786. De la ermita se lee: "Está en el camino real de Madrid, consagrada a Nuestra Señora de los Remedios, medianamente adornada, y se festeja el 8 de septiembre."

Un documento muy significativo de mediados del siglo pasado es el dibujo del retablo e imagen de la Virgen que publicamos con las indulgencias que otorgaron dos prelados. Descifradas las abreviaturas menos inteligibles, quiere decir lo siguiente: "Verdadero retrato de Nuestra Señora de los Remedios, que se venera en una ermita fuera del lugar de Alcorcón. El ilustre señor don Felipe Bertrán, obispo de Salamanca, inquisidor general, concede cuarenta días de indulgencias a todos los fieles que devotamente rezaren una Salve o tres Avemarías en reverencia de las tres purezas de María Santísima ante esta imagen. Y el excelentísimo señor Cardenal de la Cerda y San Carlos, patriarca de las Indias, concede ciento a todos los fieles que rezaren una Salve ante esta santa imagen

o sus estampas rogando a Dios por la exaltación de nuestra santa fe católica, etc.»

Este documento apareció en casa de don Mariano Lejárraga en 1971 y lo conserva doña Francisca García Blanco, la cual nos lo ha proporcionado.

También deducimos que en seguida debió acaparar la devoción de los alcorconeros, porque todo lo que ensaltea su solemnidad, cofradía, carroza, festejos religiosos y profanos son antiguos y elocuentes. Como prueba de nuestro aserto, mostramos un facsímil del cartel de los toros de las fiestas de 1926, en la página, 262.

En 1936, marxistas del Frente Popular llegados de la capital con su tea incendiaria, acabaron con todo cuanto guardaba la ermita. Fue en los más lúgubres y tenebrosos meses vividos en Alcorcón, agosto, septiembre y octubre de 1936.

Tras la victoria de Franco, que se rebela contra tanta impiedad, don Victoriano Gómez regaló la imagen que vemos sobre el diseño de la primitiva ermita, según interpretación de don Tomás Plaza.

Se restauró la antigua cofradía, se construyó la actual ermita, don Benjamín Fonollosa confeccionó una carroza similar en todo a la anterior. Y no aparece posteriormente novedad alguna destacable hasta que, en 1969, el matrimonio compuesto por don Zacarías Serrano y doña Francisca García donan la artística carroza sobre la que desfila la sagrada imagen al presente, cada 8 de septiembre.

Esta carroza se debe al distinguido escultor don Faustino Sanz Herranz, el Berruguete moderno, como le ha llamado algún crítico. Las fotografías completan cuanto podíamos agregar en su alabanza.

El matrimonio mencionado igualmente ha dotado a la Virgen de una valiosa corona, mantos, estandarte y gran parte de los ornamentos y ajuar litúrgico de la ermita. Aquí ellos bien merecen un puesto de honor.

Por iniciativa de don Dantel de Dios, el 31 de mayo de 1974 se impuso a Nuestra Señora de los Remedios el Lazo de Honor del Báculo de la Paz Mundial, otorgado por la Asociación de Corresponsales de Guerra de España.

A partir de octubre de 1974 se viene abriendo a los devotos de la Virgen la ermita todos los sábados por la tarde y los domingos por la mañana. Rasgo éste que se debe a don José Martínez y don Tomás Plaza.



Antigua carroza y antigua ermita de la Virgen





VILLA DE ALCORCÓN

FIESTAS POPULARES DE 1926

en honor de la Patrona del pueblo

NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS LOS DÍAS 7, 8 Y 9 DE SEPTIEMBRE

Las autoridades municipales, con el asenso de la Hermandad, han confeccionado el siguiente

Programa Oficial de Festejos

DÍA 7.—A las doce y media, entrada de la banda que dirige el profesor D. Ramón Lobo Araujo, y saludo a las autoridades locales.

A las 17, Vísperas en la parroquia de Santa María la Blanca. A las 20, subida de la Virgen, en un hermoso carro triunfal, desde su ermita a la iglesia, y acto seguido

SALVE A TODA ORQUESTA

con sintonía y moletes. A las 25

FUEGOS ARTIFICIALES

en la Plaza de la Constitución, a cargo del pirotécnico D. Manuel Humanes, de Villahuenga, y **Bailes públicos**

DÍA 8. A las 6, **Danza** por la banda que recorrerá las principales calles del pueblo. A las 10,

MISA SOLEMNE

con sermón a cargo del Sr. Cura Regente de esta villa D. Andrés Cerdón González.

A las 13, **Entrada de las reas, lausa e insignias** de la Virgen entre sus cofrades.

A las 15 **Baile público** en la Plaza de la Constitución, y a las 20

PROCESION de la SAGRADA IMAGEN

por su dilatada carrera hasta su ermita. A las 25, **Baile popular** en la citada Plaza, con banda y maulubrio

DÍA 9.—Con el permiso necesario se celebrará una recepción de la acreditada gaditana de DON JOSÉ GARCÍA, de Salamanca.

A las 10, **subida de las reas** que irá de lidiane por la tarde, y a las 16,

GRAN CORRIDA de BECERROS

compuesta de cinco de lidia y uno de muerte, a cargo de la siguiente cuadrilla

ESPADÁ

ANTONIO CARRICHES

BANDERILLEROS. Abelardo Navarro, Juan Llorca (Banderillas) y Carlos Arango (Banderillas)

SEÑORAS DE LA FERIA. Doña María (Banderillas), Doña Carmen (Banderillas), Doña Ana (Banderillas)

PUNTLERO: Abelardo Navarro

Una banda de música, encargada a efecto, amenizará el espectáculo con lo más selecto de su repertorio

A las 19, **Baile público final**

La entrada a la Plaza para presenciar la corrida será gratuita, y durante estas fiestas tendrán lugar Banderillas públicas y particulares, bajo la dirección del acreditado electricista D. Daniel Vicente de Lucas.

Advertencias.—1.º No se harán más heridas que las anunciadas, y si algunas se inutilizan para la lidia no se podrá exigir nada. 2.º También serán anulados los lidiadores que se inutilicen en la noche. 3.º Se prohíbe arrojarse al terreno piedras, cáscaras de frutas u otros objetos que puedan perjudicar a los lidiadores. 4.º No se permitirá bajar al terreno la lidia ni la salida en los banderillos a menos que algunos ejemplares de la cuadrilla, con la sola excepción de su dependencias y los señores de la autoridad. 5.º Si no pudieran cerrarse los reas el día anunciado por causas del público, se dará la corrida por celebrada, sin derecho a reclamación.

Alcorcón, 25 de Agosto de 1926.

El Alcalde:
FELIX BLANCO.

El Secretario:
CLAUDIO CABALLERO.

La Cartelera Artística. Puencorral, 139, Madrid.

DIVERSOS ASPECTOS
DE LA CARROZA ACTUAL DE LA
VIRGEN DE LOS REMEDIOS





Interior y exterior de la actual ermita.





Don Jello, uno de los hermanos Ortega Díaz, en la ilustración de un calendario

LA ALFARERÍA DE ALCORCÓN DURO MIL AÑOS

"A ti te canto, Alcorcón,
cuna de la alfarería,
en las tierras de Castilla."

Con estos versos iniciaba su canto a esta villa, que publicamos en el número 8 de ALCORCÓN-Gráfico, Nereo Gómez. Incluso lo proclamábamos con cierto énfasis, persuadidos de que a este pueblo le rendíamos un alto honor. Por algo de esta ocupación, se dijo:

"Oficio noble y bizarro,
entre todos, el primero;
poes en el arte del barro
fue el hombre el primer cacharro,
y Dios el primer alfarero."

Y es que la alfarería ha sido el oficio artesano básico de Alcorcón durante cientos de años. No nos importaría concretar, sin temor a equivocarnos, que lo fue durante mil años. Los mil años, en números redondos, que contará en su existencia Alcorcón, hasta que el último alfarero dijo, en 1968: "Esto se acabó".

Entonces, la industria de la alfarería se dio de baja en la delegación respectiva del Ministerio de Hacienda. Los filones de arcilla quedaron abandonados, los tornos se arrinconaron y "acabó" la razón de ser de aquel cantar que inspiraron mil respetabilísimos años; y, entre otros, hizo las delicias de las niñas jugando al corro:

**"Cuando veas salir humo
de la villa de Alcorcón,
no creas que chuecas pan;
ollas y pucheros son."**

Pero como todo muere en este mundo, la celeberrima alfarería alcorconera, después de mil años de vida, también ha muerto. ¿Quién lo diría? Y ha muerto en holocausto al GRAN PROGRESO, que está antiquilando la fisonomía de lo que fue este pueblo. Parece mentira. El progreso, a veces, es inhumano. Mas como, por otra parte, el progreso, en su aspecto más noble, es cortés y agradecido al pasado, nosotros, en obsequio a esta faceta, vamos a dejar constancia, lo más completa posible, de lo que fue aquí este arte.

UN POCO DE HISTORIA

Aunque ya no se ignoran, he aquí un índice de los datos escritos que poseemos sobre esta realidad, lo que nos hace presumir sus seiscientos años anteriores de vigencia, ya que antes no se escribía casi nada de nada.

- Siglo XVI. Año 1576. En las "Relaciones de Felipe II" se comenta cuánta y cómo era la dedicación del pueblo a esta artesanía y se habla de los reinos y regiones en que se vendía el producto.
- Siglo XVI. En la segunda mitad también, gracias a las voces de alarma de un alcorconero, vendedor de pucheros por las calles de Madrid, se extinguió el fuego que hubiera devastado el palacio de don Juan de Austria.
- Siglo XVII. Sirviéndose de asuntos alfareros, Lope de Vega escribe "La Niña de Alcorcón", obra desaparecida; Calderón de la Barca, "La Tarasca de Alcorcón", y Agustín Moreto, "El Alcalde de Alcorcón".
- Siglo XVIII. Debió ser la época en que esta industria alcanzó el mayor apogeo. Aparte de otros literatos que lo mencionan, en las "Descripciones de Lorenzana", año 1766, se anotan los lugares por los que se extiende la venta del fruto de las "fábricas de barro y loza" y especifica que "de ellas se surten en la real cocina, botica, hospitales, fábricas y casas de moneda de la Corte."



Don Luis, sentado en su primitivo torno de alfarero, opera sobre una de sus obras con metódica precisión de orfebre. A su lado, un botejo espera a ser colocado en la estufa, con la que al momento pondré a la altura de su garganta un fresco chorro de agua. En su compañía aparece su sobrino, Miguel Ortega Hernández, el más joven protagonista del arte, en los reportajes, de la Prensa y el NO-NO, que, sobre esta artesanía, se realizaron entonces. Abajo: Algunos de los objetos de la antigua alfarería de Alcorcón que se conservan, como recuerdo, en la casona típica que hubo en la casa de don' Molinés
Zorita Muñoz



- Siglo XVIII. Por lo que se colige de otro autor, a finales de este siglo debían trabajar en Alcorcón de veinticinco a treinta alfares.
- Siglo XIX. Esta industria decae verticalmente; no obstante, diversos autores reconocen la máxima valía de sus barro.
- Siglo XX. Se reduce muchísimo y muere en 1968.

DIALOGO CON UNO DE LOS ULTIMOS ALFAREROS

Dada la inmensa importancia del tema, hemos buscado a los hombres que pusieron el punto final a este brillante y larguísimo capítulo de la historia de Alcorcón. Hemos encontrado al mayor de ellos. Se llama don Luis Crispulo Ortega Díaz. Y he aquí lo que, con la mejor buena voluntad, nos refiere:

—Yo tengo ya setenta y un años, y a los ocho comencé a sentarme en un torno. Lo mismo que mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo y así ¿quién sabe hasta qué generación? Y lo mismo que yo, mis hermanos.

—¿Cómo se llaman?

—Julio; Andrés, que sigue con el oficio, pero en La Adrada, provincia de Avila, y Juan. Todos crecimos entre los objetos de alfar y todos a la par decidimos cerrarlo hace tres años.

—¿Por qué cree usted que ha desaparecido esta artesanía?

—Ha venido desapareciendo paulatinamente. Desde mil novecientos al mil novecientos veinte hubo alrededor de trece alfares; desde mil novecientos veinte al mil novecientos treinta y seis se redujo a tres; después de mil novecientos treinta y seis sólo han trabajado dos, de los que el último en clausurarse ha sido el nuestro, que tenía cuatro tornos.

—Pero ¿por qué se ha clausurado?

—Pues, muy sencillo, porque nos hemos encontrado otros medios de vida más remunerados. Y no sirve; las circunstancias mandan. Sin embargo, que conste que lo hemos tenido que dejar con mucha pena. Eso de haber tenido que romper con la tradición de todos nuestros antepasados nos ha dolido mucho; pero, amigo, los tiempos mandan.

Don Luis Crispulo dirige su mirada hacia el infinito, como queriendo abarcar cariñosamente mil recuerdos relacionados con su antigua profesión, y mueve pesadamente la cabeza, repitiendo con nostalgia:

—No sirve; los tiempos mandan. Pero ya que se ha perdido esta industria, que no se pierda su recuerdo. Usted pregunte, para que, al menos, se conserve en letra de imprenta.

—¿Todo el barro de Alcorcón fue apto para el oficio?

—No es malo, en general; pero el mejor filón de arcilla lo teníamos cerca de Torres Bellas. No obstante, existía otra arcilla que, si era de aspecto más basto, en cambio era más duradera; se llamaba barro de "canutillo", que extraíamos de la Ribota, del sitio llamado "Los Cuatro Caminos", e igualmente de otros filones del camino a Villaviciosa.

—Esa tierra o barro sacado del filón, ¿qué evoluciones sufría para que el género se pudiera poner a la venta?

—Una vez sacada del filón, la tierra o barro se picaba bien y luego de solearse iba al pilón, que era un simple hoyo en la tierra en forma de cuadrado; en el fondo tenía una pequeña compuerta y, al levantarla, salía el agua arrastrando los materiales, que pasaban por un tamiz suspendido en la misma boca de desagüe. Las arenas quedaban en el mismo fondo del pilón de batir y la «esencia del barro», la arcilla, escapaba por la vía abierta y pasaba por el cedazo, cayendo en la tercera «plaza de oreo». De aquí, a los tendedores, donde se colocaba en pirámides, junto a la pared, o en el suelo, extendida; siempre teniendo presente que el lugar donde se depositara fuera seco, con el fin de que la masa estuviera en condiciones de elaborarse. Pasaba al «pisado de barro», donde se batía con los pies, exactamente igual que si fuera pisado de uva. De aquí, al «tablero de sobadora», para el amasado, y acabada esta operación, se encontraba la materia dispuesta para dar lugar a la fabricación de piezas, que se efectuaba en un torno compuesto de eje, terminado en aguda punta, que descansaba sobre una superficie fija y resistente, y como a unos treinta y cinco centímetros de la punta del eje, una plataforma de madera, «base del volante» o «volandera», pedal que pone en movimiento el torno accionado por los pies del trabajador; este eje re-



Embalzado, el barro va decantándose, filtrando impurezas, convirtiéndose en esa materia suave, lisa y reptante que ha de darzear la zambanda de la rueda para expresarse en formas definidas.

mataba en la cabezuela, pequeña plataforma en la cual se colocaba el material para trabajar, modelando y torneando a base de las manos, y una «tiradera», que es un lámina de cinc.

—Y una vez manufacturado el objeto, ¿qué hacían ustedes?

—Se los sacaba al aire y al sol en invierno y a la sombra en verano, para que no se rompieran. Ya secos, se trasladaban al horno, situado en la parte superior de la caja, donde permanecían hora y media en la primera cochura.

—¿Cuánto tardaban en caldear el horno?

—Unas dos horas.

—¿Y terminada la primera cochura?

—Se bañaba cada pieza en una solución de agua con sulfuro de plomo, que traíamos de las minas de Linares (Jaén) y volvían al horno en segunda cochura, que duraba de cuatro a cuatro y media horas. El color azul plomo que dábamos antes de la cocción se tornaba barniz de un castaño brillante pulimentado.

—Muy bien. ¿Qué utilizaban para la combustión?

—En primera cocción y en segunda, preferentemente virutas y en caso contrario jaras o retamas. Porque no crea usted que valía cualquier leña; las que le cito son especiales y casi únicas por el temple que dan. Era preciso fuego de mucha «flama». Cuando aquí no había esa leña, íbamos a por ella a Brunete y a Sevilla la Nueva.

—¿Qué capacidad de producción tenían?

—Alrededor de quinientas piezas de distintos volúmenes. Teníamos los tipos ordenados del uno al cuarenta y ocho, que variaban de menor a mayor.

—¿De qué se valían para confeccionar as tandas de cada tamaño?

—Del ojo y del tacto. La talla era tan uniforme que parecían hechos a troquel, y todo iba a «ojo de buen cubero».

—¿Qué objetos eran los que fabricaban?

—Pucheros, cántaros, cazuelas, jarras, tiestos, huchas, botijos, tazas.

—¿Por dónde se vendía todo esto?

—Por toda España, pero especialmente por Madrid y Toledo.

Y como esto nos parece ser todo lo más que podíamos exponer en torno a la alfarería del pueblo, después de dar las más sinceras gracias a nuestro entrevistado, ahí queda eso para recuerdo eterno de lo que fue el cimiento de la vida de Alcorcón durante mil años.

Este artículo se publicó en la revista ALCORCON Gráfico el mes de septiembre de 1972.

Objetos descubiertos, al excavar los cimientos de una de las nuevas edificaciones, en la calle Mayor, conservados por don Manuel Entradosas





الكركون

ALCORCON EN EL IDIOMA ARABE

Quando ya teníamos impresa la mayor parte de este libro, nos ha comunicado el sabio árabe, Abdul Halim Redwi, que esta palabra, Alcorcón, que se utiliza en español solamente para designar a esta población, también existe en el idioma árabe, siendo pronunciada allí lo mismo que por nosotros. No obstante, para los árabes, significa algo así como cuartel de fuerzas del orden público, de seguridad o comisaría.

Los caracteres destacados que encabezan esta noticia, hasta ahora ignorados por nosotros, son los signos con los que se escribe artísticamente en árabe Alcorcón.

INSIGNES BIENHECHORES DE ALCORCON

«Nobleza obliga». «El agradecimiento es patrimonio de hombres bien nacidos». Y otras frases similares se barajan a la hora de valorar el comportamiento de las gentes con quienes más les han favorecido.

Al escribir nosotros la Historia de Alcorcón, opinamos, pues, que es justo consagrar un capítulo a perpetuar el nombre de aquellas personas que más han contribuido al bienestar, esplendor y progreso de nuestro pueblo.

Helos aquí:

DON ALONSO DE MENDOZA E HIJOS

En el siglo XVI, el único terrateniente de Alcorcón fue don Alonso de Mendoza, hombre de notable influencia en la Corte. Se distinguió en prodigar sus bienes en auxilio de los dos hospitales que existían, en ayuda del templo y de los vecinos pobres. Su hacienda y virtudes las heredaron los descendientes, a los cuales cupo el honor de levantar el templo actual de Santa María la Blanca y encargar el churrigueresco retablo mayor que, al presente, es la admiración de cuantos lo contemplan.

LOS MARQUESES DE VALDERAS

Los marqueses de Valderas son los ilustres cónyuges don José Sanchiz de Quesada y doña Isabel Arróspide y Alvarez, de cuyo matrimonio nacieron cinco hijos.

Sobre los palacios y las múltiples y valiosas donaciones de los marqueses de Valderas y su efectiva vinculación al Ayuntamiento y a los vecinos en general, y en particular, desde que vinieron a esta tierra a primeros de siglo, hemos hablado ampliamente en otras páginas. Consideramos innecesario repetirlo. Pero lo que no juzgamos ocioso recordar es que, en 1925, el Ayuntamiento les expresó su gratitud otorgando al marqués el título de **Hijo Adoptivo y Alcalde Perpetuo Honorario de Alcorcón**.

DON ANTONIO BLASCO OLLER

Otro bienhechor notable de Alcorcón, tal vez, fuera el marqués de Medina Sidonia, que ordenó construir el aristocrático chalet de la Venta la Rubia, a mediados del siglo XIX, pero es tan poco lo que conocemos de él y descendientes, que no podemos calificarle de tal. Sin embargo, desde que esta finca fue adquirida por don Antonio Blasco Oller y su hermano don Fausto, en 1949, no ha cesado de ser ejemplarmente explotada en todos los sentidos.

El regadio, el pinar, el mejor criadero de galgos del mundo, la mejor cuadra de caballos de carreras de España, la Rosales; el canódromo para liebre mecánica, la pista para carreras de saltos, el magnífico picadero cubierto, las viviendas bien dotadas para los empleados, todas las perfecciones agrícolas y ganaderas más las instalaciones montadas en este área del término de Alcorcón por obra de don Antonio Blasco Oller nos obligan a reparar en él como insigne bienhechor de esta villa.

SANAHUJA CONSTRUCTORA SOCIAL MADRILEÑA, S. A., COPESA, PROCCSA Y EDICOSA

No dudamos en proclamar benefactoras eminentes, igualmente, a los socios de las constructoras mencionadas, que vienen a ser los mismos.

Ellos fueron los autores de la grandiosa y sin par transformación de Alcorcón pueblo en Alcorcón ciudad. La urbanización de la finca de San José de Valderas, que se extendía por casi todo el término, desde la carretera de Leganés a los límites de este pueblo y Carabanchel, comenzó a ser su primera y predilecta creación, a partir de 1958.

Por cuanto todo ello significa, he aquí sus nombres, aunque no pocos de estos socios se hallen lejos: doña María Jacinta Sánchez y Arróspide, condesa de Mirasol e hija de los marqueses de Valderas; don Juan Sáenz-Diez García, don Jacobo García-Nieto Pina, don Fernando García-Nieto Fossas, don Ramón Rubio Navarrete, don Ramón García-Nieto París, don Pedro Sáenz-Diez García, don Román Sanahuja Bosch, don Juan Sanahuja Pons, don Jesús García Valcárcel y don José María Vilaseca Marcet.

La empresa no tardó en escindirse y entonces aparecieron dos distintas, que son COPESA, más conocida por Constructora Peninsular, a la que en la actualidad se denomina PROCCSA, o sea, Promotora de Cooperativas y Comunidades, S. A., y EDICOSA, más conocida por Constructora Sanahuja.

DON FERNANDO ORTIZ-ECHAGÜE LAFFITE

No obstante cerrarse nuestra Historia de Alcorcón con el año 1969, introducimos en este apartado a don Fernando Ortiz-Echagüe, fundador y presidente de FERSA. El influjo que ha ejercido don Fernando por su empresa o viceversa en la distinción y realce de las urbanizaciones de Alcorcón es de tal magnitud que marca un hito brillantísimo ante el que no podemos pasar inadvertidos en absoluto.

En los primeros días de 1971, FERSA, constructora e inmobiliaria, llegó a esta ciudad naciente. Instaló sus reales en la zona este y ahí tenemos ya, como una realidad feliz y palpitante, al Parque Ondarreta. Hasta tal punto honra este nombre a Alcorcón que a casi toda esta zona, con otras urbanizaciones, se la llama el Parque Ondarreta. Y es que el Parque Ondarreta es un núcleo distinto y mejor de lo que a la sazón se había construido. Sus cuatro bloques, con la plaza, la fuente, jardines, el recinto comercial, el polideportivo y otras instalaciones, componen el conjunto de armonías urbanísticas, que es uno de los más logrados himnos de gratitud a su realizador y de prestigio a nuestra población. Y que conste que, aparte de este bello complejo, otros de los mejores edificios de Alcorcón son también obra de Fersa, como vere-

mos en el segundo tomo de nuestra Historia, cuando se edite.

Más la presencia de PERSA en Alcorcón no se limita egoístamente a cumplir con perfección su misión específica, sino que también irradia, como hemos visto por la Historia en las anteriores empresas, anhelos de cooperación al servicio de las más nobles inquietudes que afloran en esta comunidad. Colabora en la mejor medida de sus posibilidades a cuantas sugerencias de carácter benéfico, social, cultural, religioso o deportivo le proponen el Ayuntamiento u otras organizaciones privadas. Incluso financia el C. D. PERSA, club juvenil que dirige nada menos que el campeón nacional de gimnasia, Agustín Sandoval. Su perseverancia en las páginas de ALCORCON Gráfico son, igualmente, el más claro exponente de cuanto acabamos de anotar. Por todo lo cual opinamos ser de justicia considerar a don Fernando Ortiz-Echagüe otro bienhechor insigne de Alcorcón.

ALCORCON

PASADO Y PRESENTE

Tierras yermas, inhóspitas
y campos abandonados
de la ambición de los hombres,
con cuatro casas de barro
en la cima de un alcor,
fue lo que Alcorcón llamamos
en el tiempo transcurrido
durante más de mil años.

Nadie repara en el pueblo,
las gentes pasan de largo.

Más, ¡oh, magia del destino!
En su alcor encaramado,
a la rosa de los vientos,
el progreso, sin desmayo,
lanza las notas triunfales
de un pregón inesperado:

"Hombres, mujeres de España,
aquí, el paraíso soñado,
con lirios de ruiseñores
y riberas de geranios,
Alcorcón os ofrecerá
a cuantos vengáis cansados.

Juventudes de ambos sexos,
los que anhelaís cielos amplios
y conquistaros a pulso
un porvenir cierto y sano,
aquí está la plataforma
que ha de lanzaros muy alto.

Los páramos de Alcorcón
el dinero ha inundado.
Han surgido inmensos bloques,
calles cubiertas de asfalto,
plazas, paseos, industrias,
jardines, casas de encanto...".

Todo el poder de la prensa
y las ondas de la radio
rinda al pregón del progreso
su homenaje cotidiano.

Y en riadas impresionantes,
andaluces, asturianos,
extremecos, levantinos,
gallegos y castellanos
dirigen, llenos de ilusión,
hacia esta tierra sus pasos.

Españoles procedentes
del mar, la ciudad y el campo,
hoy viviendo en Alcorcón,
todos juntos como hermanos,
levantemos nuestras copas,
las del amor y el trabajo,
y brindemos por nuestro bien
en los próximos mil años.

ALCORCON

GRÁFICO

Año VI - Núm. 88 - Mayo 1976 - 20 páginas



PROGRAMA DE FIESTAS
EN SAN JOSE DE VALDERAS

Los temas de nuestra actualidad
NOTICIAS - DEPORTES

"ALCORCON-Gráfico"

La primera publicación periódica que aparece en nuestra villa fue "El Semanario de Alcorcón". Lo fundó Cruz Martín Díez. Salíó el día 3 de diciembre de 1969 con cuatro páginas. El 1 de febrero se redujo su tamaño y se introdujeron dos páginas más. Cesó definitivamente en mayo de 1970. Su precio fue primero de tres y luego de cuatro pesetas.

Comprobada su suspensión, inquirí la posibilidad de lanzar otro medio de comunicación periódico. Visité al director de la revista ilustrada "El Reino", padre Hilario Alted, y me permitió editar a su sombra y, por lo mismo, con carácter de suplemento, nuestra revista de Alcorcón. Vio la luz primera en agosto de 1970 con dieciséis páginas, que en septiembre fueron veinticuatro, y al precio de cinco pesetas.

Surgieron contratiempos jurídicos y económicos pronto y entonces registramos nuestra marca «ALCORCON-Gráfico». Legalizamos nuestra situación en el Ministerio de Información y Turismo y quedamos inscritos en el Registro de Empresas Periodísticas con el núm. 902, tomo XII, Sección Personas Naturales, folio 115, siendo nuestro depósito legal M. 8.528-1971.

Y con tales requisitos debidamente cumplimentados, el 1 de abril de 1971 nace con personalidad y autonomía propias "ALCORCON-Gráfico". Como suplemento había salido durante siete meses. En un principio contó con veinticuatro páginas, no tardó en pasar a veintiocho y, sin dejar esa ascensión progresiva, en mayo de 1976 ha llega-

do a sobrepasar las setenta. Su precio ha ido evolucionando de cinco a diez y quince pesetas, para fijarse a partir de mayo en veinte.

La acogida que se le ha dispensado debemos confesar que ha sido fría. No comprendemos por qué los responsables del municipio en sus diversos estamentos no han visto en "ALCORCON-Gráfico" el vehículo más idóneo, que además se les ofrecía ilusionado, para la promoción del niño, del joven, del adulto y del anciano en el orden cultural, religioso, social y deportivo a todos los niveles. La realidad es que si nos hemos esforzado en esta nobilísima tarea y hemos logrado cotas insospechadas, ha sido sin el calor oficial que debía habernos rodeado. Todo esto, no obstante, no olvidaremos las honrosísimas excepciones que han existido y existen.

"ALCORCON-Gráfico" se enorgullece de ser un homenaje permanente a su patria chica y rendirle los mejores honores por casi todo el mundo. Desde mayo de 1975 cada mes va a la hemeroteca universal del Instituto de Información de la Academia de las Ciencias de la U. R. S. S., en Moscú, y desde octubre del mismo año, a otra de Nueva York.

De nosotros se ha hecho eco la gran prensa madrileña y catalana en varias ocasiones. Descuellan por su amplitud "El Noticiero Universal", de Barcelona, y "El Alcázar" y "Nuevo Diario", de Madrid, y es digno de mencionarse el premio que nos concedió la Diputación Provincial

En esta página, portadas de la revista desde agosto de 1970 a diciembre de 1971, y en la página siguiente, las de 1972



de Barcelona en octubre de 1974 por nuestra labor en beneficio de la protección de animales y plantas.

Entre otros, han colaborado en nuestras páginas con cierta asiduidad José Sánchez, Antonia Salas, Olga Elisa Molina, Juan Valle, Maximiano Fernández, Antonio de Benito, Juan Doral, Juan Esparcia, María Ballester, Carlos Rodríguez, José Sobrados, Romualdo Sánchez, Pedro Trujol Triay, Fernando Vicioso, José Antonio Martínez Ferreira y Araceli García. Sin embargo, el equipo más perseverante de redactores es el constituido por los fotografiados a continuación del director, que son Eugenia Moreno, Anselmo de Virto, Nereo Gómez, Antonio Marquina, José Luis López, Guillermo Jiménez, Juan Manuel Ruiz, Enrique Montero, Carlos Guerrero, Manuel Ramón Geijo, Luis Minguéz, Joaquín Escudero, Emilio Sales, Florencio Hidalgo, Marija Bernal, Francisco Buendía, Julián Mate-sanz, Eusebia Gil, Jesús Gómez, José Alejo y el fotógrafo Manuel Muñoz, a quienes se ha venido a incorporar José María Varona, Conchi Martín, José Puertas, María Teresa Barea, María José González y Pedro Martínez.

Han sido los más distinguidos bienhechores de este órgano de difusión cultural e informativo la Constructora Peninsular, a la que sucedió Promotora de Cooperativas y Comunidades y Empresas Sanahuja, creadoras ambas de la inmensa población que abarca San José de Valderas; don Pablo González, promotor del Polígono Industrial Ur-tinsa, y Residencial Iguelido; don Fernando Ortiz-Echagüe, director-garante de Fersa, autor del magnífico Parque Ondarreta y constructor de no pocos de los mejores edificios de Alcorcón; don Cándido Caffo, industrial del mue-



ble; don Angel Mateos, subdirector de Crae y propietario de Radio-TV Sauras; don Ricardo García, promotor de la gran firma Grúas Lariga; Hermanos Baenza, de Muebles Jabonería; doña María Eugenia Gisbert de Agudo; don Antonio Díaz Manzanares, jefe de Relaciones Públicas de Philips, S. A.; don Asterio Quincoces, fundador del Liceo Español y Aramaya; don Pedro Martínez, fundador del Liceo Goya; don Ricardo Alvarez Valdés, de la Gestoría Alvarez Valdés; don Julio Berrueto, propietario del restaurante y cafetería Juber; don Alberto Muñoz, propietario del restaurante y piscina El Paso; don Alfonso Romero, de Pastelería Pardilla; Optica Nayco; Hermanos Cruz, de la industria del mueble y la tapicería; socios de Mobelar y cines de Alcorcón; Celebusa; los señores Fralle Díaz-Masa, de Autoescuela Lisboa; Joyería Santamaría; Pienso Cipasa; Edimey Estudio; don Francisco Ibáñez, de Galerías Dart; Optica Nuria; don Salvador Diaz, de Electrodomésticos; don Andrés Mora, de S. F. Amco y Cia., S. L.; Estación de servicio Los Parques; Inmobiliaria San Ernesto; Pavimentos Manso; Cristalería Logar; don Enrique Francos, farmacéutico, laboratorio Yae; Lubar, Electricidad, Radio y TV; Bar Rodrigo; don Félix Gallo, estomatólogo; Doctor López de Medina, tocoginecólogo; don Nicolás Regalado, de la repostería; Mármoles Leamac; los Bancos Peninsular, Internacional de Comercio, Occidental y Caja de Ahorros y M. de P., más las marcas de otras industrias que con menos frecuencia han cooperado al sostenimiento de esta publicación mensual.

Portadas de 1973



Portadas de 1974 y 1975





Eugenio Moreno



Eugenio Moreno



Anselmo de Viera



Guillermo Jiménez



Juan Manuel Ruiz

EQUIPO DE DOCTORES DE "ALCORIN-GRAFICO"



Manuel Ramón Celis



Luis Minguet



Joaquín Encarnado



Francisco Huendia



Julia Mateos



Rosalía Gil



Nerea Gómez



Antonio Marquina



José Luis López



Enrique Montero



Carlos Guerrero



Emilio Sales



Florencia Hidalgo



Mariela Rosal



Jesús Gómez



José Alaja



Manuel Muñoz



VISTA PANORÁMICA DE ALGORCON 1974



ALGORCON Gráfico



Otra vista panorámica de Alcorcón



ZONA ESTE Y NORTE DE ALCORCÓN - 1974

Aquí, una panorámica de San José de Valderas; en la página siguiente, diversas perspectivas del Parque O'Donnell



INDICE

	Página
Prólogo	9
Nota preliminar	11
Mapa del término de Alcorcón	12
Alcorcón: situación y orígenes	14
Primeros documentos	21
Sucesos primeros	22
Ben Yusuf, en Alcorcón	24
Del siglo XIII al XV	26
En las «Relaciones de Felipe II»	31
Un alcorconero y don Juan de Austria	40
El templo parroquial	41
San Isidro, en Alcorcón	49
Alcorcón en el Siglo de Oro: Lope de Vega y Calderón de la Barca	53
La Tarasca de Alcorcón	55
Moreto y Alcorcón	62
En otros autores del siglo XVII	68
Alcorcón en el siglo XVIII	71
Alcorcón en el siglo XIX	87
En la guerra de la Independencia	88
Luis Candelas, en Alcorcón	96
Alcorcón según Madoz	105
Polvoranca	109
Venta la Rubia	113
Año 1866	115

	<u>Página</u>
Año 1871	117
Año 1884	121
Año 1888	122
Llega el tren	124
En Cuba	125
En Filipinas	128
Vienen los reyes	131
Las primeras fuentes de Alcorcón	137
Los marqueses de Valderas	141
Guerra de Africa	147
Ordenanzas municipales	151
Año 1925-1926	153
Alcorcón en la Dictadura	157
En la República	161
Año 1935. Calles y habitantes	168
Los meses más tristes de Alcorcón	168
Liberación de Alcorcón	173
Franco, en Alcorcón	179
Recuperación	183
Galgos y caballos	191
Nacimiento de San José de Valderas	197
Barrio de Santo Domingo	205
Año 1960	209
Año 1961	213
Años 1962 y 1963	219
Años 1964 y 1965	223
Año 1966	227
Un ovni en Alcorcón	231
Años 1967 y 1968	237
Año 1969	245
Centro Social de San José de Valderas	261
Virgen de los Remedios	257
Mapa del término	267
La alfarería de Alcorcón	269
Alcorcón en el idioma árabe	276
Insignias bienhechores de Alcorcón	277
A Alcorcón (poesía)	281
ALCORCON Gráfico	283
Vistas panorámicas de Alcorcón	290

ALCORCON,
 en su primera edición,
 se terminó de imprimir
 el 24 de septiembre de 1976
 en los talleres de FORESA,
 de Madrid (España)

FE DE ERRATAS

En la página 82 dice: "1711", debía decir: "1771".

En la página 90 dice: "en el próximo capítulo", debía decir: "en el presente capítulo".

En la página 120 dice: "epaminondas", debía decir: "mecenias".

En la página 168 dice: "806", debía decir: "805".

En la página 181 dice: "en la imagen de arriba", debía decir: "en la imagen de la página siguiente".

En la página 213 dice: "600.000", debía decir: "589.500".